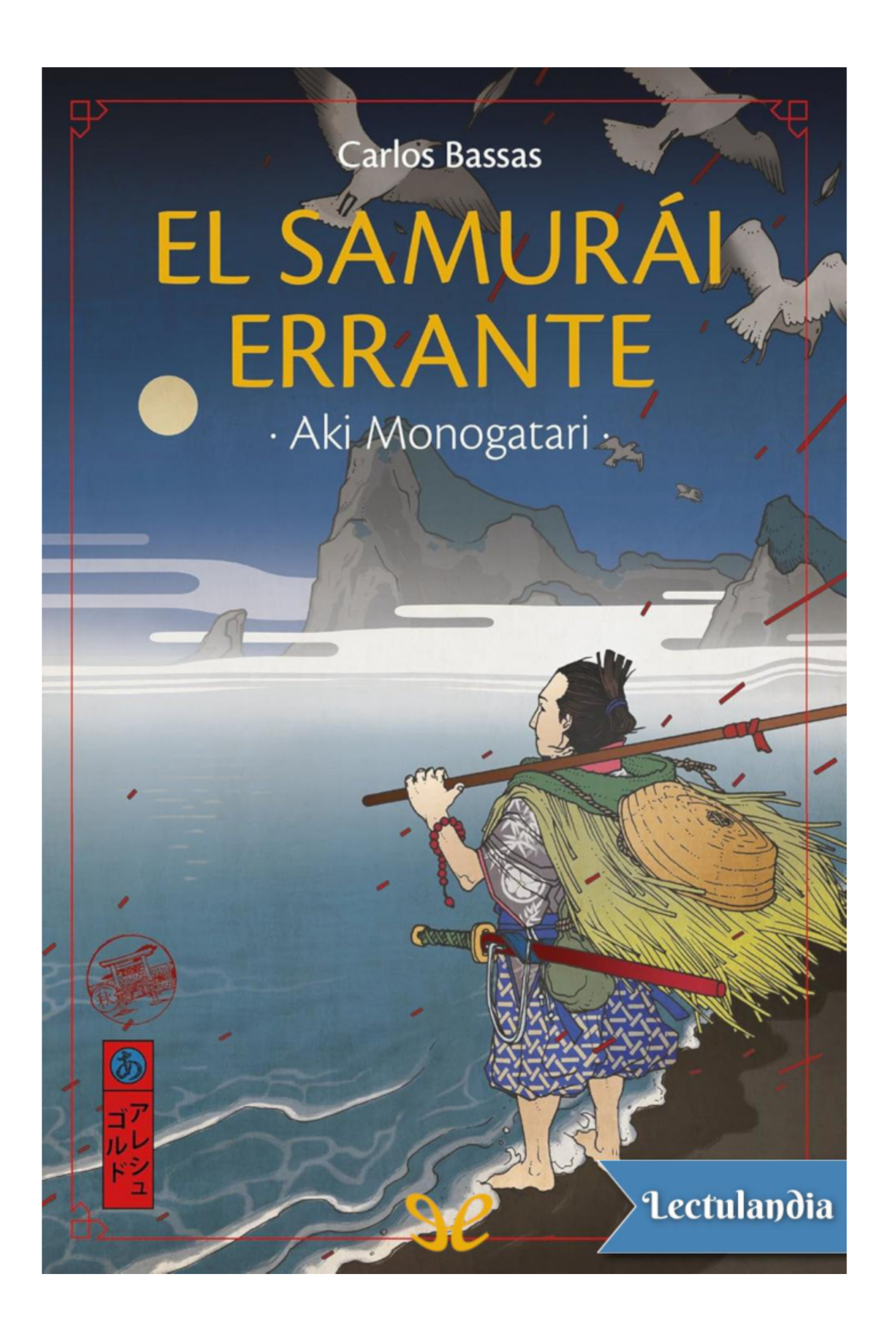


Carlos Bassas
EL SAMURÁI ERRANTE
· Aki Monogatari ·
アレシュ
ゴルド
Lectulandia

Japón, Era Keichō, año decimosexto, siendo Emperador Go-Mizunoo.

El ōgosho Tokugawa Ieyasu ha ordenado la construcción en secreto de una nao de estilo occidental en un lugar recóndito de la provincia de Mutsu, al norte. Su objetivo es establecer una nueva ruta comercial con el virreinato de Nueva España aprovechando la corriente negra.

El proyecto avanza a buen ritmo, hasta que, con la llegada de la primera luna de otoño, la muerte de una serie de campesinas hace que los trabajadores se nieguen a continuar. Todo parece indicar que el responsable es un kodama, un espíritu del bosque, decidido a proteger su hogar.

Dispuesto a averiguar la verdad, el daimyō Date Masamune, señor de esas tierras, envía a su Investigador de Asuntos Especiales, Miyamoto Tsunetomo, y a su hijo adoptivo y discípulo Aki al lugar; cualquier retraso en la fecha de entrega del barco del shōgun puede suponer que el clan caiga en desgracia. Pero un contratiempo inesperado obliga a Aki a seguir solo. La única ayuda con la que contará será la de un shugyōsha, un misterioso samurái errante que ha conocido durante el camino.

El samurái errante es una novela de aventuras fielmente ambientada en el Japón de principios del siglo XVII, una era en la que todo está cambiando, desde el nuevo sistema de gobierno instaurado por los Tokugawa tras la unificación del país, a las funciones y la propia razón de ser de la clase samurái, ahora sometida a la burocracia y al creciente poder de una nueva clase social, los chōnin. Japón necesita cada vez menos guerreros y más comerciantes.

Carlos Bassas

El samurái errante

Aki Monogatari 3

ePub r1.0
Titivillus 15.02.2025

Carlos Bassas, 2018
Cubierta: Aleix Gordo

Editor digital: Titivillus
ePub base r3.0 (ePub 3)



Para una óptima experiencia de lectura, use la opción *Fuente Original / Fuente del editor / Predeterminada*.

七十一

A los samuráis del I. E. S. Aldonza Lorenzo
de La Puebla de Almoradiel.

«Sea cual sea tu Camino, si lo mantienes en tu corazón como lo único importante, entonces no es el Camino. Cuando no tienes nada en el corazón, entonces estás en el Camino. Hagas lo que hagas, si lo haces sin nada en el corazón, lo haces con mayor facilidad».

Munenori Yagyū, *Libro de las tradiciones familiares. La espada que mata*

Listado de personajes

Personajes literarios:

Miyamoto Tsunetomo: Maestro de esgrima e Investigador de Asuntos Especiales del clan Date.

Aki Munetomo: Ayudante principal del Investigador de Asuntos Especiales del clan Date. Tras la muerte de su padre, un samurái rural, fue adoptado por el maestro Miyamoto Tsunetomo, que le crio como a un hijo y le enseñó la vía de la espada.

Ichiro Omura: Vasallo principal de Miyamoto y el mejor amigo de Aki. Sus padres son comerciantes de telas para kimono en Sendai y vecinos de Aki y Miyamoto.

Kichi: Vieja ama de llaves del maestro Miyamoto.

Takeshi Okada: *Sohei* que ayudó a Miyamoto y a Aki durante su primer enfrentamiento contra la secta de la Única Verdad. Vive en el monasterio de Yamadera y forma parte de un selecto grupo de monjes que luchan contra la magia oscura.

Kumico Hasekura: Hija de Tsunenaga Hasekura, uno de los samuráis del clan Date, de la que Aki está enamorado. Al igual que él, es alumna de Miyamoto y una experta en el arte de la *naginata*.

Kai Inoue: Samurái errante (*shygyōsha*) de pasado incierto que ayudará a Aki en sus pesquisas. Solo al final de la aventura, su verdadera identidad será revelada.

Fujita Watanabe: Samurái principal del clan Date en la región de Ishinomaki.

Kyusuke Watanabe: Hijo de Fujita Watanabe.

Personajes históricos:



CLAN DATE

Masamune Date (1567-1636): Señor del clan Date y *tozama daimyō* del dominio de Sendai, en la región de Tohoku, al noreste de la isla de Honshu. Debido a que, siendo niño, perdió uno de sus ojos, se le conocía con el apodo de *Dokuganryu*, el «Dragón de un solo ojo». Luchó junto a Hideyoshi Toyotomi en las campañas de Corea y apoyó a Ieyasu Tokugawa en la batalla de Sekigahara. Amante de la cultura, organizó una embajada a España y al Vaticano para establecer relaciones comerciales y de amistad con Felipe III y Pablo V.

Tsunenaga Hasekura (1571-1622): Samurái del clan Date. Al igual que su señor, participó en las guerras de Corea, y, entre 1613 y 1620, encabezó la misión diplomática conocida como «Embajada Keicho», que le llevó a cruzar medio mundo por el Pacífico hasta México, Cuba, España, Francia e Italia antes de regresar a Japón en 1620.



CLAN YAGYŪ

Munenori Yagyū (1571-1646): Famoso espadachín, fue maestro de esgrima de los tres primeros *shōgun* Tokugawa: Ieyasu, Hidetada e Iemitsu. Era hijo del gran «Sekishūsai» fundador de la Shinkage ryū. Con el tiempo, fue nombrado *daimyō* menor de su tierra natal, Yagyū-zato, y *Tajima no kami*. Es autor de uno de los libros sobre

esgrima y estrategia en el combate, el *Heiho kadensho*, más importantes de la historia de Japón.



CLAN TOKUGAWA

Ieyasu Tokugawa (1543-1616): Primer *shōgun* Tokugawa entre 1603 y 1605, año en el que renunció oficialmente al título en favor de su hijo Hidetada, convirtiéndose en *Ōgosho* (*shōgun* enclaustrado), aunque rigió los destinos del país en la sombra hasta su muerte. Tras su victoria en la batalla de Sekigahara, unificó definitivamente Japón e instauró una dictadura militar hereditaria que duró hasta la Restauración Meiji, en 1869.

Hidetada Tokugawa (1579-1632): Segundo *shōgun* Tokugawa, gobernó de 1605 hasta su abdicación en 1623. Durante su mandato, Edo vivió un gran desarrollo político, económico y social y estrechó lazos con la Corte Imperial casando a una de sus hijas, la dama Kazuko, con el Emperador Go-Mizunoo.



CLAN ODA

Nobunaga Oda (1534-1582): Destacado *daimyō* de los períodos Sengoku y Azuchi-Momoyama. Tras la muerte de su padre, se hizo con el liderato de su clan matando a uno de sus hermanos. Su entrada en Kioto en 1568 marcó el final de la era Sengoku y el inicio del período Azuchi-Momoyama. Tras derrotar al *shōgun* Yoshiaki Ashikaga, se enfrentó a las fuerzas del clan Takeda, aplastándolas en la batalla de Nagashino. Entre 1573 y 1578 fue nombrado *Udaijin* (Ministro de la Derecha), pero ejerció como jefe

del gobierno de hecho. En 1582 fue traicionado por uno de sus generales y cometió *seppuku* en el Templo de Honno. El camino de unificación iniciado bajo su mandato fue continuado por Hideyoshi Toyotomi y finalmente culminado por Ieyasu Tokugawa.



CLAN TOYOTOMI

Hideyoshi Toyotomi (1537-1598): *Daimyō* del período Sengoku. Su origen humilde le impidió ser nombrado *shōgun*, por lo que el Emperador le asignó el título de *Kanpaku* (regente). Centralizó el gobierno y promulgó numerosas leyes, entre ellas, la de que solo los samuráis podían ir armados. Su obsesión por dejar un gran legado militar le llevó a intentar la conquista de China vía Corea. Tras su muerte, el país quedó en manos del «Consejo de los Cinco Ancianos» o «Gō Tairo», que debían gobernar hasta la mayoría de edad de su hijo Hideyori. Pero Ieyasu Tokugawa abandonó el consejo y lideró una alianza que se hizo con el poder absoluto tras la batalla de Sekigahara (1600). El clan Toyotomi fue definitivamente exterminado tras la muerte de Hideyori en el Asedio de Ōsaka (1614-1615).



William Adams (1564-1620). Navegante inglés conocido en Japón como *Anjin sama* (*anjin*, piloto/*sama*, calificativo honorífico equivalente a excelencia) o como *Miura Anjin* (三浦按針 el piloto

del Miura). Se cree que fue el primer inglés en arribar a las costas japonesas. Poco después de su llegada, se convirtió en asesor de Tokugawa Ieyasu y construyó para él un barco de estilo occidental, el primero de ese tipo en Japón. Más tarde se convirtió en la figura clave en el establecimiento en Japón de oficinas comerciales de Holanda e Inglaterra. También fue una parte muy importante en el llamado comercio de barcos de sello rojo, fletando y capitaneando varios de ellos por el sudeste de Asia con fines comerciales. Murió en Japón a la edad de 55 años.

Sendai. Era Kan'ei. Año decimoséptimo, siendo emperatriz Meishō. (1641 según el calendario gregoriano)

Período Edo.
Mi nombre es Aki Tsunetomo, Maestro de Esgrima e Investigador de Asuntos Especiales del clan Date, de la región de Tohoku, tengo cincuenta años y mi hora de cruzar el Sanzu está cerca.

He seguido el Camino de la Espada que me enseñó mi padre adoptivo, Miyamoto Tsunetomo, antiguo Maestro de Esgrima e Investigador de Asuntos Especiales a las órdenes de nuestro anterior *daimyō* Masamune Date antes que yo, y he servido a todos mis señores con honor, valentía, esfuerzo y dedicación.

Mi padre, un samurái rural menor llamado Oishi Munetomo, murió en combate sin saber que yo iba a llegar a este mundo. Desde que nací, estuve al cuidado de mi maestro, que me entrenó en el Arte de la Espada y otras disciplinas y me educó en la difícil vía de ser un hombre y un buen samurái.

Durante años, Miyamoto, mi inseparable amigo Ichiro y yo recorrimos provincia tras provincia relizando pesquisas para nuestros *daimyō* y para los *shōgun* Hidetada e Iemitsu. La naturaleza de nuestras investigaciones siempre fue secreta. Hoy, en esta noche fría, me decido a tomar el pincel y a dejar constancia de cada una de las terribles maravillas que tuvimos la condena de presenciar. Y lo hago para honrar su valor y su memoria.

A lo largo de mis aventuras he sido testigo de horrores que jamáis creeríais; he contemplado la crueldad más extrema y me he asomado a la noche más profunda en el espíritu de algunos hombres. Pero también he presenciado el mayor de los arrojos y la más increíble de las valentías. Y he aprendido que lo que hace a un hombre ser lo que es no son ni su cuna, ni su adiestramiento, sino su determinación en los momentos más difíciles. No sería justo con

todos aquellos que dieron su vida si, llegado mi momento, no diera fiel testimonio de su sacrificio. De modo que todo lo que os voy a relatar a continuación, es cierto.

Absolutamente cierto.

Introducción

Sendai.

Era Keichō, año decimosexto, siendo Emperador Go-Mizunoo.
(1611 según el calendario gregoriano).

Período Edo.
En el vigesimoséptimo día del tercer mes, Go-Mizunoo fue coronado nuevo emperador de acuerdo al orden tradicional de sucesión, mientras Hidetada, segundo *shōgun* Tokugawa, sigue liderando estas tierras bajo la estricta vigilancia de su padre, el *Ōgosho* Ieyasu, verdadero señor de todas las islas.

El nuevo sistema político, con su enorme burocracia, se ha convertido en un dragón de varias cabezas cuyos ojos lo ven todo, cuyas garras y dientes alcanzan cada rincón. El *shogunato* controla el país con mano firme, mientras que los *daimyō* ejercen el gobierno local en sus provincias bajo su atenta vigilancia.

Nadie osa amenazar ya el poder de los Tokugawa.

Las ciudades crecen, y con ellas la riqueza de algunos y la miseria de otros, mientras nuestra clase pierde poco a poco su poder e influencia en favor de burócratas, cortesanos, funcionarios y comerciantes.

Date Masamune, nuestro señor, el Dragón de un solo ojo, *daimyō* de Sendai, goza de buena salud, y nuestro clan sigue siendo uno de los más poderosos del norte.

Por orden del *Ōgosho*, el señor Date ha comenzado en secreto la construcción de un barco *nanban* diseñado por uno de sus asesores de confianza, Anjin *sama*, responsable de los *shuinsen*, los barcos de sello rojo, para establecer una nueva ruta comercial hacia el este siguiendo la *kuro shio*, la corriente negra.

Pero algo terrible ha detenido los trabajos.

El plan del *Ōgosho* de establecer relaciones comerciales con el virreinato *nanban* de Nueva España corre peligro.

Si el señor Date fracasa, todo nuestro clan sufrirá las consecuencias.



Emperador Go-Mizunoo (29 de junio de 1596 – 11 de septiembre de 1680).


JAPÓN
Inicios del Periodo Edo

CAPÍTULO I

El tifón golpeó la tierra furioso.

Arrancó verjas, quebró ramas, doblegó troncos, despellejó tejados y paredes y arrastró colérico los jirones; desnudó el mar de gotas saladas y las empujó tierra adentro en violentos enjambres mientras las olas arañaban los acantilados.

Todo se convirtió en barro; las calles, los caminos, los senderos, los campos, las montañas y los páramos. Algunas laderas se desgajaron y los ríos anegaron aldeas recuperando sus cauces robados. Decenas de hombres, mujeres y niños perecieron; también sus animales, y sus aperos, ropas y pertenencias desaparecieron para siempre bajo el lodo.

La vieja Kichi, más acostumbrada que nosotros a la temible fuerza de la naturaleza, había atrancado ventanas y puertas, cerrado el *rōka* alrededor de la casa con tablones de madera y preparado el interior recogiendo los *fusuma* hasta crear un único espacio —a excepción de la habitación de Miyamoto, que continuó separada del resto incluso en aquellas circunstancias—. También había encerrado los muebles y objetos decorativos en los *oshiire* del salón principal para evitar que, en caso de que el enemigo penetrara nuestras defensas, encontrara proyectiles que arrojarnos. Pero no pudo evitar que el huerto y sus crisantemos fueran arrancados de raíz.

También el viejo cerezo del maestro se vio zarandeado y una de sus ramas quedó gravemente herida. Por suerte, la extremidad resistió prendida de un rasgón; de lo contrario, podía haber salido disparada y atravesado las paredes de la casa como un ariete.

A pesar de todo, Kichi lo interpretó como un mal augurio.

La vivienda de los Omura corrió peor suerte.

Buena parte de las tablillas de ciprés del tejado y la estructura de madera que las sustentaba volaron por los aires, permitiendo que la lluvia y el viento penetraran a sus anchas. El taller del padre de Ichiro quedó inundado y muchas de sus telas se echaron a perder.

Era un duro golpe del que les costaría reponerse.

Al menos, ni él ni sus padres habían sufrido ningún daño.

Llegaban noticias de muerte de la costa, de los campos, de los valles…

Todo el *han* de los Date había sufrido bajas.

Pasada la tormenta, un sol pálido asomó por una brecha entre las nubes que aún embozaban el cielo mientras la ciudad despertaba de la pesadilla y sus gentes acudían a los templos con ofrendas para los mismos dioses que habían causado su desgracia.

Los barrios más periféricos, levantados a partir de frágiles chabolas, habían quedado arrasados, en especial los más cercanos al río, que conducía ya sus despojos hacia el mar.

Eran gente sin nada que lo había perdido todo.

El *machi-bugyō* desplegó todas las brigadas de bomberos para derribar las estructuras que amenazaban ruina y evitar que, tras el agua, llegara el fuego. Armados con sus picudos *tobikuchi*, terminaron de echarlas abajo entre las protestas de sus dueños, que no entendían que lo poco que quedaba en pie de sus hogares suponía un peligro para ellos mismos y sus vecinos.

Estalló algún tumulto, rápidamente aplastado por la policía.

Todo el mundo murmuraba lo mismo.

Sendai no era tierra habitual de viento de los dioses, y la temporada de tormentas había llegado a su fin…

Una maldición había caído sobre los Date.

Camino del castillo, Miyamoto y yo nos enfrentamos a la devastación.

La avenida que conducía al monte Aoba estaba cubierta de lo que parecían los restos de un ejército aniquilado. Las copas de alguno de los *zelkovas* recién plantados habían sido descuajadas; incluso podían verse los restos del esqueleto de una pequeña barca arrastrada tierra adentro por la tormenta.

También un cadáver.

Por sus harapos, era un *hinin*.

Su cuerpo yacía sobre el suelo, los brazos y las piernas quebrados, la cabeza abierta, como sus ojos y su boca, y una rama atravesándole el vientre.

Junto a él yacía un perro aplastado por un árbol.

El hombre había tratado de salvarlo, pero había fracasado.

No eran más que dos desheredados.

Dos cadáveres anónimos en medio de la calle.

Miyamoto descendió del caballo y depositó un par de monedas sobre sus ojos aun sabiendo que alguien se apresuraría a robarlas en cuanto nos marcháramos.

«Todo hombre merece un paso digno a la otra vida, da igual su clase», me recordaba siempre.

Cruzamos el puente sobre un Hirose de aguas airadas y comenzamos la ascensión al castillo.

La residencia del *daimyō*, de paredes sólidas y tejados de cerámica, había aguantado la tormenta sin inmutarse. No así su jardín. Decenas de sirvientes se afanaban recogiendo las ramas desperdigadas sobre la grava. La preciosa casa de té, no obstante, no tenía remedio, con la techumbre derramada sobre el suelo, las columnas rotas y las paredes vencidas.

El señor Hasekura nos esperaba en el patio interior.

No le había vuelto a ver desde mi regreso, tras la muerte de Kumico…

Hacía ya varias estaciones.

Tampoco a ella desde nuestra última noche juntos.

Recordé el tacto de su piel muerta y sentí un escalofrío.

Por mucho que supiera que mi actitud era injusta, que Kumico se había quitado la vida por su amor hacia mí, había sido incapaz de soportar su compañía por más tiempo, su mirada muerta, su rostro congelado en la mueca inexpresiva de una *ichimatsu*.

Y la odié por haberse convertido en un fantasma.

Por haber tomado una decisión que la condenaba —que nos condenaba a ambos— sin consultarme.

Por sentir el peso de su acto atroz sobre mi conciencia.

Recordé cómo, al darse cuenta, había dirigido la hoja de mi

acero a su cuello… Pero fui incapaz de cortarle la cabeza y acabar con nuestro sufrimiento.

La amaba.

Lo haría hasta el día de mi muerte.

De saber que su hija se había convertido en un *yūrei* por mi culpa, el señor Hasekura me hubiera exigido darle inmediato descanso antes de quitarme él mismo la vida.

Su rostro estaba atribulado.

El señor Date había reunido al Consejo de Ancianos y había reclamado nuestra presencia.

—Es una mala señal. Es una mala señal… —repetía Hasekura mientras nos precedía a la sala de audiencias.

Desde el suicidio de Kumico, veía indicios funestos por todas partes. Parecía la temerosa Kichi, murmurando que los dioses nos habían castigado por algún motivo.

El señor Date ocupaba su puesto sobre la tarima. A su lado, sus dos asesores principales, el señor Katakura y su propio primo, y, junto a ellos, los señores Yukio, Seishi y Natsume, más cerca ya de la otra vida que en esta.

En cuanto Hasekura ocupó su lugar, la temible figura del *daimyō*, que había estado jugando con un hilo desprendido del cuello de su kimono, se agitó. Su expresión era más adusta que de costumbre:

—El mundo es cada vez más grande, Miyamoto *san*, y nosotros nos hacemos cada vez más pequeños. Los extranjeros llaman con fuerza a nuestras puertas; eso supone una gran oportunidad de negocio para el *bakufu*, y el señor Ieyasu lo sabe —pronunció. A pesar de que hacía casi dos años que el *shōgun* era Hidetada, todos los *daimyō* sabían que quien gobernaba en la sombra seguía siendo su padre—. Hasta ahora, los *portugueses* han tenido el monopolio del comercio con Japón a través del puerto de Nagasaki. Es un reino pequeño y lejano, pero controla las principales rutas marítimas hacia el oeste. Hace un año, sin embargo, el *Ōgosho* conoció que los *holandeses* han instalado una delegación comercial en el reino de Patani y concedió a su vasallo Anjin *sama* un sello rojo para que estableciera relaciones comerciales con ellos. Pero no son los

únicos…

Las disquisiciones políticas del señor Ieyasu se me escapaban por completo. Sabía de la existencia del samurái *nanban* y de su estrecha amistad con él, pero nada conocía de los intereses de aquellos lejanos señores a los que se refería el *Ōgosho*. Seguramente eran los mismos que los suyos.

La codicia es común a todo ser humano, japonés o *nanban*.

Mi mundo se reducía a Sendai y a lo que había visto en nuestros viajes: lo suficiente para saber que se extendía más allá de las montañas, los valles y las llanuras que me rodeaban y del mar que nos circundaba…

Pero poco más.

Tampoco me interesaba.

Lo único que rige la vida de un samurái es la obediencia a su señor. Matar sin juzgar sus motivos. Lo único que sabe todo *bushi* es que, al final del camino, solo le espera la muerte, por acero ajeno o por el propio.

Las clases inferiores envidiaban nuestra posición sin saber que los samuráis como Miyamoto y yo éramos tan esclavos como ellos, especialmente en estos tiempos en los que el verdadero futuro de Japón ya no estaba en nuestras manos, sino en las del campesino, el artesano, el comerciante y el *chonin*.

—En el año de la batalla de Okehazama, un *padre español* descubrió una nueva ruta hacia su reino por el mar del este, siguiendo la corriente del río Negro hacia donde nace el sol —continuó el señor Date—. Según dicen, allí se encuentra la *Nueva España*. El señor Tokugawa desea establecer relaciones con ellos, por eso ha despachado un emisario a Manila para que se entreviste con su *gobernador* y ha ordenado la construcción en secreto de otro barco siguiendo los planos de las *naos* que Anjim *sama* ha diseñado para el general Mukai en Ito. Una más grande —puntualizó—. El barco más grande que jamás hayan visto estas tierras.

El puerto de Ito estaba situado en la península de Izu, cerca de Edo, y era la sede de la flota del *shōgun*. Hasta donde había logrado entender, el señor Tokugawa había decidido jugar a tres bandas con los señores *nanban* y cubrir todos los posibles frentes en su propio

beneficio.

Miyamoto dejó escapar uno de sus gruñidos:

—¿Y qué tiene eso que ver con mi presencia aquí?

—Los *portugueses* tienen espías en las regiones del sur, igual que los *holandeses* —señaló Masamune—, y la lealtad de algunos *daimyō* de la zona aún no es del todo firme. Por eso el señor Ieyasu decidió que lo mejor era construirlo en un puerto apartado de Tohuku, para poder partir hacia esas nuevas tierras con total discreción.

El maestro asintió. Comenzaba a entender la situación. De toda la costa norte, el único puerto con la capacidad suficiente para llevar adelante semejante empresa era el de Shiogama, en nuestros dominios.

El encargo había recaído sobre el señor Date.

Era un honor.

Y una carga.

Pero estaba seguro de que el *daimyō* sabría aprovechar la situación. Todo el mundo conocía sus simpatías por los extranjeros, lo que le había valido el reproche de unos cuantos señores del sur. Estaba claro que su política de mano abierta obedecía más a criterios económicos que culturales o religiosos.

Para muchos, la riqueza es el *kami* más poderoso. El único ante el que se doblegan y al que imploran hasta sangrar. Si el puerto de Shiogama se convertía en un nuevo Nagasaki, el señor Masamune prosperaría hasta límites insospechados.

—Para evitar miradas curiosas, decidimos levantar un dique seco en Tsukinoura, frente a la isla de Koide —continuó el *daimyō*, seguro de que Miyamoto había asumido aquella suposición—. Shiogama está demasiado a la vista.

Tenía todo el sentido.

Tsukinoura era un minúsculo puerto de pescadores situado en un extremo de la bahía de Ishinomaki. Su principal particularidad radicaba en que quedaba oculto a la vista desde Shiogama por la isla de Miyato, y desde la propia Ishinomaki por la de Koide.

Un lugar remoto y protegido, a salvo de miradas curiosas y de tormentas violentas; frente a él, solo un mar libre de piratas y de

barcos *portugueses* y *holandeses*. Se trataba, además, de una zona muy boscosa, perfecta para la obtención de la madera necesaria para la construcción de la *nao*.

Miyamoto inclinó la cabeza en señal de asentimiento. Era su forma de preguntar «¿Y bien?».

—Nada más iniciarse los trabajos, apareció el cadáver de una joven en el bosque cercano al puerto. Según cuentan, alguien lo depositó a los pies de un pequeño templo dedicado a Izanami. Al principio no le dieron importancia, pero acabamos de saber que han aparecido otros dos a lo largo de los últimos días. Los hombres se niegan a seguir trabajando: dicen que una maldición ha caído sobre ellos.

A mi mente acudió de inmediato la imagen de un *kodama*, un espíritu protector que, en ocasiones, podía desatar su furia si alguien cortaba el árbol en el que habitaba. En ese caso, una terrible desgracia caía sobre él y todos los suyos.

—Las órdenes del señor Ieyasu son precisas: debemos terminar el barco antes de las primeras nieves —gruñó el *daimyō*—. Algunos piensan que los dioses nos han castigado enviándonos su furia. Le tienen miedo al viento, como temen al mar embravecido, a la tierra que tiembla, hasta a su propia sombra —añadió desviando la mirada hacia el señor Hasekura—. Quiero que vayas allí y averigües qué sucede. No podemos permitirnos ningún retraso.

Había malestar en su mirada; no por haber contrariado a algún ser del más allá, sino por las consecuencias de no cumplir con la palabra dada al *shōgun*.

—He enviado instrucciones a Fujita Watanabe para que os reciba en su residencia de Ichinomaki y os ayude en lo que necesitéis.

Al regresar, fui a casa de Ichiro para comunicarle que teníamos una nueva misión.

El señor Omura estaba hundido; su rostro contrito, su figura triste, sus ropas empapadas y el pelo revuelto, húmedo y pegado a la cara le daban el aspecto de un loco.

—¡Todo está perdido! —gritaba yendo de un estante a otro.

Uno a uno, tiraba de los rollos de seda para comprobar su

estado, y al descubrir la mancha, el desgarro, la suciedad irreversible en la muestra, los arrojaba al tatami provocando un estruendo sobrecogedor.

Parecían cuerpos muertos.

—¡Todo está perdido!

La señora Omura, tan vehemente de costumbre, se había recogido en un rincón y sollozaba con cadencia monótona.

Verlos en semejante estado me partió el corazón.

Su negocio había prosperado mucho desde que la madre de Ichiro había obligado a su marido a vestir a las nuevas clases burguesas que, día tras día, engordaban su patrimonio gracias al comercio. Algunas familias samuráis habían aceptado matrimonios con ellos para mantener su estilo de vida, y cada vez era más habitual ver a algunos miembros de las clases bajas asistir a eventos antes reservados a los samuráis.

Pureza de sangre a cambio de riqueza: ese era el trato.

Otros *bushi* de menor rango habían optado por abrir escuelas en las que enseñar artes marciales a profanos que buscaban lograr méritos al servicio de algún poderoso señor.

Futuros *yōjinbō*.

Asesinos a sueldo.

Soldados de fortuna.

Nuestro mundo se deshacía como la nieve con los primeros rayos de la primavera.

Encontré a Ichiro tratando de enderezar un *fusuma* en el que había pintada una garza. Su madre adoraba aquellas aves.

En cuanto advirtió mi presencia, se dio la vuelta y se sacudió las lágrimas.

No eran de tristeza, sino de impotencia.

Y de rabia.

Tenía los músculos de la mandíbula tensos, por lo que supe que apretaba los dientes al modo en el que lo hacía cuando estaba a punto de descargar un golpe. Me fijé en sus nudillos, blancos y con la piel levantada, una gota de sangre seca sobre alguno de ellos.

—¿A qué has venido? —dejó escapar con voz áspera.

—A ver cómo estabas.

—Pues ya lo has visto. No nos queda nada.

No entendí el reproche implícito que escondía su voz.

—Ahora regresaremos al fin al lugar que nos corresponde.

Debió de ver la contracción de mi frente, mi pupila dilatarse, porque enseguida añadió:

—He jugado a ser lo que no era, y los dioses me han castigado. A mí y a mi familia.

—Tus padres son fuertes, saldrán adelante —traté de consolarle.

—No soy más que el hijo de un simple comerciante —replicó—. Era. Ahora no soy nada.

—Eres el vasallo principal del Investigador de Asuntos Especiales del clan —contesté—. Nadie te ha regalado ese privilegio. Te lo has ganado por derecho propio.

Nos miramos largo rato, el tiempo que tardaron su respiración agitada y sus dedos crispados en calmarse. El resto de su cuerpo, sin embargo, permaneció rígido.

—El *daimyō* nos ha encargado una nueva misión —le informé.

—No puedo dejar a mis padres así.

Hasta ese momento no me di cuenta, pero al ver un rayo de sol derramado sobre el tatami frente a mí, alcé la vista y reparé en el boquete del techo: si se desataba una nueva tormenta, no quedaría nada de las pocas pertenencias que se habían salvado. Ni de la propia casa.

—¿Qué especie de hombre sería de hacerlo?

Las palabras brotaron de mis labios sin ser convocadas; a fuerza de escucharlas, habían ya germinado en lo más profundo de mí:

—El que ha elegido servir a su señor por encima de todo. Incluso de sí mismo.

—Yo no soy samurái —replicó—. Pareces olvidarlo.

—Has hecho un juramento. Eso ata a un hombre de por vida.

—¿Y quién cuidará de mis padres?

—Pueden quedarse en casa mientras arregláis el tejado —respondí comprometiendo mi palabra y la del maestro.

—Jamás aceptarán.

—El orgullo no conduce a nada —señalé.

Quizás si hablaba con Miyamoto, él pudiera convencerlos.

—Debemos partir hacia Ishinomaki dentro de dos días —dije mientras le daba la espalda. No comprendía su vacilación: le había

sido otorgado un privilegio al que muy pocos tenían acceso.

Por el que muchos habrían matado.

El maestro notó mi expresión seria durante la cena. Me había visto regresar de casa de Ichiro contrariado, pero como era costumbre en él, no había dicho nada. Toda su preocupación estaba centrada en el cerezo del jardín. Consciente de que la rama estaba muerta, la había cortado para que la podredumbre del miembro herido no arrastrara consigo al resto del árbol.

—Mañana hablaré con ellos —pronunció.

Y con solo esas cuatro palabras, volteó mi ánimo.

A veces olvidaba que su mente era tan certera como su sable.

CAPÍTULO II

La niebla llegó del mar, se derramó silenciosa por las avenidas, las calles y los patios y cubrió la ciudad de silencio.

Hacía un frío inusual para la estación —estaba seguro de que el señor Hasekura también vería en ello un mal augurio—, de modo que decidí sustituir el *yukata* por el kimono y vestir un *juban* debajo, pero solo al cubrirme con el abrigo y el sombrero de viaje logré mitigar algo el castañeteo de mis dientes.

Miyamoto e Ichiro habían optado por hacer lo mismo. Sus padres nos observaban desde la verja de entrada de nuestra residencia. El maestro les había convencido para que se quedaran allí mientras arreglaban su tejado, y aunque la vieja Kichi no había aceptado la intrusión de muy buen agrado, estaba seguro de que cuidaría bien de ellos durante nuestra ausencia.

Solo entonces, Miyamoto reparó en el *kiseru* cruzado en el cinturón de Ichiro. Ni siquiera me había dado cuenta.

—¿Y eso?

—Se lo compré a un anciano. ¡Me gusta!

Jamás había fumado, y dudé de que fuera a hacerlo nunca: el tabaco era un lujo demasiado caro para alguien de su posición. Supuse que el verdadero propósito de que se hubiera hecho con aquella pipa era que le hacía sentirse adulto.

Ishinomaki quedaba a una jornada a caballo. Saldríamos de la ciudad por el norte y tomaríamos la ruta de Matsushima, bordeando la bahía hasta las estribaciones de la isla de Miyato; una vez allí, seguiríamos el suave contorno de la costa hasta nuestro destino.

La única dificultad la constituía el cruce del Naruse, justo en su

desembocadura. Si todo iba bien y los caminos estaban transitables, dormiríamos en casa del señor Watanabe esa misma noche.

En cuanto dejamos atrás los límites de Sendai, una lluvia obstinada comenzó a incordiarnos. A medida que me calaba el abrigo, sentí cómo su peso aumentaba. Las patas de los caballos se hundían en el barro hasta más arriba de los cascos haciendo que gobernarlos fuera cada vez más difícil, pero tenía los dedos tan agarrotados por el frío que apenas podía sujetar las riendas.

Acerqué las manos a la boca para tratar de calentarlas, pero el alivio fue apenas perceptible. Ichiro tiritaba. Se había atado las riendas al *obi,* lo que le permitía esconder las manos dentro de las mangas; a Miyamoto, en cambio, el clima parecía no afectarle.

El otoño había comenzado a pincelar los árboles de amarillo, naranja y arcilla, y, en su retirada, la niebla se había dejado jirones prendidos en cedros, pinos y abetos que se confundían con los nidos de las orugas.

Al llegar a campo abierto, el viento se unió a la lluvia.

Su aliento salado se mezclaba con el aroma dulzón que el agua arrancaba a troncos, hojas, helechos y arbustos, y con el más pesado de la tierra.

Ver al señor Hasekura me había revuelto el vientre.

Había logrado ocultar nuestro secreto a todos, también al maestro y a Ichiro, pero en ocasiones no podía quitarme de encima la sensación de que todo el mundo lo sabía. De que algún gesto me descubría cada vez que alguien la mencionaba en mi presencia.

Si bien su padre había tenido que continuar con sus obligaciones tras el funeral, su madre se había encerrado en su casa. Estaba convencido de que, en la intimidad de su alcoba, la maldecía por haberla expuesto a las miradas del resto de damas del clan, especialmente a las de la familia del joven Heiju, su prometido, incapaces de asumir el desaire de su hija.

Al igual que la mayoría de mujeres samuráis, ella tampoco había elegido su matrimonio y había aceptado su destino con la resignación que impone el deber: ¿cómo se había atrevido aquella cría a quitarse la vida y deshonrarla de aquel modo?

El apellido Hasekura había quedado manchado.

Una carga más que añadir a mi conciencia.

La lluvia arreció con fuerza al aproximarnos a Taga, la antigua capital de Mutsu durante el lejano período Nara. La ciudad había alcanzado gran esplendor poco después bajo el mando del clan Fujiwara de Hiraizumi, pero ahora no era más que un villorrio postrado a los pies de las ruinas de su antigua fortaleza.

A eso quedan reducidos los sueños de gloria de todo guerrero: a piedras vencidas y cubiertas de musgo por el paso del tiempo.

Algún día, también el dominio de los Tokugawa desaparecería.

La mayoría de casas habían sido derribadas por el tifón, y las pocas que quedaban en pie amenazaban con desplomarse en cualquier momento.

Decenas de hogares rotos.

Decenas de vidas truncadas.

Un monje entonaba sutras frente a una montaña de cadáveres; en ella se apilaban mujeres, niños y hombres desvencijados, sus bocas abiertas en un último grito de desesperación que el barro había colmado.

Al ver las caras de resignación de los aldeanos que habían logrado sobrevivir, fui consciente de que sabían que estaban solos en este mundo. Vagaban de aquí para allá con la nuca sometida y la derrota sobre los hombros. Despedirían a sus muertos, reconstruirían sus hogares, adecuarían de nuevo los campos y seguirían adelante en completo silencio.

Habían nacido pobres y morirían del mismo modo; así había sido generación tras generación.

Reparé en una figura que desentonaba. Trataba de enderezar con los brazos el pilar medio vencido de una casa. Llevaba puesto un *sandogasa* que le cubría el rostro, y aunque no llevara el *daishō* cruzado al cinto, era, sin lugar a dudas, un samurái.

Busqué sus armas.

Las había dejado a un paso de distancia, bajo un alero, al resguardo de la lluvia.

—Maestro —llamé su atención.

Justo en ese instante, miró en nuestra dirección. Valoraba hasta qué punto suponíamos una amenaza, pero al ver nuestras armas guardadas en sus fundas de viaje, concentró de nuevo su esfuerzo en la casa.

Miyamoto echó pie a tierra. El barro empapó el borde de su *hakama,* pero no pareció importarle lo más mínimo. Se encaminó hacia el samurái bajo nuestra atenta mirada, y unió sus manos al esfuerzo.

—¿A qué esperáis? —bramó desde la lejanía.

Ichiro y yo acudimos rápidamente en su ayuda y, entre los cuatro, enderezamos el pilar al tiempo que un par de campesinos lo fijaba con cuerdas y cuñas.

Nos agradecieron el gesto con profundas reverencias. El maestro los despachó con un par de gruñidos. A pesar de su posición, se sentía incómodo cada vez que alguien se humillaba ante él de semejante modo.

«Un samurái no es más que un simple sirviente, recuérdalo», solía repetirme.

La inclinación de cabeza del desconocido, en cambio, fue breve y concisa. Traté de adivinar su edad, pero el sombrero le ocultaba el rostro hasta el mentón. Lo único que sobresalía por debajo del ala era una barba espesa y descuidada que le daba un aspecto agreste.

Pero al quitárselo, todo cambió.

Sus ojos eran de un turquesa intenso, y aunque el vello que le cubría el rostro estaba destinado a hacerle parecer mayor, no debía de tener más de 18 años.

—Me llamo Kai Inoue. Gracias por vuestra ayuda.

Su voz tenía un acento que no fui capaz de identificar.

—Soy Miyamoto Tsunetomo, y estos son mi hijo Aki y mi vasallo Ichiro Omura.

Los mismos campesinos que se habían deshecho en reverencias regresaron con una bandeja sobre la que habían dispuesto los pocos alimentos que habían logrado reunir, probablemente su propia cena; rechazarlo hubiera sido una grave descortesía, de modo que nos sentamos bajo la techumbre recién restaurada y nos dispusimos a honrar el gesto.

La tormenta arreciaba por momentos.

—¿No eres de por aquí, verdad? —pregunté al desconocido.

—Soy de Matsue, en la provincia de Izumo.

Izumo quedaba muy al sur, en la región de Chūgoku, y estaba bajo el dominio del señor Horio, del clan Matsue.

—Estás lejos de casa.

El carraspeo del maestro interrumpió mi interrogatorio; una señal clara de que debía dejar de hacer preguntas. No era de buena educación.

—¿Hacia dónde os dirigís? —preguntó entonces Kai.

—Vamos a Ishinomaki —soltó Ichiro, siempre más confiado que Miyamoto y que yo.

—Yo me dirijo al norte. ¿Os importa que os acompañe parte del camino?

El maestro asintió.

En cuanto la lluvia se hubo serenado un poco, decidimos reemprender la marcha; la hora del gallo estaba cerca y nuestro propósito de llegar a la mansión del señor Watanabe aquella noche había quedado hecho añicos, de modo que tendríamos que dormir por el camino.

Kai se ciñó los sables, se cubrió con un *hanten* y se colocó de nuevo el sombrero. Sus ropas eran las propias de un samurái de bajo rango, pero sus sables y su modo de comportarse eran los de alguien de alta cuna. Por mucho que uno trate de ocultarse, algunos detalles siempre le delatan, los más pequeños, aquellos que escapan al control de la mente consciente.

Nuestro destino era una aldea llamada Tetaru, a una hora de camino. Uno de los campesinos a los que habíamos ayudado tenía un tío que regentaba una pequeña casa de huéspedes allí: si le decíamos que íbamos de su parte, nos atenderían bien.

Tras un rato de marcha, decidimos desmontar para dar algo de alivio a los caballos.

La lluvia había vuelto a arreciar y martilleaba el suelo sin piedad. Cada vez que una ráfaga entraba de lado, la cortina de agua parecía adquirir vida y se agitaba de izquierda a derecha primero, de derecha a izquierda después, y, en ocasiones, un repentino remolino la elevaba de nuevo al cielo y la dejaba descender al modo del vuelo errático de un vencejo.

Una figura se materializó a lo lejos. Al parecer, no éramos los únicos imprudentes que se habían adentrado en el camino en semejantes circunstancias.

Apenas era una silueta borrosa al principio, pero a medida que

avanzamos pudimos distinguir su sombrero roto, sus harapos mojados y la carga de leña a su espalda. Ni el maestro, ni Ichiro ni yo advertimos el *sokutoku* que colgaba de su cuello, parcialmente oculto por un pañuelo. Tampoco Kai.

En cuanto llegó a nuestra altura, se lo llevó a la boca y sopló un nubarrón de polvo ocre a los ojos de Miyamoto.

El maestro desenvainó de inmediato, pero su defensa se perdió en el vacío.

Kai y yo desnudamos nuestros aceros instantes después, pero ya era tarde. Lo único que quedaba de él era la partida de leña que cargaba a la espalda hacía tan solo un instante. Parecía haberse diluido.

—¿Estás bien, maestro?

Pero Miyamoto no respondió.

Se frotaba los ojos con el dorso de la mano.

Hasta que, de repente, su cuerpo se desplomó.

—¡Maestro!

Su boca se abría y cerraba como la de un *koi* arrojado fuera de un estanque. Ichiro y yo nos arrodillamos a su lado y, mientras él le sujetaba la cabeza, yo le abrí el kimono para que pudiera respirar.

Al desnudar su pecho, lo vi, justo a la altura de su corazón: un aguijonazo del que brotaba una lágrima de sangre negra.

La herida era minúscula, infligida con un *banshin*, un *kogai* o una aguja para espolear a los caballos.

—¡Ha sido ese maldito campesino!

—No era un campesino —pronunció Kai—. Era un asesino.

—¿De qué estás hablando?

—No lo he visto venir. Ni siquiera tu maestro.

—¡Muéstrate, cobarde! —grité con todas mis fuerzas.

Pero la lluvia ahogó mi voz quebrada.

El cuerpo de Miyamoto quedó inerte, los ojos abiertos, la boca en una mueca funesta.

Temí lo peor.

—¡Padre!

Kai acercó la oreja a su pecho.

—Su corazón aún late, pero apenas respira. Debemos llevarlo a un médico. ¡Ayudadme a subirlo al caballo, deprisa!

Su resolución me dejó paralizado, más aún cuando fui consciente de que yo había perdido los nervios como un crío.

—¡Vamos!

Ichiro lo agarró por debajo de los hombros y lo alzó.

—Le llevaremos a Tetaru y mandaremos a alguien a buscar ayuda —indiqué.

Kai me miró, y, tras un instante, asintió. La aldea era el punto habitado más cercano, nuestra mejor opción; desde allí podríamos enviar un emisario para informar al señor Date de lo sucedido y solicitar su ayuda.

Colocamos al maestro en la silla de su caballo y yo monté sobre la grupa para sujetarle. Kai subió a mi montura e Ichiro partió al galope para disponerlo todo.

Sostener su cuerpo inerte entre mis brazos me hizo sentir un tipo de miedo que jamás había experimentado hasta entonces, el que procede de enfrentarse a algo fuera de nuestro alcance, a un enemigo que no puede combatirse con ningún acero.

Sabía que Miyamoto estaba dispuesto a afrontar su propia muerte desde hacía tiempo, pero yo aún no.

Traté de no pensar en ello y centré mi juicio en hallar alguna respuesta a lo que había pasado.

¿Quién podía haber querido asesinarle de un modo tan cobarde?

¿Acaso se trataba de un sicario de la Única Verdad?

La secta había sido destruida, pero la dama Toku seguía con vida. Algo, no obstante, me decía que de haber querido acabar con Miyamoto, lo hubiera hecho en persona; ambos eran conscientes de que, tarde o temprano, se encontrarían cara a cara para un combate final.

¿Quién, entonces?

Tetaru era una villa de apenas diez casas. Ichiro nos esperaba frente a una construcción pegada al camino. Parecía la más grande y robusta de todas, aunque la tormenta amenazaba con arrancar cada hatillo de paja del tejado en cualquier momento. Todo el edificio parecía crujir y lamentarse anticipando su desgracia.

—¡Por aquí!

Recibió el cuerpo del maestro como si fuera un rollo de la tela más preciosa y lo introdujo en la casa. En sus brazos, cada vez más

poderosos, mi padre no era más que un niño dormido. Aquella visión me dejó inquieto.

—Ve —me apremió Kai—. Yo buscaré un sitio para los caballos.

El posadero había preparado su mejor habitación —una estancia de apenas cinco tatami— para Miyamoto, que ya descansaba sobre un futón que parecía bastante limpio.

—Debemos desnudarle.

Ichiro y yo nos afanamos en quitarle la ropa. Al ponerlo de lado, el posadero vio su espalda surcada de cicatrices azules; solo entonces reparó en la que cruzaba mi rostro. Quizás no hubiera sido tan buena idea darnos refugio, debió de pensar.

—Llena una cuba de agua caliente —ordené.

La voz me salió áspera y el trato, brusco.

El hombre salió corriendo de la habitación mientras Ichiro me reprendía con la mirada. No me fijé hasta entonces en que el maestro tenía los ojos fijos en mí y parpadeaba con insistencia.

Trataba de decirme algo.

Acerqué mi oído a su boca para recibir sus instrucciones.

—Takeshi —susurró como una brisa antes de volver a perder la consciencia.

CAPÍTULO III

El olor a madera quemada me guio hasta las puertas del templo.

El monje removía una pila de tablillas con una rama para que el aire alimentara las débiles brasas. No fue consciente de mi llegada hasta que me detuve a su lado. Sus ojos permanecían fijos en las llamas, que empezaban a rebrotar, pero su mente parecía absorta en otros pensamientos.

Me asomé a la pequeña pira y pude contemplar cómo las súplicas contenidas en todas aquellas *ema* eran elevadas al cielo en una exánime columna de humo.

—Hace tiempo que los dioses dejaron de atender los ruegos de los hombres —señalé.

—¿Por eso estás tú aquí? —contestó.

Asentí despacio.

—¿Qué eres?

—Un simple hombre, como tú.

Levantó la vista y reparó en mi cicatriz.

—No eres como los demás.

—Lo soy, créeme.

El monje arrojó la rama al fuego y se dirigió hacia la pagoda.

—El señor Watanabe me avisó de vuestra llegada.

Percibí cierta inquietud en su rostro. Fujita le habría hablado de una partida de tres hombres, dos samuráis y su vasallo, y frente a él se hallaba una única persona.

Un adolescente.

Asentí de nuevo, y acompañando al leve movimiento de mi cabeza, una lágrima helada descendió por mi nuca. Era la primera

vez que me enfrentaba solo a una misión; que viajaba sin mi padre y que no contaba con el aliento de Ichiro a mi lado.

Sentí miedo.

Y un gran vacío. Como el del cuenco de té cuando, finalizada ya la ceremonia, se queda sin líquido.

Mi soledad era total.

Llevaba casi dos días sin noticias de ellos. ¿Habría llegado ya Takeshi?

En cuanto Miyamoto pronunció el nombre del monje, envié a Ichiro a por él. El primer examen del señor Nitobe, el médico personal del *daimyō*, me había dejado intranquilo; estaba claro que desconocía los mecanismos de la infección que afectaba al maestro.

Todo dependía de Takeshi.

—Lo más probable es que el arma estuviera envenenada —había sugerido Kai.

—Conozco el efecto de muchas sustancias, pero jamás había visto nada parecido —se había excusado Nitobe.

El maestro permanecía con los ojos abiertos todo el rato, por lo que teníamos que derramar gotas de agua sobre ellos cada cierto tiempo. Tampoco respondía a ningún estímulo, y su respiración era tan leve que parecía la última a cada instante.

Nitobe, no obstante, había traído una misiva consigo: el señor Date me ordenaba dejar a mi padre a su cuidado y proseguir viaje hacia Ishinomaki.

Tras nuestra partida, había aparecido un nuevo cadáver, lo que había provocado que los trabajos de construcción de la *nao* se hubieran detenido por completo. Nadie se atrevía a adentrarse en el bosque, ni siquiera los leñadores venidos de otros pueblos, por temor a que la desgracia viajara con el viento hasta sus hogares.

—¿Dónde apareció? —pregunté al monje.

—Al pie de las escaleras.

—¿Y no oíste nada?

—Vivo en una cabaña un poco más allá —se excusó.

—¿Dónde está?

Me miró sin comprender.

—El cuerpo —aclaré.

—Lo están preparando para el funeral.

—¿Cuándo será?

—Mañana.

—¿En su aldea?

Asintió, y sin necesidad de que le formulara la pregunta, señaló un sendero estrecho que se adentraba en la arboleda.

—El *kodama* tan solo protege su morada —dijo mientras me alejaba.

Me detuve y volteé la cabeza.

—¿Asesinando a inocentes?

—Cada ser obedece a su naturaleza si se le amenaza.

—Y mi acero a la suya.

En cuanto entré en el bosque, vi la primera *shimenawa*. El hombre había empleado aquel método para señalar los árboles que creía habitados por un espíritu desde tiempos remotos: era el modo de exteriorizar la frontera entre lo terrenal y lo divino y de prevenir que nadie lo cortara o dañara por error.

Pero, al parecer, no había servido de nada.

Debía estar preparado, así que desenvainé.

El viento hacía que los *shide* que colgaban de la cuerda emitieran un murmullo semejante al de la lluvia. Recordé las palabras del monje. Como devoto *shintoista*, consideraba a los *kodama* un *kami*, pero sus dioses se habían cobrado ya demasiadas vidas a lo largo de Japón.

Se contaba que en una de sus campañas, uno solo de aquellos seres había acabado con los cien *ashigaru* del señor Oda que habían talado un pequeño bosque. Nobunaga hizo llamar a un cazador de *yōkai* para que acabara con él y decretó su ingreso como demonios en todos los tratados de su época.

El parecer de los Tokugawa era exactamente el mismo. Los *kodama* eran enemigos del hombre y frenaban su progreso: su único destino era la muerte.

Jamás me había planteado la posible dualidad de un espíritu; tampoco quién decidía acerca de su bondad o su maldad. El maestro solo me había enseñado a temerlos y a cómo acabar con ellos; las disquisiciones acerca de su origen y su naturaleza no le interesaban. Pertenecían a otros hombres.

Me acerqué a un cedro que debía de datar del período Nanbokuchō. Su corteza era brillante. Alcé mi sable y descargué un tajo sobre ella.

Se decía que si uno infligía una herida a la morada de un *kodama*, de su madera brotaba sangre.

Pero nada sucedió.

Mi cicatriz seguía en calma, igual que mi acero.

Envainé y continué por el camino.

Entonces la vi.

Era Kumico.

Su figura aparecía y desaparecía entre los troncos y los helechos, pero por mucho que apretaba el paso, la distancia entre ambos parecía aumentar a cada paso.

La carne de mi rostro se abrió y mis sables adquirieron la incandescencia que revelaba el *sutra* oculto en ellos.

—¡Kumico!

Pero mis gritos eran tan inútiles como mis piernas.

Me detuve exhausto, el cuerpo doblado, las manos sobre los muslos. Impotente, alcé mi rostro al cielo y con la última brizna de aliento que me quedaba, la llamé de nuevo:

—¡Kumico!

El eco me devolvió mi voz hecha pedazos.

«Kumiiiiico».

«Kumiiico».

«Kumico».

«Mico».

Hasta que no regresé la mirada al frente, no me di cuenta de que estaba en medio de un gran claro.

Los cadáveres de decenas de árboles yacían en el suelo, algunos solo caídos, otros ya desmembrados y con la piel arrancada a jirones.

Mi cabeza se llenó de aullidos de dolor y lamentos profundos que se solapaban. Sentí los dientes de las sierras y los golpes de las hachas abrir mi carne y trocear mi cuerpo; talar mis brazos y mis piernas como si fueran ramas; el crujido de cada uno de mis huesos al partirse.

El dolor era tan intenso que todo a mi alrededor desapareció.

Tan solo era consciente de la angustia del bosque.

Del tormento sufrido.

Grité con todas mis fuerzas, hasta que mi garganta se secó y el rostro se me llenó de lágrimas.

—¡Basta!

Esta vez no había sido mi voz, sino la de una mujer.

Al grito le siguió un susurro:

—Por favor…

Y todo cesó.

-

Cuando volví en mí, estaba tirado en el suelo y el sol había recorrido ya la mitad de su viaje por el cielo. Su luz se filtraba entre las hojas y moteaba el suelo al capricho del viento que las mecía.

¿Qué me había sucedido?

Me puse en pie y volví a observar el claro, la devastación provocada por aquel ejército de leñadores sin piedad. Todos los árboles habían sido talados sin importar su tamaño, los arbustos desbrozados, los helechos arrancados, la tierra removida.

Imaginé la llanura de Sekigahara llena de cuerpos desmembrados; la tierra anegada de sangre, tanta que había formado pequeños lagos; el olor de la muerte; el zumbido de los enjambres de moscas danzando sobre los cuerpos.

¿Cuántos árboles eran necesarios para construir un barco?

¿Cuántos muertos para colmar el ansia de poder de los hombres?

El silencio era opresivo. Ni siquiera se escuchaba la lejana voz de algún pájaro, el rumor de las hojas agitadas.

Todo, hasta el viento, permanecía callado.

Allí tan solo moraba la muerte.

Había perdido el camino, de modo que decidí seguir la dirección del canal construido para conducir los troncos desde el bosque hasta la costa. Algunos se mecían sobre el agua a la espera de que sus asesinos regresaran para transportarlos, ajenos al dolor y la agonía que habían provocado. Otros se amontonaban en pilas a la espera de su turno.

El señor Date debía de haber empleado muchos brazos para

traer hasta allí aquella lengua de mar; campesinos y pescadores de toda la provincia obligados a dejar a sus familias para horadar una tierra que no les iba a reportar ningún beneficio; a construir un barco en el que jamás faenarían.

El suelo aún estaba empapado por las últimas lluvias y el barro se acumulaba en mis botas, de modo que opté por descalzarme.

El contacto directo de mis pies con el suelo me conectó de nuevo con el bosque. Pude sentir el latido de la savia circulando por el interior de cada tronco, por el tallo de cada helecho y cada arbusto a mi alrededor. De pronto, formaba parte de un ser vivo que alcanzaba el mundo entero.

Y pude sentir a Kumico.

¿Qué magia era aquella?

Era como si el bosque hubiera penetrado en mí; como si me hubiera infectado; como si a medida que el limo se filtraba entre los dedos de mis pies desnudos atravesara mi piel y avanzara por mi interior.

Mi cicatriz comenzó a abrirse de nuevo.

Caí al suelo y empecé a boquear. De mi boca manaba tierra mojada.

El bosque se apoderó entonces de mis manos, comenzó a trepar por mis brazos y pude sentir su humedad viscosa envolviendo mis músculos.

También su odio y su ira.

Debía hacer algo, y rápido, antes de perder el sentido.

Logré alcanzar la empuñadura de mi *wakizashi*. Mi enemigo estaba por todas partes, pero no era un ser corpóreo sobre el que poder descargar un corte. ¿Cómo iba a luchar contra él?

Acerqué el filo a mi brazo izquierdo, y, al sentir el calor de la hoja, el limo se batió en retirada. Repetí la operación con cada rincón de mi cuerpo invadido, hasta que me liberé y logré echar a correr dejando mis botas atrás.

Al salir del bosque, me detuve para recuperar el resuello. Tenía las plantas de los pies laceradas, los músculos doloridos y la garganta inflamada. El poder de aquel *kodama* era más grande de lo que creía: debía ir con mucho cuidado.

El canal describía una suave curva destinada a frenar los troncos

y continuaba manso hasta alcanzar su destino. Avancé por la ribera y me encontré frente a algo que me dejó con la boca abierta: era el esqueleto de un barco, el más grande que había visto jamás, alto como la torre principal de un castillo y ancho como la estancia de un palacio. Pero lo que más llamó mi atención fue su vientre abombado: parecía una gran ballena varada. Su peso debía de superar los 2000 o 3000 *koku*.

Era, sin duda, la *nao* del señor Date.

—¡Volved al trabajo, perros!

La voz procedía del otro lado del gigante de madera.

—¡Os he dicho que os pongáis a trabajar!

Al rodear la embarcación, distinguí a un samurái. Blandía un *bokken* en dirección a un grupo de hombres que protegían sus cabezas como si el cielo fuera a desplomarse sobre ellos.

—¡Ratas!

Su aspecto era feroz. Vestía un kimono marrón remendado varias veces y del extremo inferior de su vieja *hakama* colgaban un sinfín de hilos; estaba claro que tanto las ropas como su dueño habían vivido mucho. Sin duda, se trataba de un samurái de bajo rango, edad mediana y pelo desarreglado.

Su voz encerraba un deje de crueldad con el que parecía disfrutar. El maestro me había advertido muchas veces acerca de tipos como aquel, furiosos con el mundo por haber nacido en el seno de una familia pobre; espíritus inclinados a desatar su frustración con el más débil.

De repente, se abalanzó sobre el grupo provocando que los hombres se dispersaran como una bandada de patos. Todos menos uno, que tuvo la mala fortuna de tropezar.

El samurái lo agarró por el pelo, lo puso en pie y descargó un golpe contra su cabeza que le salpicó la cara de sangre.

—¡Venid aquí!

El resto se debatía entre mantenerse a salvo o auxiliar al caído. Si se hubieran organizado, podrían haberle vencido, pero cuando la sumisión ha sido instalada en el corazón de un hombre desde la cuna, la arrastrará consigo de por vida.

No los culpaba: solo habían conocido la miseria.

—¡El que se niegue a trabajar será torturado y ejecutado, me oís!

El hombre del suelo trató de ponerse en pie. Parecía un títere descoordinado. El samurái le propinó una patada que lo dejó sentado sobre la arena y enarboló de nuevo el sable de madera. En un intento inútil, el pobre desgraciado trató de protegerse con el antebrazo, pero el *bokken* impactó con tal fuerza contra la extremidad que el hueso le asomó al exterior.

Su alarido de dolor hizo que se me revolviera el estómago.

Tanta crueldad inútil.

—¡Basta! —grité.

El samurái giró la parte superior de su cuerpo. Su rostro estaba desencajado por la ira. Sus cejas, generosamente pobladas, parecían dos cuernos, lo que le confería cierto aspecto de *oni*; era probable que hasta se las peinara así para atemorizar a sus enemigos.

Varias cicatrices le surcaban la cara: llevaba la guerra tatuada en ella.

Su primera reacción fue la de plantarme cara, pero, al ver mis dos sables, se contuvo.

—¡Quién eres!

—Me llamo Aki Tsunetomo. Me envía el señor Date para acabar con el *kodama*.

Primero fueron las comisuras, que comenzaron a curvarse; después los ojos, que se contrajeron hasta llenarle el rostro de arrugas…, hasta que finalmente llegó la risa cargada de desprecio.

—¡Fuera de aquí, niño!

Acto seguido, me dio la espalda y alzó el sable dispuesto a acabar lo que había empezado.

El brazo del campesino colgaba como una rama rota por la nieve.

«Tanto en la vida como en el combate, la actitud lo es todo, Aki».

Traté de parecer tranquilo, pero firme y resuelto a la vez.

—He dicho que basta.

Esta vez, el samurái se giró del todo y avanzó hacia mí.

A medida que se acercaba, me asaltó cierta duda: estaba claro que se trataba de un vasallo del señor Watanabe. No deseaba enemistarme con él, mucho menos tras nuestro primer encuentro.

Fujita Watanabe estaba sometido a mucha presión. Esperaba que el maestro solucionara deprisa el asunto del *kodama* y los trabajos de construcción de la *nao* pudieran concluirse dentro del plazo estipulado, y, de repente, se había encontrado en mis manos. Debía de tener la edad de mi padre, pero cualquier parecido entre ambos terminaba allí. Fujita era un hombre tosco, un samurái rural que había visto mejorada su posición gracias a su buen servicio en batalla, y aunque no parecía el típico vasallo medrador, la responsabilidad por el encargo le había cambiado el ánimo y agriado el carácter.

—¿O qué? —me desafió el samurái.

—Esos hombres tienen miedo, nada más.

—Esos no son hombres, son un maldito atajo de cobardes.

—¿Acaso crees que así lograrás algo?

Los músculos del rostro se le tensaron y sus dedos estrangularon con fuerza la empuñadura: se disponía a atacarme.

—¡Basta, Yoshida! —pronunció entonces una voz lejana.

Al girar la cabeza descubrí a otro samurái a caballo. Debía de tener unos veinte años, y su aspecto era de lo más elegante, nada que ver con la montaña que tenía enfrente.

¿Cómo no me había dado cuenta de su presencia?

Avanzó al paso y, con una sola mirada, hizo que mi enemigo depusiera su actitud.

—Soy Kyusuke Watanabe. Te ruego disculpes los modales de Yoshida, Aki *san*. Me temo que es un hombre un tanto rudo, pero fiel y muy efectivo para ciertos menesteres. Mi padre me informó de tu llegada. Siento no haber podido presentarme como es debido, pero desde la aparición del último cadáver, decidió que me trasladara aquí para infundir valor a los hombres.

Ambos sabíamos que su presencia en el lugar respondía a otros motivos. El señor Watanabe había enviado a su hijo para sofocar cualquier intento de revuelta y asegurarse de que los trabajadores reemprendían la tarea: cualquier actitud que retrasara el proyecto del *daimyō* sería penado de un modo severo.

CAPÍTULO IV

El viento agitaba los *jin-maku* alrededor de las tiendas convirtiéndolos en un tranquilo mar de seda verde.

El hijo del señor Watanabe había instalado un puesto de mando en toda regla. Era un samurái de *dojo* jugando a la guerra, un mérito militar que, a diferencia de su padre, le había sido negado por las circunstancias.

Formaba parte de esa nueva generación de *bushi* a los que la paz había robado su esencia. Vivían según las reglas y las costumbres de sus mayores, pero para un samurái es difícil comprometerse con la muerte si es consciente de que cada instante, cada atardecer y cada amanecer no serán los últimos.

Además de Yoshida, le acompañaba un pequeño grupo de *ashigaru*, ahora reunidos alrededor de una hoguera. A pesar de que el lugar elegido para construir la *nao* estaba al abrigo del viento y las miradas furtivas, la brisa lograba penetrar franca a ratos, como si cansada de chocar una y otra vez contra los acantilados encontrara al fin un resquicio por el que desordenar las llamas.

No muy lejos del campamento se alzaba un gran barracón en el que se hacinaban los trabajadores, un refugio mísero que apenas los protegía de la lluvia. Sus condiciones eran de lo más ruinosas, como también lo serían, supuse, sus raciones de comida. El *shōgun* tenía un sueño y había encargado su ejecución al señor Date, quien a su vez le había puesto a él al frente de la empresa: a ninguno les importaba el precio en vidas ni la crueldad necesaria para alcanzarla. Debía hacerse, de modo que nadie regresaría a casa hasta que la *nao* estuviera terminada.

—¿Ha llegado alguna noticia de mi padre? —quise saber nada más sentarme.

Kyusuke negó con la cabeza.

—Enviaré a un hombre, si así lo deseas.

—No es necesario, gracias.

No quería que interpretara mi demanda como una debilidad.

—¿Puedo preguntaros qué sucedió?

Su interés parecía sincero.

—Un ataque cobarde.

—Un hombre de su posición habrá hecho muchos enemigos con los años —señaló—. El honor es un bien cada vez más escaso.

Decidido a sacudirme la angustia, traté de reconducir la conversación:

—El monje me ha dicho que el funeral por la última muchacha será mañana.

Kyusuke lo confirmó con un gesto de cabeza.

—¿Las otras víctimas también eran de los alrededores?

Una nueva aseveración.

—Lo que no acabo de comprender es por qué, tras conocer la primera muerte, decidieron adentrarse solas en el bosque.

—Estoy seguro de que el *kodama* tiene sus armas —respondió —. Tengo entendido que son capaces de adoptar cualquier apariencia a su antojo.

—¿Pero por qué todas mujeres, y todas de edad parecida? El daño inflingido sería mayor si se tratara de hombres jóvenes.

—Los hombres trabajan la tierra, pero son las mujeres las que sostienen la aldea. El futuro.

Tenía razón.

—¿Cómo murieron?

En sus ojos leí cierto desconcierto:

—¿A qué os referís?

—Debo conocer los métodos del *kodama*.

—Siento no poder seros de ayuda —respondió lacónico.

Recordé las miradas de rechazo cada vez que Miyamoto solicitaba ver un cuerpo. La imagen de Akira, el *eta* que nos había ayudado en mi primera misión, se concretó en mi cabeza. Su piel lunar surcada por arroyos verdeazulados; su cuerpo magro y

huesudo, su expresión mortecina, como si su prolongado contacto con la carne sin vida le hubiera dejado una impronta imborrable.

Desde aquel día, el maestro había añadido a mis obligaciones de estudio lo que en otras tierras llamaban «lectura de cadáveres». Gracias a un comerciante amigo suyo que viajaba a Nagasaki con frecuencia, se había hecho con algunos tratados extranjeros sobre los secretos del cuerpo humano, y aunque su escritura me resultaba indescifrable, los dibujos eran de lo más claros: cuerpos sin la piel que nos cubre, músculos y vísceras expuestos, huesos, *venae*…, todo fruto de lo que no podía ser otra cosa que un examen directo por parte del artista.

De entre todos ellos, dos me habían impresionado por la viveza de sus imágenes: uno escrito y dibujado por un *español*, país del que procedían algunos de los *padres* que habían venido a predicar a nuestras tierras, y otro, obra de un tal *Vesalio*.

Viendo una y otra vez aquellas láminas, me sorprendí a mí mismo tratando de adivinar lo que allí se mostraba bajo mi propia piel. Poco a poco, las ganas de comprobar de primera mano cuánta verdad había en ellas crecieron en mí. Hasta que, una noche, Miyamoto me convocó a su habitación.

—Vístete, nos vamos.

Callejeamos hasta el río embozados como ladrones. Allí nos esperaba una barca.

La corriente nos condujo mansa hasta una pequeña construcción con su embarcadero. Dentro, un cuerpo reposaba sobre una tabla. Era el cadáver de un ajusticiado, un tal Junichirō. Junto a él estaban el señor Nitobe y otro hombre.

Un *eta*.

—Miyamoto *san*, Aki *san* —nos saludó Nitobe—. ¿Procedemos?

Cuando los primeros rayos de sol empezaron a colarse a través de los viejos tablones de la pared, el señor Nitobe dio la última puntada para cerrar el pecho de Junichirō.

No pude dejar de pensar en lo que había visto durante varios días. Todo era cierto, preciso; cada músculo dibujado, cada conducto destinado a transportar la sangre por el cuerpo, a alimentarlo; cada tendón, cada órgano, cada hueso.

Todo tan complejo, y tan simple a la vez.

Tan duro y tan frágil.

A aquello se reducía todo. Yo, el maestro, Nitobe, el *eta* que nos acompañaba y el propio *daimyō*.

Hasta el mismísimo *shōgun*.

Esperé a que todos estuvieran dormidos para escabullirme. El guardia apostado en la entrada también había sucumbido al sueño. El enemigo podría haberse acercado hasta sentir el siseo de sus exhalaciones, haberle cortado un mechón de la barba y ni se habría inmutado.

Su olor corporal, al igual que el que emanaba de sus entrañas, era nauseabundo. Su armadura ligera, probablemente heredada de su padre, le quedaba grande, también el *jingasa* de cobre que le cubría la cabeza y que aún olía a comida. Sus sandalias, en cambio, eran extrañamente pequeñas.

Me costó un buen rato dar con la dirección del pueblo y localizar la casa.

Observé el interior a través de uno de los paneles rasgados de una ventana. Habían colocado el cuerpo al fondo, dentro de un sencillo ataúd hecho con tablas, probablemente las mismas usadas para levantar el cobertizo en el que se hacinaban los trabajadores.

No se podían permitir nada más.

Sus padres dormían a pocos metros, junto a los que supuse eran su hermano y la abuela, un minúsculo ovillo de huesos acurrucados junto al hogar.

Por un instante, descarté la idea.

Si alguno de ellos se despertaba, al miedo por el demonio que rondaba los bosques se uniría el desasosiego por la presencia de un ladrón de cadáveres. Pero debía examinar el cuerpo.

Tras un rato de espera, durante el que la regularidad de sus respiraciones me indicó que dormían profundamente, abrí la puerta y entré con sigilo.

El cuerpo había sido lavado y vestido con su mejor kimono, la boca y los ojos cerrados y le habían colocado encima un sencillo *kanzashi* de madera, su posesión más preciada. Al verlo, pensé en Kumico. En el precioso *kushi* de carey que llevaba el día en el que

nos habíamos besado por primera vez.

En cuanto mis ojos se acostumbraron a la penumbra, lo primero en lo que me fijé fue en la mejilla. Alguien había cosido un pequeño trozo de lo que parecía tela a la piel.

Las puntadas eran delicadas, apenas perceptibles, como si le hubieran remendado el rostro con gran delicadeza.

Posé un dedo encima y descubrí el engaño: no se trataba de tela, sino de piel algo endurecida ya.

Un escalofrío me recorrió desde la yema hasta la nuca.

Presioné y noté algo debajo.

Extraje un pequeño *tanto* del interior de mi kimono y deslicé el filo por una de las costuras.

A medida que el hilo cedía, levanté la piel para descubrir que se trataba de paja de cáñamo prensada. Había sido colocada con suma delicadeza para rellenar un trozo de rostro perdido y evitar así su deformidad. El ardid era apenas perceptible.

Era la primera vez que veía algo semejante.

Le desnudé uno de los brazos. No parecía presentar ninguna marca, aunque tampoco podía ver mucho sin luz.

El contacto prolongado con la piel fría hizo que se me encogiera el vientre.

Tomé aire y descubrí la otra extremidad. Y lo que vi me dejó perplejo. La cara interna presentaba una herida. A juzgar por su forma, se trataba de un mordisco. Supuse que como aquella parte no iba a quedar expuesta a miradas ajenas, no se habían molestado en cubrirla como el rostro. Solo entonces vi lo que parecía una marca de atadura en la muñeca. Regresé entonces al otro brazo; también aquella había sido inmovilizada.

Lo había pasado por alto.

Tiré entonces del kimono hacia arriba para exponerle las piernas y tuve que ahogar un grito.

Esta vez no era un mordisco aislado, sino varios distribuidos a lo largo de sus muslos.

Sentí una arcada ante la visión de la carne arrancada.

Debía centrarme.

Tomé aire y traté de descubrir alguna marca distintiva que me permitiera identificar su origen, los colmillos de un lobo, de un

zorro o quizás de un perro salvaje, pero no pertenecían a ningún animal que hubiera visto antes. Tampoco a ningún pequeño carroñero conocido.

Me incliné para estudiarlos más de cerca, tal y como me había enseñado el maestro, y descubrí algo aún más aterrador: ¡la chica estaba viva en el momento de ser devorada!

Separé ambos extremos del kimono. ¡Sus pechos, su vientre y sus costados también estaban llenos de aquellas dentelladas!

Una nueva arcada subió hasta mi garganta y me llenó la boca de un sabor amargo.

Los depredadores conocen a la perfección la anatomía de sus presas; son precisos, saben dónde morder para causar una muerte rápida y qué partes de su víctima les proporcionan el mejor bocado. Matan, se alimentan y, una vez saciados, abandonan el cadáver para que lo disfruten otros. Pero aquellas heridas no obedecían a ningún comportamiento lógico, sino que eran fruto de un deseo cruel, de una voluntad de infligir dolor y acallar un apetito que poco tenía que ver con la supervivencia.

Solo hay dos tipos de seres en este mundo capaces de comportarse así: un *yōkai* y el hombre.

Antes de volver a taparla, descubrí una herida diferente junto a la cadera izquierda. Era cuadrada, superficial y hecha con un cuchillo muy afilado. Comprendí entonces que el padre, que la madre o el hermano le habían cortado un trozo de aquella piel para usarla en la mejilla.

Me aparté para tratar de recuperar el ánimo. Solo entonces me fijé en la sutil marca alrededor del cuello: no solo le habían atado las muñecas y los tobillos para devorarla, sino que, una vez acabado el festín, la habían estrangulado hasta la muerte.

Nada en su rostro, sin embargo, reflejaba ahora el padecimiento sufrido, sino tan solo paz porque todo hubiera terminado. Su vida se había limitado a nacer en una familia pobre, a trabajar de sol a sol desde la infancia y a vivir sujeta a los caprichos de los demás hasta su muerte. ¿Habría conocido la felicidad, un atisbo, una sombra de ella al menos?

CAPÍTULO V

—¡Despertad, idiotas! ¡La *nao* está en llamas!

Asomé la cabeza y pude ver la densa columna de humo elevándose. Después vi a Yoshida golpeando al vigía apostado en la entrada del campamento. Se había dormido.

El pobre se cubría el rostro con los brazos, tal como había hecho el campesino al que el samurái había dado la paliza el día anterior, lo que no impidió que le moliera a palos.

Cuando acabó con él no era más que un cuerpo roto en el suelo.

El resto de *ashigaru* salió a la carrera con el sueño aún pegado a los ojos y se dirigió al barracón en el que dormían los trabajadores, que observaban cómo las llamas comenzaban a trepar ya por uno de los laterales del barco.

—¡Apagad ese maldito fuego, perros!

En cuanto vieron aparecer a Yoshida, formaron una hilera que llegaba hasta el mar y sofocaron las llamas, y con ellas sus esperanzas de volver a casa.

—¡Malditos bastardos! ¡Sé que ha sido uno de vosotros! ¿No eres tú el investigador del clan? —se giró hacia mí—. ¡Averigua quién lo ha hecho!

—Tengo otros asuntos que atender —respondí.

No me apetecía ser la causa de la muerte de otro hombre. Pero en cuanto le oí ordenarles que se pusieran en fila, supe que los asesinaría uno a uno hasta que alguien asumiera la culpa.

—¡Espera!

Escudriñé uno de los laterales de la *nao* durante un rato mientras los trabajadores me observaban con la esperanza de que,

por una vez, la culpa no recayera sobre ellos. Tiritaban de frío y de miedo.

—Hubo una tormenta hace tres días, ¿no es cierto?

—¡Eso puedo decírtelo yo! —replicó Yoshida.

—¿Cayó algún rayo?

—¿A qué te refieres?

—A si algún rayo golpeó el barco.

—Alguien lo hubiera visto.

—¿Cómo ha visto el modo en el que se ha iniciado el fuego esta mañana? —señalé con cierta insolencia.

Yoshida permaneció en silencio, aunque podía ver cómo contenía su violencia.

Señalé un tablón más negro que el resto.

—¿Sabes lo que es un rayo latente?

El samurái me miró sin saber de lo que le hablaba.

—En ocasiones, cuando un rayo golpea un árbol prende un pequeño fuego en su interior pero la llama no brota hasta dos o tres días después. ¿Ves esta pequeña hendidura? Aquí es donde alcanzó la madera.

«No hay hombre más desnudo y desarmado que el ignorante, Aki», me había dicho el maestro en una ocasión.

Estaba en lo cierto.

Yoshida murmuró algo para sus adentros.

—¡Volved al trabajo!

Regresé al campamento en busca de Kyusuke y le comuniqué mi intención de regresar al templo para entrevistar de nuevo al sacerdote.

—¿Sospechas de él?

—Solo quiero conocer algo más acerca de las circunstancias de la muerte de las muchachas.

—Mi padre nos espera para comer. No te retrases.

Acto seguido, llamó a uno de sus soldados.

—Acompáñale hasta la pagoda y luego a la residencia.

-

El camino bordeaba el bosque como si quien lo hubiera trazado

temiera perturbar a las criaturas y espíritus que moraban en él.

—¿Eres de por aquí? —inquirí.

El *ashigaru* me miró sorprendido. No estaba acostumbrado a mantener una conversación con un samurái de rango superior, de modo que su respuesta se limitó a un simple asentimiento.

—¿De dónde?

—De Momonoura, señor.

—¿Y cuál es tu nombre?

—Chusaku, señor.

Debía tirar del hilo poco a poco.

—¿Es bonito?

—¿El qué, señor?

—Tu pueblo.

El pobre estaba desconcertado.

—Es como todos por aquí.

—Todos los pueblos se parecen, pero ninguno es igual a otro —señalé.

Chusaku esbozó una mueca que interpreté como una sonrisa.

—Pero Sendai no es un pueblo —contestó—. Es una ciudad. Como Edo o Kyoto.

Esta vez el que concedió la sonrisa fui yo.

—Te aseguro que Edo y Sendai no se parecen en nada.

—¿Ha estado en Edo, señor?

Asentí.

—¿Puedo preguntarle si es tan grande como dicen?

—Más. Allí un hombre puede ser nadie.

—¿Nadie?

Decidí empezar a cambiar el rumbo de la conversación.

—¿Conocías a alguna de las chicas muertas?

La pregunta pareció incomodarle.

—¿Sospechan de mí usted y el señor Watanabe? ¿Por eso estoy aquí? ¡Yo no he hecho nada!

—Nadie sospecha de ti —le tranquilicé—. Solo quería saber cómo eran.

Su respiración se sosegó.

—Solo conocía de vista a la hija de Ryota. Vivía en Suraihama y a veces venían con la barca.

Anoté mentalmente el nombre.

El informe remitido por el señor Watanabe indicaba que la primera muerte había coincidido con el inicio de los trabajos en la *nao*, pero quería comprobarlo de boca de un testigo imparcial.

—¿Recuerdas cuándo apareció la primera?

—No lo sé —balbuceó.

Elevé el tono sin llegar a ser agresivo.

—¿No lo sabes o no lo recuerdas?

—Fue con la luna.

Dejé escapar un ligero gruñido. El armado del barco había empezado días después, de modo que el relato de los hechos ofrecido por Watanabe no era del todo certero: ¿por qué?

—¿Estás seguro?

El *ashigaru* debió de percatarse de que algo pasaba, porque su siguiente respuesta fue deliberadamente ambigua. No quería cometer ningún error que pusiera a su señor en una posición difícil.

—No… No lo sé.

—Está bien.

El sacerdote seguía frente a la hoguera, ya consumida. La posibilidad de que uno de sus *kami* pudiera ser el responsable de aquella matanza de chicas le tenía inmerso en un profundo debate interior.

—Espérame aquí —ordené a Chusaku.

Me acerqué despacio. No quería interrumpir sus cavilaciones.

—Buenos días —me saludó con una inclinación de cabeza.

Le correspondí.

—¿Atienden esta mañana los dioses las súplicas de los hombres?

—Eso es algo entre cada dios y cada hombre.

—Necesito hacerte dos preguntas. Es importante que me cuentes la verdad.

—No tengo ningún motivo para mentir.

—Muy bien. Lo primero que quiero saber es cuándo apareció el cuerpo de la primera chica.

—Al amanecer siguiente de la luna de otoño.

Había olvidado por completo la celebración del *chōyo no sekku* y la fiesta del *tsukimi*.

—¿Las encontraste tú?

Asintió.

—¿Y las depositaron a todas en el mismo sitio?

Un nuevo asentimiento. Al parecer, era hombre de pocas palabras.

—Como una ofrenda —murmuré en voz baja—. ¿Y cómo estaban?

—¿A qué te refieres?

No había un modo suave de afrontarlo, así que preferí ser claro.

—El cadáver de la última chica presentaba mordeduras por todo el cuerpo. ¿Estaban todas igual?

Entonó un sutra y, al terminar, asintió una tercera vez.

Ambos guardamos silencio.

Habíamos compartido la visión de la carnicería.

Tres chicas muertas.

Tres cuerpos vejados.

Una visión que permanecería para siempre en nuestra memoria.

—Los *kodama* han habitado este mundo desde que Izanagi e Izanami crearon las ocho islas —señaló—. Han protegido los bosques y han compartido su sabiduría con todo aquel que ha querido escuchar y aprender.

—También han quitado vidas.

—Mientras el hombre ha convivido en armonía con la naturaleza, los dioses le han favorecido. Le han permitido usar la madera de los bosques para construir sus ciudades, sus casas, utensilios y herramientas e incluso sus armas de guerra, que no hacen más que sembrar la destrucción. Solo han actuado cuando alguno de ellos ha roto ese pacto y ha dañado la espesura sin motivo alguno; cuando ha traicionado esa relación sagrada. En ese caso, el castigo siempre ha sido justo y proporcionado. Solo estoy seguro de una cosa —elevó la voz—: un *kodama* jamás buscaría venganza asesinando a chicas inocentes; semejante crueldad no está en su naturaleza. Lo que he visto tampoco lo hace ningún animal. El responsable de semejante acto no se alimentaba para comer.

—¿Y con qué propósito crees que lo hizo?

—Eso deberás averiguarlo tú.

—Confías mucho en la bondad de tus dioses.

—Confío en la mesura de su justicia.

—Una última cosa —pronuncié—: ¿había sangre?

No pareció comprender a qué me refería.

—Los cadáveres… ¿Había sangre a su alrededor?

—No.

La conclusión solo podía ser una: las habían asesinado en otro lugar y las habían depositado en el templo por algún motivo.

-

Al llegar a la residencia, todo estaba dispuesto para la comida.

Se trataba de una construcción formada por varios edificios reunidos en el interior de un terraplén fortificado: un granero, un par de barracones para los soldados, varios almacenes y dos establos, además de los que componían la propia casa. Su único lujo lo constituían sus techos y una delicada casa de té situada en medio de un jardín apartado.

El contraste de su belleza con la tosquedad del resto de construcciones me chocó.

Watanabe me esperaba en el salón principal. Su expresión era adusta.

—¿Has averiguado algo?

—Aún es pronto.

—Me han informado de que ha habido un percance esta mañana.

Quien le hubiera remitido el informe habría mencionado mi intervención, pero se abstuvo de comentarlo. El reproche iba implícito.

—¿Y el *kodama*?

—Aún no estoy seguro de que sea el responsable.

—¿Cómo?

Me arrepentí al instante de haber compartido mis dudas con él.

—A que no sabemos aún si el culpable de las muertes es un *kodama* o se trata de otro tipo de demonio —me apresuré a aclarar.

Insinuar la mera posibilidad de que el asesino fuera humano no hubiera hecho más que perturbarle.

—¿Has hablado con ese maldito monje, verdad? ¡Tonterías! ¡Los

trabajos se retrasan! Debes acabar con ese ser cuanto antes.

Watanabe no se andaba por las ramas. Ambos sabíamos que su prioridad era acabar la *nao* en plazo; la muerte de unas simples campesinas le importaba más bien poco.

Justo en ese instante, Kyusuke irrumpió en la estancia. Se había aseado y vestía un kimono exquisito. A fuerza de escuchar a Ichiro hablarme de telas, tintes y bordados, había aprendido a apreciar y valorar una buena prenda en cuanto la veía, y las ropas que vestía el hijo del señor Watanabe estaban bastante por encima de las posibilidades de un hombre de su posición.

—Si es necesario, lo mataré yo mismo —espetó como si llevara un rato escuchando nuestra conversación tras uno de los *fusuma*.

Trataba de provocarme.

Aunque tras mi adopción me había convertido en un samurái de rango superior al suyo, me mostraba su displicencia con el fin de recordarme que, en el fondo, no era más que el hijo de un simple samurái de campo, un *gōshi* que había mejorado su situación gracias a su sacrificio.

—Puedes intentarlo —contesté.

Sin pretenderlo, me estaba creando un enemigo.

—Debo asegurarme de que los trabajos siguen su ritmo. Eso es todo —pareció recular.

Sopesé si interrogar a Fujita acerca de la discrepancia en la fecha de aparición del primer cadáver, pero preferí optar por la prudencia.

Acabada la comida, me retiré a mi habitación. Quería reponer fuerzas.

Al pasar frente a los *shōji* cerrados que correspondían a las estancias preparadas para Ichiro y Miyamoto, me pregunté cómo estaría mi padre. La ausencia de noticias me hacía concebir cierta esperanza: significaba que aún estaba vivo.

El sueño se apoderó de mí al instante. Un sueño profundo pero inquieto.

¿Por qué había mentido Watanabe? ¿Qué ganaba con ello?

Si el causante de las muertes no era el *kodama*, ¿quién era entonces y por qué?

Todo se cubrió de niebla.

Avanzaba rasgándola con las manos. Los jirones quedaban prendidos en mis dedos, entumeciéndolos. Empecé a sentir cómo mi cicatriz se abría mientras una figura se materializaba a lo lejos y avanzaba hacia mí. Traté de desenvainar, pero mis manos eran dos carámbanos inútiles. El dolor de mi rostro era cada vez más intenso y podía sentir mi acero arder a través de la *saya*.

La presencia atravesó el velo que me rodeaba.

Era Kumico.

Se detuvo frente a mí. Estaba preciosa.

—¿Estoy soñando?

—Debes venir. El *kodama* quiere hablar contigo. Esta noche —me anunció justo antes de que su cuerpo se convirtiera en cientos de gotas de agua.

—¡No! ¡Espera!

CAPÍTULO VI

Los días se acortaban cada vez más deprisa. No había pensado en ello hasta que el monje me había recordado la aparición del primer cuerpo tras la *chūsū no meigetsu*, la primera luna llena de otoño. Quizás la chica se había apartado de la aldea para el *tsukimi*. Por eso estaba sola. O quizás había quedado con alguien para contemplarla y beber juntos vino de crisantemo.

Un novio secreto.

¿Podía tratarse del asesino?

Até el caballo a una rama y me adentré en la espesura.

El sol ya no era más que un destello naranja. Hasta que, de repente, desapareció engullido por la tierra.

Con la muerte del último rayo, sentí un escalofrío.

—¡Aquí estoy!

El único sonido a mi alrededor era mi propia voz, que volvía quebrada por el follaje, las ramas y los troncos.

—¡Vamos! ¡Muéstrate!

Esperaba que mi cicatriz y mi acero despertaran en cualquier momento, pero todo estaba en calma.

—¡Kumico! —grité.

«Kumiiiiico».

«Kumiiico».

«Kumico».

«Mico».

Una minúscula luz se materializó frente a mí. Era apenas una mota de polvo brillante suspendida en el aire. Tan pronto flotaba quieta como se movía en todas direcciones, de izquierda a derecha,

de arriba abajo o en zigzag. A la primera siguió una segunda, y después otra y otra y otra más.

Cerré mi mano alrededor de la empuñadura y me puse en guardia…, hasta que descubrí que se trataba de luciérnagas.

Había cientos de ellas.

—Hola, Aki *san*.

Kumico surgió de detrás de un gran árbol. El viento hacía ondear su pelo y las mangas de su kimono azul claro, casi tan pálido como su piel.

Había tantas cosas que quería decirle…

—No soy el que buscas, Aki *san*.

Al instante me di cuenta de que estaba frente al *kodama*. Había decidido adoptar la apariencia de Kumico pensando que así ablandaría mi corazón. Se equivocaba.

—¿Dónde está Kumico? La vi…

—Viste lo que yo quise que vieras.

La ira crecía dentro de mí por el engaño. Desenvainé.

—¿Acaso creías que así no te mataría?

—Debía llamar tu atención. Sé quién eres. Sé lo que eres. Pero yo no soy el que buscas —repitió.

Sus palabras llegaban de todas direcciones.

—Trataste de matarme.

—Solo quise mostrarte mi sufrimiento.

Al mirar mi acero suspendido, me di cuenta de que seguía frío. Tampoco mi cicatriz se había abierto: ¿qué estaba pasando?

—No soy tu enemigo. Ni soy enemigo del hombre. Durante siglos hemos convivido en paz. He dejado que los habitantes de estas aldeas cortaran los árboles que necesitaban para construir sus casas y sus barcos, y ellos han respetado el pacto marcando los árboles sagrados con sus cuerdas. Hasta ahora. Esto debe parar.

—¿Y si no?

La luz se encarnó de repente. El rojo era tan intenso que parecía que el bosque se hubiera cubierto de sangre.

Mi cicatriz y mi acero cobraron vida de inmediato.

—Si hubiera querido vengarme, habría destruido esa nave y a todos los que trabajan en ella hace tiempo —tronó el eco.

En cuanto el *kodama* hubo pronunciado la última palabra, todo regresó a la calma, y tanto mi cicatriz como mi sable recuperaron su estado natural.

—Pero mi paciencia tiene un límite, cazador de *yōkai*.

Las luciérnagas comenzaron a apagarse y el bosque se sumió de nuevo en la oscuridad.

—No es a mí a quien debes temer, Aki *san*.

Permanecí con el sable en alto hasta que el eco me trajo un último mensaje:

—Si aún la amas, debes liberarla.

Regresé a la residencia del señor Watanabe sumido en un malestar profundo. Las últimas palabras del *kodama* se repetían en mi cabeza.

«Debes liberarla».

Hablaba de Kumico.

Solo había un modo de hacerlo, pero no era capaz.

Aún no estaba preparado.

Traté de centrarme. A pesar de la artimaña, algo en mi interior me decía que aquel espíritu era inocente de la muerte de las muchachas. Pero si el culpable no era él, ¿quién o qué lo era entonces?

«No es a mí a quien debes temer».

Al entrar en el patio observé un resplandor tenue que procedía del interior de la casa de té.

Dejé mi caballo en el establo y me acerqué con sigilo.

Temblaba.

Una vela.

Cuando apenas me separaban unos pasos del panel de entrada, la luz se apagó. Quizás Watanabe o su hijo usaban aquel refugio apartado para sus encuentros secretos con alguna campesina o sirvienta.

Permanecí inmóvil mientras trataba de captar algún sonido, pero todo parecía en calma.

Avancé y descorrí la puerta.

La casa estaba vacía, pero el olor a la cera fundida aún flotaba en el ambiente junto a cierto aroma floral.

A magnolio.

Cerré y me encaminé hacia mi habitación.

Quizás me lo había imaginado.

Tenía cosas en las que pensar y debía dormir.

-

Me despertó el roce de unos pies acercándose a toda prisa. Una silueta se materializó al otro lado del panel. Una sirvienta.

—Alguien quiere veros.

Una vez transmitido el mensaje, cerró la puerta y se alejó con la misma celeridad. De haberse tratado del señor de la casa, me hubiera mandado llamar en su nombre, pensé: ¿quién podía ser?

Me vestí y me dirigí al salón de recepciones, pero estaba desierto. Regresé al pasillo y traté de localizar a algún sirviente, hasta que una mujer menuda y magra se cruzó al fin en mi camino.

—¿Has sido tú quien me ha avisado?

Su respuesta fue limitarse a señalar el pasillo que conducía hacia el *genkan* principal de la casa.

El sol asomaba tímido entre las nubes. Por su altura, supe al instante que había dormido demasiado. Mi mirada se dirigió al horizonte y, hasta ese preciso momento, no me di realmente cuenta de la posición estratégica que ocupaba la residencia.

Fujita Watanabe había elegido el emplazamiento a la perfección. Desde allí se divisaban todos los alrededores: la gran bahía de Ishinomaki, con la isla de Miyato y la península de Oshika hacia el sur, la cima del Funagata al oeste y las del Hayachine y el Iwate y el valle formado por el cauce del Kitakami al norte.

Varias embarcaciones discurrían tranquilas sobre sus aguas. Se trataba de una de las rutas de transporte de mercancías más importantes de la región. Lo que lo hacía tan valioso, sin embargo, no eran ni su anchura ni su longitud, sino el hecho singular de que contaba con dos desembocaduras, una al sur y otra al oeste.

Alguien carraspeó a mi espalda.

Una figura sentada en una de las esquinas del porche compartía las vistas. Era Kai, el *shugyosha* que habíamos conocido en nuestro viaje hacia Ishinomaki.

—Buenos días, Aki *san* —me saludó—. Traigo noticias.

El corazón me dio un vuelco.

—¿Cómo está mi padre?

—Está fuera de peligro.

—¿Dónde está?

—Permanece en la aldea donde le dejaste. Debe recuperar fuerzas. De no ser por el monje, habría muerto.

Sentí una enorme gratitud hacia Takeshi. Desde que se había convertido en abad de su orden, no habíamos tenido ocasión de volver a vernos. Le echaba de menos.

—Un hombre peculiar ese *bozu* —añadió—. Voy camino del castillo de Yadume y he pensado que querrías saberlo.

Imaginé que se dirigía a estudiar el estilo Shinmei con el maestro Jinsuke. Se contaban muchas historias sobre su técnica del desenvaine rápido. Su padre había sido asesinado siendo él todavía un niño y eso había despertado su interés por la vía del sable. Quería vengar su muerte. Decían que era capaz de matar a cualquier adversario con un solo movimiento.

Él mismo había sido un *shugyōsha* como lo era Kai ahora.

—Te ruego que te quedes esta noche. Lo menos que puedo hacer es ofrecerte la hospitalidad del señor Watanabe en su nombre. Me gustaría saber más cosas sobre lo sucedido con mi padre en mi ausencia.

—¿La has visto ya?

—¿A qué te refieres?

—La *nao*. ¿Es tan grande como dicen?

—Como un pequeño castillo.

Guardó silencio durante un instante.

—He oído historias mientras venía…

—¿Qué historias?

—Hablan de muertes y de un demonio.

Traté de aparentar normalidad.

—Las cosas suelen tener casi siempre una explicación más simple de lo que parece… Y más terrible.

—Por eso veníais tú y tu padre hacia aquí.

Su comentario me sorprendió. No fue una pregunta, sino una

aseveración. Descarté la posibilidad de que Miyamoto le hubiera revelado nuestro verdadero cometido en el clan, tampoco Ichiro ni Takeshi: ambos sabían que estaba prohibido.

—Al igual que tú, yo sirvo a mi señor —me limité a contestar. No sabía hasta qué punto podía confiar en él, aunque ocultarle la muerte de las muchachas no tenía sentido: a estas alturas, lo sabía ya toda la región—. Un asesino anda suelto: mi obligación es averiguar quién es y detenerle. ¿Y tú?

—La vía del sable es un camino largo, y uno debe recorrerlo despacio. La mayoría de jóvenes samuráis se conforman con las enseñanzas de su escuela. Algunos incluso crean después la suya propia, pero eso solo conduce a la complacencia. No es la verdadera Vía. Un *bushi* debe recorrer todos los caminos y todos los senderos: solo así alcanzará el verdadero conocimiento.

—¿Cuánto tiempo llevas de peregrinaje?

—Me dirijo al norte para empezar mi viaje desde allí. Espero que, llegado el momento, Miyamoto *san* me reciba en Sendai y me acepte como alumno. ¿En qué escuelas has estudiado tú?

—En la del maestro Yagyū además de en la de mi padre.

—¿Conoces al maestro de esgrima del *shōgun*?

Asentí.

—¿Y quién es mejor?

La pregunta me sorprendió viniendo de alguien que acababa de expresarse del modo en el que lo había hecho.

—Lo único importante de la Vía es la misma Vía —contesté.

El señor Watanabe penetró en el patio y se acercó. Su primera impresión al ver a Kai de cerca fue de desaprobación, pero al igual que me había pasado a mí, no tardó en reparar en su *daishō*: aquel samurái no era un simple viajero cubierto por ropas viejas.

—Te presento a Kai Inoue, de Matsue. Me ha traído buenas noticias de mi padre y le he ofrecido tu hospitalidad para esta noche. Espero no haberme excedido, Watanabe *san*.

—Sé bienvenido, Inoue *san* —se limitó a decir antes de descender del caballo y perderse en el interior de la residencia.

Su rostro mostraba preocupación. Supuse que venía de inspeccionar las evoluciones del *Date maru*, como ya llamaban

algunos a la *nao* encargada por el *daimyō*, y no estaba muy contento.

Mi intención era dirigirme a Suraihama para hablar con Ryota, el padre de la chica asesinada al que se había referido el *ashigaru*; si quería llegar a buena hora, debía ponerme en marcha. Todavía era demasiado pronto para entrevistar a los familiares de la última víctima, así que había decidido empezar por él y seguir con el resto. Quería establecer una cronología exacta y averiguar qué interés podía tener Watanabe para mentir al respecto.

Kai se mantuvo inmóvil. Dudé sobre si pedirle que viniera conmigo. Nos había ayudado y se había desviado de su ruta para traerme noticias de mi padre: dejarle solo habría sido una descortesía. Además, uno nunca sabe lo que puede depararle una investigación: no me vendrían mal un sable y un par de ojos extra.

—Acompáñame.

CAPÍTULO VII

El camino se adaptaba obediente a cada curva de la montaña.

El mar se extendía hasta el horizonte, donde parecía precipitarse en el vacío. Pero ahora sabía que no era así; sabía que aquella masa de agua continuaba hasta bañar otras playas en las que otros hombres sufrían nuestras mismas desdichas.

La idea del *shōgun* era navegar hasta ellas siguiendo una nueva ruta descubierta por un monje *nanban*. El camino del oeste estaba dominado por varias naciones extranjeras; la nueva vía, sin embargo, era aún patrimonio exclusivo de los *españoles*.

Observé a Kai mientras cabalgaba frente a mí. Seguía pensando que había algo en él que no encajaba. No eran solo sus modales y su *daishō*, sino también su forma de montar. Había sido educado en el seno de una familia de alta posición: ¿por qué ocultaba su verdadera identidad? Quizás ni siquiera su nombre era real. Recordé las palabras del maestro: «Los motivos que llevan a un hombre a ocultarse no son siempre oscuros, Aki. Nosotros mismos lo hacemos. Todo misterio se desvela a su debido tiempo».

Posiblemente estaba en lo cierto.

La aldea no tendría más de siete casas: no nos sería difícil dar con el tal Ryota.

En cuanto nos divisaron, la inquietud se apoderó de los habitantes, que corrieron despavoridos a ocultarse en sus casas: no debían de recibir muchas visitas de samuráis desconocidos, y nuestra presencia les puso en alerta. Nos tomaban por dos *rōnin*.

El único que permaneció inmóvil fue un hombre robusto, del tamaño aproximado de Yoshida. Descargaba la pesca del día junto a

su barca. No se le había dado muy bien.

Descendimos de nuestras monturas y nos acercamos.

—Hola, me llamo Aki Tsunetomo. Él es Kai. Nos envía el señor Date para investigar la muerte de una chica de esta aldea. ¿Conoces a un tal Ryota?

Había preferido identificarme como investigador del *daimyō* para darle al asunto un tono oficial; era un modo de hacerle entender que mi autoridad estaba por encima de la de su señor inmediato; que no debían tener miedo de Watanabe, sino temerme más a mí en caso de no hablar.

El tipo cargó con la pesca y nos hizo un gesto para que le siguiéramos. No parecía muy impresionado. Se detuvo frente a una minúscula casa y empezó a dar voces:

—¡Ryota! ¡Sal, Ryota! ¡Quieren preguntar por tu hija!

Ryota asomó la cabeza por la puerta, receloso, y nos echó un vistazo.

—Dicen que vienen de Sendai. ¡Vamos, sal! —le apremió.

Una vez terminado su cometido, el pescador dio media vuelta y puso rumbo a una cabaña algo apartada. Solo entonces me percaté de que le faltaba una pierna, que había sustituido por un madero tallado.

—No tienes nada que temer —traté de tranquilizar al tal Ryota.

El hombre asomó el tronco con cautela y dio un paso en nuestra dirección.

Su extrema delgadez me impresionó. Estaba demacrado, los ojos y los pómulos hundidos, como si la muerte se hubiera ya fijado en él.

—¿Está tu esposa?

—Murió hace tiempo —susurró con la mirada caída.

Nadie cuidaba de él desde la muerte de su hija, y se había abandonado por completo; estaba desnutrido, su olor corporal era intenso y desagradable y sus ropas estaban sucias.

—¿Notaste algo extraño en el comportamiento de tu hija antes de su muerte?

El hombre levantó la vista y me miró sin acabar de comprender por qué le preguntaba semejante cosa.

—¿Acaso no quieres saber quién la mató?

—¿Qué cambiará eso? —dijo encogiendo los hombros.

Su respuesta me dejó perplejo.

—Se hará justicia —señalé.

—Los hombres del señor Watanabe me dijeron que había sido el *kodama*. Si la muerte de Rumi era voluntad de los dioses, ¿qué puedo hacer yo?

Había aceptado por completo la explicación oficial sin cuestionarla.

—Dime: ¿tu hija se veía con alguien?

Mi segunda pregunta aún le sorprendió más: ¿qué tenía eso que ver con lo que le había pasado?

—Responde.

—No hablábamos mucho de esas cosas…

—Entonces, no notaste nada extraño.

Negó con la cabeza.

Los secretos entre padres e hijos crecen con la edad. Yo mismo había ocultado a Miyamoto lo sucedido con Kumico; uno se guarda cada vez más cosas, unas veces por temor, otras por vergüenza. Si quería saber algo más sobre el asunto, debía preguntar a las personas adecuadas.

—¿Quién era la mejor amiga de Rumi?

Pareció dudar. Supuse que no deseaba meterla en un lío.

—Nadie tiene nada que temer de mí, solo si no dice la verdad —elevé la voz para tratar de intimidarle.

—Se llama Aiko.

—¿Y dónde puedo encontrarla?

Su mirada se dirigió a la casa de enfrente, una construcción tan precaria como la suya. Parecía como si las paredes no fueran a aguantar mucho tiempo más el peso del tejado.

—Llámala.

El hombre inclinó la cabeza y salió a la carrera.

—¡Aiko! ¡Sal, Aiko! Sé que estás en casa.

Kai me observaba en silencio. Parecía asistir a una representación de *kabuki* en la que yo era uno de los protagonistas.

La puerta se abrió y por ella surgió una chica menuda. No era mal parecida, pero la preocupación y el miedo le afeaban el rostro. Sus ropas estaban limpias, pero se notaba que habían sido cosidas

varias veces.

—Me llamo Aki Tsunetomo y he venido a investigar la muerte de Rumi —dije en un tono más suave—. Me gustaría hablar contigo.

Debía lograr que se relajara, de modo que opté por transformar el interrogatorio en una conversación amable. Primero miró a Ryota, después me miró a mí; entendí que prefería no tener que decir según qué cosas delante del padre de su amiga muerta, de modo que me giré hacia él:

—Gracias por tu ayuda.

El hombre hizo una reverencia y se retiró cabizbajo. Así es la vida: había preferido no saber hasta aquel preciso instante, pero ahora había empezado a dudar.

—Quiero saber si Rumi tenía novio.

Por cómo escondió la mirada, supe que había acertado.

—¿Sabes quién era?

—No quiso decírmelo. Era un secreto.

—¿Un secreto?

—Sí.

—¿Por qué?

—Él no quería que nadie lo supiera.

—¿Te lo dijo ella?

—Sí.

—¿Los viste juntos alguna vez?

Agitó la cabeza.

—Se encontraban en el bosque. Tenían una señal acordada.

—¿Una señal?

—Él dejaba un pañuelo de seda azul anudado a una rama.

—¿Y jamás sentiste curiosidad?

—Una vez… Pero no llegué a verlo bien. Rumi se dio cuenta y, al volver, me amenazó. No quería que dejara de ser mi amiga, así que le prometí que no volvería a hacerlo.

—El día que desapareció, ¿viste si estaba el pañuelo?

Su asentimiento fue corto pero firme.

—¿Recuerdas qué día fue?

—El cuarto tras la primera luna de otoño —susurró.

Según la cronología elaborada por Watanabe, Rumi era la segunda víctima.

—¿Alguna cosa más? Cualquier detalle puede ser importante.

El recuerdo de su amiga muerta hizo que le brotara una lágrima, que apartó rápidamente con el canto de la mano; no quería mostrarse débil.

—Lo siento —se disculpó.

—Está bien.

No iba a sacar mucho más de ella.

—Muchas gracias por tu ayuda —me despedí.

La insistencia de Rumi por mantener la identidad de su amado en secreto indicaba que o bien se trataba de alguien de una posición social más elevada, o bien de un hombre casado. Quizás ambas cosas.

Kai me leyó el pensamiento.

—Es un samurái.

Asentí.

—¿Crees que la mató él?

—Hasta que no hablemos con el resto de familias, no es más que una casualidad —señalé, por muy de acuerdo que estuviera con sus palabras.

Solo había visto el último cadáver, pero el monje me había asegurado que los anteriores presentaban las mismas heridas, de modo que todo señalaba al mismo asesino. De tratarse de ese novio misterioso, era probable que hubiera actuado igual con las tres, seduciéndolas para después atarlas, devorarlas y estrangularlas probablemente con el mismo pañuelo de seda con el que las convocaba.

Su voracidad no conocía límites.

Mis tripas rugieron. Sentí debilidad. La llegada de Kai me había distraído y no había desayunado nada. Debía comer algo o corría el riesgo de indisponerme.

Eché un vistazo al cielo.

Las nubes se habían dispersado y el sol lucía ahora franco.

Otra de las víctimas vivía en una aldea llamada Kozumihama, a medio camino de regreso a Ishinomaki; quizás pudiéramos comer algo allí.

—No creo en las casualidades —señaló Kai—. Apuesto a que todas se dejaron embaucar por un samurái sin escrúpulos. Eran

jóvenes y estaban hartas de la vida en la aldea, sin otro futuro que convertirse en sus madres.

Tenía razón. Y tenía sentido.

—Veamos qué nos dicen en Kozumihama.

La aldea era idéntica a la que acabábamos de dejar atrás, hasta el punto de que, de haber aparecido allí de repente, no hubiera sido capaz de decir si se trataba de una o de la otra.

La única diferencia entre ambas la constituía el hecho de que, en esta, no parecía haber ningún hombre. Supuse que Watanabe había realizado una leva forzosa y se había llevado a todos los varones útiles para trabajar en la construcción de la *nao*. A decir verdad, los únicos a los que habíamos visto en nuestra anterior visita eran Ryota, demasiado débil, y al pescador cojo.

La primera reacción al vernos fue la misma: todas las mujeres dejaron lo que estaban haciendo y corrieron a refugiarse en sus casas. Las habían dejado a merced de cualquier peligro.

Detuvimos los caballos en lo que parecía una pequeña plaza y desmontamos.

—Me llamo Aki Tsunetomo. Me envía el *daimyō*. No tenéis nada que temer. ¡Salid! —voceé.

Pero no hubo reacción.

—¿Desde cuándo se niega la hospitalidad a dos hombres hambrientos? —vociferó Kai.

Una puerta se abrió a nuestra espalda. Nos dimos la vuelta y observamos cómo una anciana surgía del interior de una choza. Era una anciana.

—Mostrad vuestro dinero y os mostraremos nuestra hospitalidad —dijo con voz áspera.

—¿Así tratáis a un samurái en este pueblo? —bramó Kai.

—Aquí tratamos a todos por igual, sean señores o vasallos —replicó la mujer sin achantarse—. Somos gente honrada. Obedecemos la ley y pagamos nuestros impuestos, y ¿qué recibimos a cambio? Os lleváis a nuestros hombres a trabajar en un barco en el que no pescarán jamás.

Kai echó mano a la empuñadura de su sable, pero le detuve. Cualquier estallido de violencia haría que no solo la mujer, sino el resto del pueblo se cerraran en banda.

Introduje mi mano en el interior del kimono y saqué una moneda.

—¿Suficiente para ti?

La mujer inclinó la cabeza y nos hizo una señal para que entráramos.

El olor a comida me hizo rugir de nuevo las tripas. No es que la oferta fuera especialmente apetitosa, pero me sentía como Ichiro, dispuesto a comerme cualquier cosa que me pusieran delante.

—¿Cómo te llamas, anciana? —la interrogó Kai.

—¿Para qué quieres saberlo?

—Da igual. Te llamaré anciana.

Su actitud crecía en arrogancia. No podía evitar el deje propio de su clase, la misma que, curiosamente, se empeñaba en ocultar.

La anciana nos sirvió algo de arroz, pescado seco y unas verduras encurtidas. Estaba seguro de que su dieta no incluía ninguna exquisitez más allá de lo que le proporcionaban el mar y algún pequeño huerto.

—Hemos venido a investigar la muerte de una chica de este pueblo. ¿Sabes de quién te hablo?

Me miró con recelo. Aún no se creía que fuéramos quienes decíamos ser.

—Me llamo Aki Tsunetomo y soy uno de los investigadores principales del señor Date —me presenté.

—No eres más que un crío —replicó.

Sonreí. Era directa y cortante. No tenía ningún miedo, ni de mi feroz compañero ni mucho menos de mí. Había llegado a esa edad en la que uno está tan cerca de la muerte que ya nada le importa.

—¿La conocías?

—Era una chica un poco… suelta —respondió.

—¿Suelta? —pregunté, aunque sabía perfectamente a lo que se refería.

—Se creía mejor que los demás —señaló—. La pobre tenía la cabeza llena de sueños.

—¿Y eso por qué? —intervino Kai.

—La belleza es una carga para las mujeres —dijo entonces.

Su contestación me sorprendió. La anciana se dio cuenta.

—Eres joven y te gustan las mujeres hermosas, claro. Como a

todos los hombres. Pero a los de vuestra clase, más. Veis a una chica guapa y enseguida queréis hacerla vuestra, así que venís y la tomáis por la fuerza.

Tenía razón. En demasiadas ocasiones, samuráis de alto rango se encaprichaban de jóvenes campesinas y las tomaban como amantes con falsas promesas o forzándolas sin más.

—Cada mañana doy gracias a los *kami* por haberme hecho fea —remató.

—¿En qué casa vive su familia? —prosiguió Kai, ajeno a mis pensamientos—. Ve a buscarlos. Queremos hablar con ellos.

La anciana le miró de un modo franco, incluso desafiante por un momento. Pero enseguida realizó una gran reverencia hasta casi tocar el suelo con la frente: si algo le había enseñado la vida era a tratar a los hombres como él, educados en la creencia de que son superiores.

No sin esfuerzo, comenzó a ponerse en pie tras el saludo. Alargué el brazo para ayudarla, pero rechazó mi gesto y terminó de incorporarse sola. Una vez erguida, me pareció que su figura había aumentado de tamaño, por mucho que siguiera siendo la misma mujer menuda.

Regresó acompañada de una pareja al cabo de un rato. Se llamaban Taketori y Oyumi.

En ella podían verse aún restos de una belleza que, a buen seguro, habría heredado su hija: ojos grandes, pómulos altos, labios llenos y nariz pequeña.

Su condena.

—Sentaos, por favor.

Kai me observaba con el gesto contrariado. No aprobaba mi forma de conducirme, demasiado blanda para él, supuse. Me pregunté qué tal habría congeniado con Ichiro en los días que habían pasado juntos velando al maestro; si le habría tratado con el respeto que se debe a un amigo o como a un simple vasallo.

Los padres de Keiko, así se llamaba la chica asesinada, tomaron asiento frente a mí. Había tristeza en sus rostros, pero la preocupación y el miedo por tener que entrevistarse con un samurái enviado por su señor eran aún mayores.

Decidí seguir con ellos la misma línea de investigación:

—Decidme: ¿se comportaba Keiko de algún modo extraño los días anteriores a su muerte?

—Keiko era una buena hija —contestó el padre—. Atendía a sus obligaciones y jamás nos dio ningún problema.

—¿Estaba prometida? ¿Tenía novio?

El hombre negó con la cabeza.

—¿Seguro? —le azuzó Kai—. ¡Dicen que era muy hermosa! Estoy convencido de que la rondaban todos los chicos de las aldeas cercanas.

—Keiko era una buena hija —repitió tratando de defender su memoria.

—¿Quién era su mejor amiga? —me interesé.

El hombre me miró entre desconcertado y avergonzado: no tenía ni idea, supuse.

—Miyuki —contestó la mujer despegando los labios por primera vez.

—¿Podríais avisarla, por favor? —solicité, e inmediatamente añadí—: No os preocupéis, no tiene nada que temer.

Ambos se pusieron en pie y se encaminaron hacia la salida con pasos rápidos; estaban deseosos de escapar.

—Encontraré al asesino de vuestra hija. Os lo prometo —añadí a modo de consuelo, aunque enseguida me di cuenta de que, más que a ellos, era a mí mismo a quien quería convencer.

La sensación de que aquel asunto iba a ser más complicado de lo que había supuesto en un principio no dejaba de inquietarme. No tenía miedo a los demonios, pero sí a los hombres; a su capacidad sin límite para ejercer el mal.

Ni siquiera se volvieron; simplemente, abrieron la puerta y se perdieron calle abajo a toda prisa.

La anciana seguía con los ojos fijos en mí. Sospechaba que el comportamiento cercano del que hacía gala formaba parte de una estrategia, pero que, en el fondo, era igual al resto de samuráis que había conocido a lo largo de su vida.

Una chica apareció en la puerta. Se quedó de pie en la entrada, las puntas de los pies hacia dentro, las manos posadas sobre sus muslos en señal de sumisión.

—Pasa.

Avanzó unos pasos, se sentó y nos dedicó una reverencia.

—¿Eres Miyuki?

—Sí, señor —respondió consciente de que, aunque teníamos edades parecidas, entre los dos mediaba un abismo.

—Los padres de Keiko nos han dicho que eras su mejor amiga.

Asintió de nuevo.

—Estamos investigando su muerte.

Un nuevo asentimiento. Por un momento, me pregunté si era muda.

—¿Sabes si tenía algún novio o si se veía con alguien?

Esta vez, el movimiento de su cabeza fue negativo.

—¿Estás segura? Mentir al enviado de tu *daimyō* es algo muy grave —bramó Kai.

La muchacha se agitó y, por un momento, pensé en si no era él quien interpretaba un papel, una actitud calculada que contrastara con la mía. Cada vez que mi interrogatorio parecía atascarse en un silencio, él alzaba la voz para agitar las ramas. Por mucho que no fuera mayor que yo, sabía que mi edad jugaba en mi contra; quizás su forma de proceder no resultara tan mala idea al fin y al cabo.

—Contesta —dije en tono firme.

Pero la chica permaneció callada.

Debía probar de otro modo. Estaba convencido de que, al igual que había sucedido con Rumi, Keiko le había hecho prometer que mantendría el secreto.

—Tu amiga está muerta —señalé—, y es posible que su asesino fuera alguien a quien conocía. No le haces ningún favor callando.

Kai pareció disfrutar con mi breve estallido de furia, y la anciana pareció confirmar definitivamente sus sospechas sobre todos los de nuestra clase.

—No… No sé quién era —pronunció al fin la chica.

—¿No te contó nada de él?

—No.

—¿Ni tampoco la seguiste nunca para ver quién era? —decidí probar suerte.

—No.

Habíamos pasado del silencio más absoluto a una repetición constante de negativas.

—¿Sabes al menos cómo y dónde se veían?

—En el bosque.

—¿Cuándo?

—Él anudaba un pañuelo a una rama y ella se escapaba de casa por la noche.

La misma historia. Se trataba de nuestro coleccionista de amantes.

—¿Recuerdas algo más?

La muchacha volvió a negar con la cabeza.

—Gracias. Puedes irte.

A diferencia de nuestra anfitriona, parecía haber menguado cuando se alzó. Se sentía tan aliviada que desapareció con la misma vehemencia que un pétalo arrastrado por el vendaval.

Miré a Kai. Nuestro cometido allí había terminado, de modo que nos pusimos en pie y dejé un par de *ryo* sobre el tatami raído.

—¿Qué ha cambiado? —me preguntó entonces la anciana.

Su pregunta me sorprendió.

—¿A qué te refieres?

—A que no es la primera vez que esto sucede —soltó.

—Explícate —la apremió Kai.

La mujer paseó su mirada por nuestros rostros. Parecía sopesar hasta qué punto merecía la pena contarnos lo que sabía; si realmente haríamos algo al respecto.

—Hará unos tres años, una muchacha de Yagawahama desapareció sin dejar rastro, pero nadie le dio importancia. Todos pensaron que se había fugado. Al año siguiente desaparecieron otras dos, una de Samenoura y otra de Koamikurahama. Les dije que no era normal, pero siguieron sin hacerme caso. Nadie quiere escuchar las tonterías de una vieja pesada —dijo alzando los hombros.

Su revelación me dejó helado. ¿Por qué Watanabe no había mencionado nada de esto en su informe? Estaba claro que no se trataba de una casualidad. Si lo que aquella mujer decía era cierto, las desapariciones de chicas habían comenzado en el año en el que el señor Tokugawa había sido nombrado *shōgun*. Y significaba otras dos cosas: que la construcción de la *nao* no tenía nada que ver en la muerte de las chicas y que el asesino se había vuelto más voraz con el paso de los años.

—¿Nunca aparecieron sus cuerpos?
La mujer negó con la cabeza.
—Nadie se molestó en buscarlos. Ni siquiera sus padres.
—¿Recuerdas en qué época desaparecieron?
Su respuesta certificó mis temores:
—Durante la primera luna de otoño.

CAPÍTULO VIII

En el camino de regreso a la residencia, decidí acercarme al pequeño templo en el que habían aparecido los cuerpos. Quería interrogar al monje acerca de la historia que nos había contado la anciana. Quizás no fueran más que eso: varias jóvenes cansadas de la vida que les había tocado vivir. Lo más seguro era que hubieran acabado en alguna casa de citas de Ishinomaki, o quién sabe si hasta de Sendai, Edo o Kyoto.

Pero algo me decía que no.

Según nos había referido la mujer, todas habían desaparecido durante el mismo período de tiempo: los días previos y posteriores a la primera luna de otoño. No podía ser una casualidad.

Si se trataba del mismo asesino, quizás también había depositado los cuerpos a los pies de la escalera del templo en los años anteriores. De ser así, el monje tenía que saberlo: ¿por qué tampoco había dicho nada?

Compartí mis sospechas con Kai: de tener que presionarle, me vendría bien su brusquedad.

—Los monjes no dejan de ser hombres —señaló.

Pensé en Takeshi. Era la persona más recta y honesta que conocía junto a mi padre; no le imaginaba sucumbiendo a ninguna tentación, mucho menos aún a los placeres ocultos de la carne.

—Todos los templos, desde los más grandes y lujosos hasta los más pobres y simples, están hechos de la misma madera, y todos acaban pudriéndose —añadió como si me leyera la mente—. En este mundo no puedes fiarte de nadie. Ni siquiera de ti mismo.

Su concepto sobre la rectitud parecía de lo más pobre.

Encontré al monje en la misma posición que las dos últimas

veces. Pero algo había cambiado: lo que antes me había parecido una actitud meditabunda, ahora se me antojaba un gesto de un profundo malestar por esconder un secreto. Es curioso cómo las circunstancias alteran nuestra percepción.

Decidí no andarme con rodeos:

—¿Por qué no me dijiste nada de las anteriores desapariciones?

Alzó los ojos y los llevó de la hoguera consumida a mí. No había sombra de inquietud en ellos, solo sorpresa.

—¿Qué otras?

—Las que desaparecieron hace dos años, o las que se esfumaron el anterior —arremetió Kai.

—¿También las dejaron aquí? —intervine sin darle tiempo a responder.

—Llegué a este templo hace poco. Dairokuro, el anterior monje, pidió que alguien ocupara su lugar.

—¿Y eso por qué? —presionó Kai.

—No lo sé. Lo único que me dijeron es que estaba enfermo. Se mudó al norte, al templo de Kusushi, en la isla de Oshima.

Su sorpresa era sincera.

—¿Insinuáis que estas no son las primeras muertes que se producen en la zona? —se atrevió a preguntar finalmente.

—No insinuamos nada: lo sabemos —replicó Kai—. Y sospecho que el tal Dairokuro lo encubrió. O quizás incluso tuvo algo que ver con ellas.

Se trataba de una acusación directa. El monje, sin embargo, permaneció impasible.

—Hasta donde sé, era un buen hombre.

—¿Quieres decir que no le conoces?

—Ya se había marchado cuando llegué. Pero vuestra sospecha es absurda. ¿Por qué iba a hacer algo así?

No concebía la posibilidad de que un monje como él pudiera ser el autor de semejante atrocidad.

Kai dejó escapar una risotada.

—Por miedo, por dinero, por cobardía. ¿Quieres que te dé más motivos? El señor Oda debió acabar con todos vosotros en el maldito Hiei[1].

Le provocaba para ver si incurría en algún error.

—No sé nada de esas muchachas a las que os referís. Pero si tenéis alguna sospecha, os ruego que vayáis a verlo y comprobéis por vosotros mismos lo que os he dicho.

El día empezó a claudicar.

De camino a la residencia sentí la necesidad de compartir con Kai ciertos detalles del caso. Se había mostrado un interrogador duro, útil y sagaz; quizás fuera capaz de ver algo en lo que yo no hubiera reparado. Pero sabía que, para ello, debería sincerarme del todo.

Ambos compartíamos la sospecha de que los Watanabe ocultaban algo, aunque la entrada en juego del tal Dairokuro nos había dejado descolocados. Tal vez todos formaban parte de un complot.

—Ocultan algo. Él y su hijo.

—¿Sospechas de Ryusuke?

—Encaja: un samurái joven y seductor con el poder suficiente para ocultar sus crímenes.

—Sin embargo, fue su padre quien informó al señor Date de las últimas muertes. Es cierto que las fechas no parecen cuadrar, pero dudo que lo hubiera hecho si supiera que el asesino es su hijo. Además…

Hasta ese momento no le había confiado las terribles heridas que presentaban los cuerpos.

—No buscamos a un asesino normal —señalé.

—¿A qué te refieres?

—A que las chicas no murieron de un modo, digamos, habitual.

Mis palabras quedaron suspendidas en el aire mientras me observaba a la espera del golpe definitivo.

—Algo las devoró antes de que fueran estranguladas —dije finalmente.

Nada más escuchar mi revelación, pude ver cómo el espanto hacía mella en él hasta tal punto que, por un instante, se estremeció sobre el caballo.

—¿Y cómo lo sabes?

—Porque examiné uno de los cuerpos.

No sé qué le produjo más inquietud, si saber que el asesino había devorado a las chicas o mi confesión de que no solo había

tenido contacto con el cuerpo muerto, sino que, además, lo había manipulado de algún modo.

—Un samurái solo debe tener contacto con la muerte cuando la inflinge, ya sea a sus enemigos o a sí mismo —pronunció.

Conocía el desprecio de la gente de mi clase por los *eta*, los desheredados que se ocupaban de esas labores.

—Saber cómo ha muerto alguien es el primer paso para encontrar a su asesino —señalé—. En muchas ocasiones, la lectura de cadáveres proporciona información de lo más valiosa.

—¿Como cuál? ¡Un muerto es un muerto!

—Si ha sido estrangulado, envenenado, asesinado con un cuchillo o con una *katana*; si su ahogamiento ha sido accidental o no; si el asesino era diestro o zurdo; si era alto o bajo; si era fuerte o, por el contrario, de complexión débil…

Mi razonamiento le sorprendió. Estaba seguro de que no había visto un cadáver en su vida, y de que la mera idea de hacerlo le producía asco.

—Lo mejor es no decir nada hasta que estemos seguros. Mañana iremos a la isla de Oshima. Quiero hablar con ese monje.

La cena transcurrió sin sobresaltos. Aunque Fujita Watanabe parecía sumirse en repentinas ausencias, el ambiente fue cortés y agradable. Le informé sobre mis pesquisas con las familias de las víctimas, omitiendo los detalles más comprometidos, por supuesto. Kyusuke no parecía muy contento por mi interés en hablar con ellos, pero no dijo nada.

No hacía falta.

—Cada vez hay menos espacio para los dioses y los espíritus en este mundo —reflexionó Watanabe en voz alta—. Llegan nuevos tiempos y debemos adaptarnos a ellos. Esa *nao* es el futuro.

Parecía compartir las ideas del señor Date y del propio *Ōgosho* respecto al comercio con los *nanban*. También su hijo, aunque por otros motivos.

—Debemos aprender todo lo que podamos de los extranjeros. No tardarán en codiciar estas tierras como han hecho con otras; debemos estar preparados. El señor Oda lo sabía, también el gran Hideyoshi: sus instrumentos de guerra son superiores a los nuestros.

—No es el arma que empuña un hombre, sino el hombre quien marca la diferencia —señaló Kai.

—La guerra ha cambiado —replicó Kyusuke—. El tiempo de los sables ha muerto, querido amigo.

—Al final, siempre quedan dos hombres frente a frente —replicó Kai—. Ahí es donde el carácter y la Vía se demuestran más importantes que nunca.

El hijo de Watanabe dejó escapar una carcajada.

—No te lo tomes a mal —dijo al observar el rostro de Kai, cuyas mandíbulas se habían apretado—, pero cuando se trata de elegir entre una *katana* y esto —señaló mientras extraía un pequeño *tanzutsu* del interior de su kimono—, prefiero esto.

Kyusuke mantuvo el artefacto en alto durante unos segundos. Le apuntaba al pecho.

—Esa es un arma innoble para un samurái.

—Lo único importante en un duelo es ganarlo.

Decidí reconducir la conversación:

—Mañana por la mañana nos adentraremos en el bosque. Veremos si el *kodama* decide mostrarse.

Watanabe asintió mientras su hijo guardaba el arma en el interior de sus ropas. Se le veía cansado.

Justo en ese instante, una criada entró en la sala con unas jarras de *nihon-shu*. Aunque no me gustaba beber, no hacerlo hubiera sido una descortesía.

El alcohol hizo que no pudiera conciliar el sueño.

Las imágenes comenzaron a sucederse en mi cabeza: retazos del rostro de Kumico, del *kodama*, del bosque, de los cuerpos mancillados de las chicas…

Me desperté empapado en sudor y decidí salir a dar una vuelta por el patio.

Y la volví a ver.

Allí estaba, la luz temblorosa en el interior de la casa de té.

Me acerqué con sigilo, pero cuando apenas me restaban diez pasos para alcanzar la puerta, el resplandor volvió a apagarse de modo repentino.

Descorrí el panel y entré.

El olor a perfume era más nítido esta vez. Alguien había estado allí hasta hacía apenas unos instantes, pero ¿por dónde había salido?

Decidí echar un vistazo más de cerca. Todo parecía normal. Hasta que sentí los últimos restos del calor de un cuerpo en la planta desnuda de los pies. Me arrodillé y posé la mano sobre el tatami: estaba tibio.

Recorrí el suelo a tientas hasta que una de las esteras crujió. La retiré y descubrí una trampilla. Estaba cerrada.

La imagen de Kyusuke Watanabe acudió a mi mente: quizás se trataba de un acceso al refugio secreto al que traía a las chicas que caían bajo su influjo.

Traté de forzar el cierre, pero unos pasos me alertaron. Coloqué el tatami en su sitio, me oculté en una esquina y contuve la respiración.

—¿Sayumi? ¿Estás ahí? —susurró una voz.

Pero al no obtener respuesta, su dueño se alejó en dirección a la casa.

¿Quién era la tal Sayumi? Y ¿a quién pertenecía aquella voz?

Su debilidad me había impedido reconocerla, aunque estaba seguro de que pertenecía a un hombre.

Un misterio más que añadir a los que ya me acechaban.

-

Seguimos el curso del Kitakami hacia el norte en dirección a los dominios del clan Nanbu. Lo único que sabía de su *daimyō* era que había apoyado al señor Tokugawa en la batalla de Sekigahara y que este, en reconocimiento, le había nombrado primer señor de Morigaota, la antigua Kozukata.

Ya desde los tiempos del señor Hideyoshi, había sido uno de los guardianes del norte junto a los Ōura, una de las ramas familiares con la que habían tenido varias disputas territoriales desde que Ōura Tamenobu había adoptado el nombre de Tsuruga.

Los campos de arroz, algodón, miso y trigo se sucedían a izquierda y derecha a lo largo de todo el cauce. Estaban bien alimentados por las aguas y debían de rendir una buena cantidad de

koku, pensé.

Antes de alcanzar la frontera de nuestro *han*, tomamos un camino hacia el este que desembocaba en la bahía de Shizugawa y bordeamos la costa hasta nuestro destino. Desde el puerto podíamos ver la isla en su totalidad, con su pequeña montaña en uno de los extremos. El templo quedaba a la derecha del punto en el que desembarcamos, justo a la entrada de un pequeño bosque que el otoño había empezado a colorear. Los dominios de los Date terminaban allí.

El templo estaba vacío.

—Quizás se ha perdido en su propio bosque —se mofó Kai.

—Separémonos.

Nos adentramos en la espesura siguiendo direcciones opuestas. La hojarasca caída nos delataba; si el monje se encontraba en los alrededores, sabría ya que alguien le buscaba a estas alturas.

—¡Dairokuro!

Divisé su silueta a lo lejos. Estaba en la posición de *seiza*, con la cabeza inclinada hacia delante como si le hubiera vencido el sueño.

Me acerqué despacio para darle tiempo a erguirse, pero ni se inmutó.

—¿Dairokuro?

No reparé en la profusa mancha hasta que estuve a pocos pasos. Era sangre. Había manado de su vientre junto a sus tripas.

A su lado, oculto por su túnica, reposaba un *wakizashi*. ¡Había cometido *seppuku*!

—¡Kai! ¡Aquí! —llamé su atención.

El destello fugaz de un rayo de sol rebotado sobre el acero hizo que agachara la cabeza de forma inmediata. La hoja me pasó rozando el moño.

Desenvainé y me puse en guardia.

Frente a mí se alzaba un hombre con el rostro cubierto. Por el aspecto de su sable y su ropa, deduje que era un asesino a sueldo. Su siguiente ataque fue un corte diagonal descendente. Lo envolví, proyecté su arma hacia el exterior y contraataqué con una estocada. Aunque logró apartarse en el último momento, la punta de mi hoja le atravesó el costado derecho.

Entonces hizo algo que no esperada.

A pesar del dolor que debió de provocarle, arrastró su pierna y giró su cuerpo con fuerza mientras realizaba un nuevo corte vertical.

No tuve más remedio que soltar el sable, que quedó prendido de su carne, y dar un gran paso atrás.

Su error fue pensar que, una vez desarmado, no era rival para él. De modo que cargó su acero y me lanzó un ataque definitivo.

Durante mi estancia en la escuela del maestro Yagyū había aprendido varias técnicas para usar el sable de mi enemigo en su contra, así que dejé que mi cuerpo reaccionara sin pensar; me aparté del camino de su filo, coloqué una de mis manos en el hueco de la empuñadura que dejaba libre su agarre y apoyé la otra sobre el *mune* de su hoja. Sin apenas darme cuenta, su *katana* cedió a mi movimiento de palanca invirtiendo la posición del filo y le abrió la carne desde el vientre hasta el mentón.

Kai llegó en el instante en que se desplomaba.

En su rostro adiviné la sorpresa y la admiración por la técnica que acababa de presenciar.

Recuperé mi *katana* mientras le descubría el rostro.

—¿Le conoces? —preguntó.

Era la primera vez que le veía en mi vida.

—Le han enviado a asesinar al monje para que no hablara… Y solo hay una persona que sabía que veníamos —razonó.

¿Acaso nos habíamos equivocado tanto que no habíamos reconocido al verdadero asesino cuando estaba frente a nuestras propias narices? ¡El maldito monje nos había mentido desde el principio! Él había seducido a las chicas, las había matado y las había dejado frente a las escaleras de su propio templo para alejar las sospechas.

—¡No puede ser!

Pero ¿por qué iba un monje a matar de un modo tan salvaje y cruel a aquellas muchachas? ¿Era posible que los Watanabe no tuvieran nada que ver?

—Ya te lo dije: son hombres como los demás. ¡Se ha reído de nosotros!

Intuí que, por encima de cualquier motivo, aquel y no otro era la

principal fuente de su enfado.

—Se inventó la historia de Dairokuro y ha enviado a alguien para matarlo y que no pueda contarnos la verdad —continuó.

Algo, sin embargo, no encajaba.

—No tiene sentido. Su movimiento le delata.

—Los asesinos no siempre cumplen con lo prometido —replicó —. Pagó a este desgraciado para que simulara que se había quitado la vida en un arrebato de arrepentimiento. Así creeríamos que el culpable era él.

Agité la cabeza:

—Algo sigue sin encajar.

El asunto se estaba volviendo cada vez más complicado.

—Nadie más sabía que veníamos —señaló Kai.

Tenía razón.

A excepción del actual monje, de él y de mí, no habíamos comentado nuestro viaje con nadie. Watanabe y su hijo creían que nos habíamos adentrado en el bosque en busca del *kodama*.

La única explicación lógica era que ambos monjes fueran culpables: que Dairokuro hubiera asesinado a las primeras chicas y el nuevo *bozu* hubiera seguido con su labor. ¿Quizás se trataba de algún tipo de ritual secreto relacionado con la primera luna de otoño? Pero, de ser así, ¿por qué habían decidido encubrirlo los Watanabe? ¿Qué ganaban con ello?

—Debemos regresar y volver a hablar con él.

—Si es el asesino, ya habrá desaparecido.

—Si es así, le daremos caza —respondí.

CAPÍTULO IX

El viaje de regreso fue de lo más callado.

Teníamos mucho en lo que pensar.

Las sospechas habían pasado de los Watanabe a los monjes del templo de Izanami, pero nada demostraba tampoco que ninguno de los dos fuera culpable.

Repasé las únicas certezas que teníamos: tres chicas habían sido asesinadas de un modo brutal a lo largo de los últimos días. Según nos habían relatado sus amigas, dos de ellas habían iniciado una relación con un amante secreto y habían acabado devoradas y estranguladas los días previos y posteriores al *chōyo no sekku*. Según la anciana de Kozumihama, además, aquella no era la primera serie de crímenes de chicas jóvenes que se había producido en años anteriores por aquellas mismas fechas.

Alcanzamos el templo de noche.

El monje salió de su cabaña al oírnos llegar. Parecía inquieto. Al reconocernos, sin embargo, relajó el gesto…

Hasta que descubrió el cuerpo que yacía al pie de la escalera del templo.

Era otra chica. Desgarrada como las otras.

Kai saltó del caballo y desenvainó.

—¡Reza deprisa, maldito asesino, porque vas a morir!

Pero el monje no le escuchaba. Estaba paralizado frente al horror desplegado a sus pies.

Kai descargó el golpe henchido de ira. Desnudé mi acero todo lo deprisa que pude y logré bloquearlo cuando ya rozaba los cabellos del monje. Tuve que emplearme a fondo. Su fuerza era

considerable.

Me miró. Sus ojos centelleaban.

—¡Basta! —grité.

Solo en el instante en el que el silencio volvió a adueñarse del bosque, lo escuchamos.

Unos pasos alejándose a toda prisa.

Retiré mi sable y salí a la carrera. Kai me siguió mientras el monje permanecía estático; era incapaz de moverse.

Distinguí un movimiento fugaz, una sombra en la espesura. Se deplazaba con una gran agilidad. Eché un vistazo a mi izquierda y vi a Kai corriendo en su dirección. Sus fauces estaban llenas de espuma. Era como un animal a la caza de su presa; si quería interrogar al misterioso desconocido, debía atraparle antes que él.

Pero todo cesó de repente.

Nos detuvimos tratando de adivinar algún movimiento, de intuir algún sonido fugaz, pero lo único que nos rodeaba ahora era silencio.

La sombra parecía haberse detenido detrás de un gran cedro frente a nosotros: quizás pudiéramos rodearle. Indiqué a Kai que avanzara hacia la izquierda y yo fui por la derecha. Pero al saltar sobre él, había desaparecido.

Regresamos en dirección al templo.

El monje seguía inmóvil frente al cuerpo. Su expresión reflejaba el horror que le producía la visión de aquel pequeño ser mancillado.

Me arrodillé y le eché un vistazo.

Sus brazos presentaban tres mordiscos, pero fue al abrirle el kimono cuando la voracidad del asesino se desplegó en toda su crudeza.

Posé mi mano sobre el cuerpo. Aún estaba caliente.

Kai se apartó, vomitó y en cuanto recuperó algo del aliento perdido, agarró al monje por el cuello.

—¡Qué sabes de todo esto!

El *bozu* no opuso resistencia. Estaba muy lejos de allí.

Hasta que Kai lo abofeteó.

—Yo no sé nada.

—Habla —le conminé—. O esta vez no te salvaré la vida.

—Os doy mi palabra —balbuceó.

—¿Acaso quieres que nos creamos que alguien ha llegado hasta aquí cargando con un cuerpo, lo ha depositado en tu templo y no has oído nada? —le apretó Kai.

—Los *kami* son testigos.

—Y tampoco sabes nada de la muerte de tu compañero, ¿verdad, maldito perro?

El monje se agitó por primera vez.

—¿De qué estás hablando?

—Fuimos a ver a ese tal Dairokuro, pero alguien le había asesinado tratando de simular un suicidio.

—¡Dairokuro!

—Le abrieron el vientre y desparramaron sus tripas por el suelo. Debió de sufrir mucho.

En ese instante caí en la cuenta de que el monje no sabía que el hombre contratado para matarle había muerto: quizás pudiera aprovechar la circunstancia.

—Tu sicario seguía allí, y antes de que acabáramos con él, lo confesó todo, ¿sabes? —probé suerte.

—¡Mientes!

—¡Habla!

El monje se derrumbó y prorrumpió en llanto.

—Yo no sé nada… Izanami es mi testigo.

Estaba hundido. Decía la verdad.

Permanecimos en silencio durante un rato. Solo los hipidos del monje alteraban la quietud reinante. Indiqué a Kai que nos dejara solos y posé mi mano sobre su hombro.

—Te creo. Pero debemos avisar al señor Watanabe de que ha aparecido una nueva víctima. ¿La conoces?

El monje negó con la cabeza.

—Cada vez viene menos gente por aquí…

Teníamos una nueva víctima y no conocíamos su identidad. En cuanto la noticia corriera entre los pueblos, los trabajadores se amotinarían. Aquello solo podía conducir a una matanza, así que, por el bien de todos —eso me dije entonces—, tomé la decisión de que lo mejor sería ocultarlo; al menos por el momento. Estaba seguro de que los Watanabe compartirían mi criterio, aunque fuera por motivos completamente distintos a los míos.

En cuanto llegamos a la residencia, los convoqué a una reunión. Ryusuke fue el primero en llegar. Apenas había tenido tiempo de arreglarse como era debido; por suerte, no se trataba de una audiencia pública.

Su padre apareció al poco tiempo.

—¿Qué sucede?

—Acaba de aparecer otro cadáver.

Su rostro pasó del pálido de la luna a un rojo encarnado.

—¡Haz tu trabajo de una vez! ¡Ese maldito *kodama* debe morir!

A continuación, se dirigió a su hijo:

—Debes partir de inmediato a Tsukinoura. No quiero más retrasos.

Ryusuke puso cara de fastidio. Por mucho que le gustara jugar a la guerra, las comodidades del campamento no podían compararse a las de la residencia. Pero su padre le había dado una orden directa, de modo que asintió y se dispuso a regresar a su habitación para organizar la partida.

—Un momento —le retuve—. Creo que lo mejor por el momento es que lo ocultemos.

Nada más pronunciar las palabras, algo se resquebrajó en mi interior: una familia iba a echar de menos a su hija esa misma noche y nosotros planeábamos esconder la verdad.

Fujita se asió a aquella tabla de salvación:

—Es cierto. Saberlo no beneficiará a nadie.

Y entonces lo solté:

—Debemos traer el cadáver aquí.

Sus carnes parecieron sacudirse primero, aflojarse después.

—¿Aquí?

Quería examinarlo sin prisas; quizás así pudiera descubrir algún detalle importante, algo, por insignificante que fuera, que me pusiera en la pista del asesino.

—Es el único modo —insistí.

—Encárgate —ordenó a su hijo.

Ryusuke comenzó a despegar los labios para emitir una protesta, pero mi intervención le evitó tener que hacerlo:

—No. Ve tú —me dirigí a Kai. No quería que nadie que no fuera uno de nosotros tuviera acceso al cuerpo y pudiera manipularlo—.

Y asegúrate de que el monje también guarda silencio.

Esperé hasta que todos durmieran y me dirigí hacia la parte de atrás.

Tras el examen del primer cuerpo, había algo que no dejaba de rondarme la cabeza: el tamaño de las mordeduras. Quien las hubiera infligido tenía una boca muy pequeña…

¿Acaso podía tratarse de un niño?

Descarté la idea por absurda.

Y por atroz.

Estaba seguro de que buscábamos a un hombre, a un samurái que las seducía, realizaba con ellas un ritual macabro y después las estrangulaba. Ryusuke Watanabe encajaba a la perfección: era joven, apuesto, cruel y tenía los medios y la habilidad necesarios para ejecutarlo, pero ¿qué motivo podía tener para realizar semejantes actos?

No parecía un loco.

Me estremecí al verla.

La habían dejado en el suelo como si fuera un animal muerto.

Esta vez pude ver claramente las señales de ligadura en las muñecas y los tobillos, también la marca fatal alrededor de su cuello.

Traté de imaginarme sus últimos momentos: al reclamo de un pañuelo prendido, había acudido confiada al encuentro de su amado que, en algún momento, la había reducido, la había transportado hasta algún lugar tranquilo, la había atado y la había devorado viva; después la había asfixiado y había cargado con el cuerpo hasta el templo.

Estudié los mordiscos una vez más; por si me hubiera equivocado…

Pero no había duda: pertenecían a alguien muy menudo.

Una repentina ráfaga de aire frío me golpeó al salir.

Ahí estaba de nuevo: la luz.

Me descalcé y me acerqué a la caseta del jardín con la respiración contenida, pero en cuanto mis dedos rozaron la puerta, todo se sumió en la oscuridad. Esta vez, sin embargo, logré atisbar cómo la esquina de un tatami terminaba de colocarse en su sitio.

De eso se trataba…

Una trampilla secreta.

Recorrí los bordes en busca de algún mecanismo oculto, pero fue inútil. Decidí entonces presionar las esquinas de cada plancha hasta que escuché un chasquido. El suelo apenas se elevó, pero lo hizo lo suficiente para que pudiera deslizar debajo el filo de mi cuchillo.

Unas escaleras de madera descendían hacia la oscuridad.

El olor a perfume de magnolio era intenso.

Bajé hasta posar los pies desnudos en el suelo de piedra.

Estaba frío y húmedo.

La oscuridad era total.

Avancé con la mano extendida, pero enseguida sopesé si seguir adelante; avanzar en aquellas condiciones resultaba penoso. Iba descalzo y desarmado, además: si el asesino se ocultaba en aquel túnel, estaba seguro de que lucharía hasta la muerte.

Recuperé las sandalias que había dejado junto al escalón de entrada y regresé a la residencia. Entré en mi habitación, agarré mi sable corto y comencé a deslizar el *fusuma* que separaba mi habitación de la de Kai.

En cuanto asomé la cabeza, noté el filo de su acero en el cuello.

—Soy yo —anuncié en un susurro.

De haber querido, podría haberme abierto la garganta con un simple movimiento. Ni siquiera lo había advertido.

Era sigiloso y letal.

—Solo los asesinos, los ladrones o los amantes se deslizan en silencio en el interior de una habitación que no es la suya —pronunció—. ¿Qué eres tú?

—Necesito tu ayuda.

—No pienso examinar ese cadáver contigo.

—No se trata de eso. Debes acompañarme.

Conseguimos una linterna y la prendimos con un poco de lumbre de la cocina.

—¿Crees que es ahí donde las mata?

Descartado el monje, Ryusuke Watanabe seguía siendo nuestro mejor sospechoso. Quizás me había mandado seguir desde mi llegada, temeroso de que descubriera algo, y por eso estaba al tanto de nuestra visita a Oshima. Pero ¿cómo encajaba su padre en el asunto? No parecía tener mucho sentido que, de estar al corriente,

hubiera decidido alertar al *daimyō*. O tal vez sí; probablemente conocía la furia homicida de su hijo y había aprovechado las circunstancias para culpar a un demonio y así protegerle.

—Pronto lo averiguaremos.

La linterna nos permitía ver dónde pisábamos, pero advertía largamente de nuestra presencia: de haber alguien emboscado, sabría que llegábamos con la antelación suficiente para preparar su estrategia.

Una ventaja demasiado notoria.

Kai desenvainó el *wakizashi*.

El túnel se dividía en dos. Sopesé la idea de separarnos, pero eso supondría que uno debería avanzar a ciegas.

No era una opción.

Debíamos de estar bajo alguno de los edificios que componían la residencia. Giramos a la izquierda y dimos con una puerta cerrada. Volvimos sobre nuestros pasos y nos adentramos en el otro pasadizo. El túnel se dividía de nuevo en dos; de seguir así, investigarlos todos nos llevaría lo que quedaba de noche.

Una nueva bifurcación me hizo desistir: no quería que el día se nos echara encima y un lancero de la guardia, un criado o alguno de los Watanabe nos descubrieran abandonar la casa de té. No podíamos permitirnos perder la que parecía nuestra única ventaja hasta el momento.

—Excavaron estos túneles como vía de escape —me dirigí a Kai—, de modo que tiene que haber algún acceso desde la casa: si damos con él, podremos ver quién entra y sale y descubrir al asesino.

CAPÍTULO X

El cielo amaneció gris y la tierra blanca por el rocío.

Todo crujía; el suelo, las ramas de los árboles, sus hojas cubiertas de escarcha…

El invierno tenía prisa.

Tanta como el señor Date en acabar su barco.

Dejé a Kai en la residencia con el encargo de dar con el acceso secreto y me dirigí al pueblo donde vivía la chica cuyo cuerpo había examinado en primer lugar. Me había limitado a colarme de noche en su casa como un ladrón o un asesino, y no era ni lo uno ni lo otro. Me sentía en deuda con ella y con sus padres. Miyamoto me había enseñado además a no dar nunca nada por supuesto; quizás pudieran aportarme algún detalle nuevo, por insignificante que pudiera parecer, que arrojara algo de luz. Aunque no confiaba mucho en ello.

Sentí cierta desazón al pensar en él. Los últimos acontecimientos me habían hecho centrarme tanto en el caso que ni siquiera me había preguntado por cómo se encontraría. Tampoco había pensado ni en Ichiro ni en Takeshi. Tenía un misterio por resolver, y me estaba absorbiendo de tal modo que el resto carecía de importancia.

Los trabajadores se afanaban alrededor de la *nao*.

A pesar del frío, iban cubiertos con los mismos *yukata* que supuse habían vestido a lo largo de todo el verano. Tras meses de duro trabajo, parecía como si no les pertenecieran. La mayoría había menguado hasta el esqueleto y la ropa les quedaba grande. No aguantarían así mucho más.

Yoshida los escrutaba desafiante desde la entrada del

campamento. Al más mínimo signo de flaqueza, tendrían que vérselas con su *bokken.*

Ellos lo sabían.

Yo lo sabía.

Había visto su crueldad con mis propios ojos.

Le saludé con una inclinación leve y pasé de largo.

A la luz del día, la casa me pareció más humilde aún que en la noche en que la había visitado. ¿Cómo podía vivir alguien de aquel modo?

Bajé del caballo y me encaminé hacia la entrada. Antes de llamar, la puerta se abrió y una mujer extenuada salió a mi encuentro. Sus ojos seguían inflamados a pesar de haber vertido ya toda la pena.

—Me llamo Aki Tsunetomo. Vengo de parte del señor Date —señalé en un intento por demostrarle que la muerte de su hija importaba al *daimyō,* aunque fuera mentira—. Quiero hacerte unas preguntas.

La mujer se limitó a dejar caer la cabeza y juntar las manos sobre las pantorrillas.

Sumisión.

Temí que fuera a desplomarse en cualquier momento, de modo que la invité a sentarse. Pero prefirió permanecer de pie.

—Estoy aquí para averiguar lo que le pasó a tu hija. Es importante que me respondas con la verdad. ¿Estaba prometida?

Negó con la cabeza.

—¿Y sabes si se veía con alguien?

Alzó la frente y me miró a los ojos por primera vez. Fue apenas un instante, pero el suficiente para darme cuenta del color de los suyos.

Violeta.

Sentí una sacudida.

Eran como los de Kumico.

Turbada por mi reacción, inclinó de nuevo la frente y contestó con un simple monosílabo:

—No.

Muchos padres afirman no saber nada acerca de la vida afectiva de sus hijos, pero sí suelen percibir las señales, los cambios de

humor, de estado de ánimo. Por mucho que había intentado ocultarlo, estaba seguro de que Miyamoto se había dado cuenta de mis sentimientos por Kumico desde el primer momento. Antes incluso de que yo mismo fuera consciente de ellos.

—¿Notaste algún cambio en ella en los últimos días?

Volvió a negar.

Decidí tirar por el mismo camino que había transitado con las familias de las otras víctimas.

—¿Quién era su mejor amiga?

—Midori.

—¿Sabes dónde puedo encontrarla?

Alzó la mano y señaló una pequeña construcción.

—Gracias.

Justo en el instante en el que me disponía a marcharme, entreabrió ligeramente los labios. Pero ninguna palabra brotó de su boca. La habían educado para ocupar su lugar, para no salirse nunca del espacio reservado a alguien de su posición.

—Habla —la conminé.

—Ha sido voluntad de los *kami*. Ellos dan y ellos quitan.

Sentí un arrobo de irritación. Las gentes como aquella mujer aceptaban su destino sin preguntarse jamás por el origen de sus males; sin darse cuenta de que todo cuanto les sucedía no era culpa de los dioses, sino de los hombres.

De su avaricia.

De su maldad.

De su mezquindad.

La puerta de la casa de Midori estaba abierta. Carraspeé para anunciar mi presencia, pero no obtuve respuesta. Asomé la cabeza y dejé que mis ojos se acostumbraran a la oscuridad.

—¿Midori?

Escuché unos pasos a mi espalda:

—Busco a Midori. ¿Sabes dónde está?

El hombre se detuvo, me miró y comenzó a saludarme con grandes reverencias. Cada vez que incorporaba la mitad superior de su tronco, me mostraba su boca vacía. Tan solo conservaba un diente, justo en el centro, el resto era una encía desnuda.

—Midori —repetí mientras señalaba el interior de la casa.

Pero el desconocido siguió con su grotesco vaivén mientras exhalaba un sonido que parecía proceder directamente de su estómago. Una especie de sutra desentonado.

—¿Dónde está? —alcé la voz con la paciencia al límite.

—No le oye. Ni habla.

Un tipo de la edad de Miyamoto se alzaba frente a mí. Mis ojos se fueron de inmediato hacia su brazo derecho, ausente; después repararon en su rostro cansado.

—¿Qué quieres de Midori?

El sordomudo, que había detenido su molesto vaivén al fin, nos estudiaba ahora con curioso interés.

—Hablar con ella.

—Sobre qué.

—No es asunto tuyo.

—Cuando alguien quiere hablar con mi sobrina, es asunto mío.

Fruncí las cejas. No fue un ademán calculado, pero el hombre lo interpretó como un principio de amenaza.

—No me das miedo. Ni tú ni ninguno de los tuyos. —Torció la cabeza hacia su muñón—. ¿Ves esto? Le corté la maldita cabeza con su propia *katana* y me empapé de su sangre caliente.

Supuse que había luchado como *ashigaru* a las órdenes del señor Date en alguna batalla.

—La guerra tiene una única virtud —continuó—: muestra la verdadera esencia de cada hombre. Vino hacia mí al galope y me clavó su *yari* en el brazo. Esa fue su perdición. El impacto le hizo caer del caballo. Una vez en el suelo, las cosas se igualan. Había perdido el *kabuto*. Era un crío, como tú. Primero me ofreció dinero; después gimoteó y suplicó por su vida. Ni siquiera desenvainó su sable. Estaba muerto de miedo. Le clavé su propia lanza en el cuello, y mientras la vida aún brillaba en sus ojos, le arrebaté la *katana* y le separé la cabeza del tronco.

Su relato me horrorizó.

A pesar de no haber recibido un entrenamiento específico, algunos *ashigaru* eran guerreros temibles. De ellos dependía casi siempre el devenir último de una batalla. Incluso un samurái bien preparado tenía poco que hacer si caía del caballo y se encontraba

en sus manos. Con los años, algunos habían descubierto que la guerra y el pillaje, el robo y la rapiña que traían consigo les proporcionaban mayores ingresos que trabajar en el campo o faenar en el mar, y se habían convertido en luchadores expertos que se enrolaban en el ejército con más posibilidades. Y aunque esos tiempos habían terminado, su habilidad para matar seguía intacta, como la sed de sangre de algunos.

—¿Quién eres y qué quieres de Midori?

—Me llamo Aki Tsunetomo e investigo la muerte de varias chicas de la zona.

Fue él quien arrugó la frente en esta ocasión.

—¿Tsunetomo?

Asentí.

—¿Eres familia de Miyamoto Tsunetomo acaso?

Asentí con un punto de orgullo.

—Es mi padre.

Me miró de arriba abajo y dejó escapar un gruñido, no supe si de aprobación o desaprobación. Quizás hubieran coincidido en alguna batalla.

—No sabía que se hubiera casado, y, mucho menos, que hubiera tenido un hijo.

No me apetecía darle explicaciones, de modo que guardé silencio.

En sus labios pareció asomar otra pregunta, pero se la guardó.

—Está bien. Sígueme.

El sordomundo había vuelto a su locura reverencial y caminaba detrás de nosotros danzando ahora con deleite.

Rodeamos la casa y nos dirigimos hacia el mar.

Varias mujeres parecían atrapadas en las redes de pesca que apañaban mientras el murmullo de las olas acompañaba su quehacer. Un sonido monótono para un trabajo monótono.

—¡Midori! —la llamó su tío.

La muchacha alzó la cabeza a media puntada y, al reconocerle, dejó lo que estaba haciendo y se puso en pie. El resto nos observó con cierto interés al principio, pero enseguida regresó al trabajo. No era asunto suyo.

—Quiero hacerte algunas preguntas sobre tu amiga.

Seguía sin saber su nombre.

—¿Reiko?

Asentí.

Midori bajó la vista y se agarró las manos. Fue un gesto instintivo: estaba nerviosa.

—Solo quiero saber una cosa: ¿tenía novio?

Al escuchar la pregunta me miró sorprendida.

—No, señor. No tenemos tiempo para esas cosas.

Sonreí. Todos los chicos y chicas de cierta edad tenemos tiempo para esas cosas, pensé.

Pareció darse cuenta.

—Aquí las cosas no son como en la ciudad…

No había sombra de reproche ni protesta, ni siquiera de tristeza, en su tono. Se limitaba a constatar un hecho. Supuse que trabajaba del amanecer al atardecer ayudando a su familia y que, llegado el momento, sus padres y otros con un hijo en edad parecida se pondrían de acuerdo y arreglarían un matrimonio beneficioso para todos.

—Es importante que me digas la verdad —insistí.

Asintió. Pero no añadió nada.

—¿Notaste algo diferente en ella en los últimos días?

—Hablábamos cada vez menos.

—¿Y eso por qué?

Se encogió de hombros.

—Estoy seguro de que sabes algo. No te preocupes, no hablaré con sus padres. Lo que digas quedará entre tú y yo.

—Le dije que no fuera al bosque. Que era peligroso —balbuceó—. Pero no me hizo caso.

—¿Y sabes a qué iba?

—Una noche la vi salir de casa a escondidas…

—Y la seguiste.

Su asentimiento fue corto y rápido, se sentía avergonzada.

—¿Te fijaste en si había algún pañuelo anudado a una rama?

Negó con la cabeza.

—¿Estás segura?

Aquello suponía una notable discrepancia.

—Sí.

—¿Y a qué fue al bosque?

—A encontrarse con alguien.

Ahí estaba. El patrón.

—¿Por qué me has mentido?

Alzó los párpados sin comprender. Sus ojos eran oscuros como el mar de noche.

—No he mentido.

—Me has dicho que no tenía novio.

La chica frunció las cejas.

—No iba a ver a un chico…

—¿Qué quieres decir?

—Iba a ver a… una chica —puntualizó con cierta desazón—. Una nueva amiga.

No pude ocultar la sorpresa. Su cadáver presentaba las mismas marcas que el resto, pero su historia difería de las otras de un modo significativo.

—¿Estás segura?

La muchacha asintió. Una única vez. Con firmeza.

—¿Y sabes quién era? ¿La habías visto antes?

—Le pregunté, pero se enfadó. No era de los nuestros…

—¿Te refieres a que no era del pueblo?

—De nuestra clase —remató clavándome la mirada.

La conversación me dejó vacilante. No tenía sentido. Las víctimas anteriores habían acudido al bosque al reclamo de un amor de ensueño; Reiko, sin embargo, no se veía con la misma persona, sino con una mujer; una amiga que, a buen seguro, también la tenía embelesada. Lo único en lo que parecían coincidir ambos desconocidos era en su posición, nada más. En cualquier caso, significaba que había dos personas implicadas en los asesinatos, un hombre y una mujer.

¡La cosa se complicaba!

De regreso al campamento, escuché unos gritos.

—¡Mi hija! ¡Mi hija! ¿Dónde está mi hija?

La mujer, el rostro afeado por el dolor y el llanto, corría en dirección a la entrada.

—¡El bosque la ha matado! ¡Asesinos!

Los trabajadores dirigieron la mirada hacia la cima de la

pequeña colina en la que estaba el puesto de mando; hacia la bestia de carne y músculo que sostenía aquel sable de madera que tan bien conocían.

Hacia el dolor de la mujer.

Yoshida se interpuso en su camino:

—¡Vete a casa! ¡Y vosotros, volved al trabajo!

Tras el desconcierto inicial, entendí que debía de tratarse de la madre de la chica cuyo cadáver había ordenado esconder.

Su tristeza solo era pareja a su rabia.

—¿Dónde está mi hija? ¡Asesinos!

Yoshida la empujó y la mujer rodó por el suelo.

Uno de los trabajadores hizo ademán de acercarse para ayudarla, pero la voz del samurái le disuadió:

—¡Volved al trabajo! ¡Y tú vete a tu casa! ¡No sé nada de tu hija!

Pero la mujer no estaba dispuesta a abandonar. Ya no tenía nada que perder, ni siquiera la vida que no quería vivir sin ella. De modo que se alzó y arremetió de nuevo contra el gigante.

Clavé los talones en el lomo del caballo y galopé hacia ellos. Estaba seguro de que, si seguía insistiendo, Yoshida le concedería aquel último deseo de inmediato.

Pero me equivoqué.

Del todo.

El samurái la apartó de un nuevo manotazo y volvió a indicarle que se marchara; quizás le quedaba algún escrúpulo al fin y al cabo.

La mujer se derrumbó por segunda vez.

Y volvió a alzarse.

Basta un gesto para prender una revolución, y la figura que surgió por la puerta del campamento con pasos rápidos y firmes lo sabía.

Se acercó, desenvainó y antes de que la mujer pudiera contagiar su actitud a alguno de los presentes, la decapitó.

Un único golpe. Certero. Perfecto.

La cabeza se venció a un lado y quedó prendida de un jirón de piel y músculo, pero su cuerpo se mantuvo en pie, como si en el interior de aquel recipiente ya sin vida aún permaneciera el aliento de su última voluntad.

Hasta que Kyusuke lo derribó de una patada.

El grito de los trabajadores ahogó el mío.

El hijo del señor Watanabe se inclinó, limpió la hoja de su sable en las ropas viejas de la mujer que había osado desafiarle y regresó al campamento como si nada hubiera pasado.

—¡Volved al trabajo si no queréis acabar como ella! —bramó Yoshida.

Y, acto seguido, se echó a reír.

Sentí ganas de pasarle por encima; de arremeter contra él y dejar que pereciera bajo los cascos de mi montura.

Pero pasé de largo.

Ryusuke limpiaba la hoja con polvo de roca y papel de arroz.

—¡Qué has hecho!

Me miró.

Ni siquiera tenía la respiración entrecortada. Su pulso estaba sereno. También su expresión.

—No me culpes a mí. Esconder el cadáver fue idea tuya.

Sentí ganas de acabar con él allí mismo.

—¡No tenías por qué matarla!

—¿No? ¿Y qué debería haber hecho? ¿Dejar que le contara a todo el mundo que su hija se había adentrado en el bosque anoche y no había vuelto a casa? No olvides cuál es nuestra prioridad —dijo mientras devolvía su *katana* a la *saya*—. Acaba de una maldita vez con ese monstruo, ¿o quizás debo enviar un mensaje al *daimyō* solicitando un hombre?

Sopesé la conveniencia de enfrentarle, de expresarle mis sospechas para estudiar su reacción, pero no tenía ninguna prueba; ni siquiera la certeza de que estuviera involucrado. Por muy enviado del *daimyō* que fuera, no podía acusar al hijo del representante del clan en la región sin estar seguro.

Un pensamiento se instaló entonces en mi cabeza.

Salí de la tienda, me subí al caballo y lo espoleé en dirección al bosque.

No perdía nada por intentarlo.

-

Una niebla baja había empezado a ocuparlo todo. Fluía entre los

árboles cubriendo helechos y arbustos, pero al llegar a los troncos se abría para rodearlos y volver a cerrarse después como si no quisiera dañarlos.

Había decidido dejar mis dos sables en el caballo: una señal inequívoca de mis intenciones.

Me sentía desnudo sin ellos.

Vulnerable y expuesto.

Miyamoto jamás lo hubiera aprobado. El sable del samurái es su alma, pero no se me había ocurrido otro modo de mostrar al *kodama* que no había ido allí a enfrentarme con él… sino a solicitar su ayuda.

—Aki…

La voz de Kumico se abrió paso hasta mí.

Sabía que no era ella, pero no podía evitar estremecerme.

—Múestrate como eres.

—Soy todas las formas y soy ninguna. Soy agua, soy semilla, soy hoja, soy rama, soy tronco, soy raíz, soy brizna, soy tallo, soy flor. Soy el mayor miedo de tu corazón. Soy tu mayor deseo. Soy lo que más temes. Soy lo que más anhelas.

Una luz brotó en mitad de la niebla, débil aún, y creció en intensidad hasta convertirse en algo corpóreo. Una gota suspendida de la que ahora sobresalían unas extremidades diminutas pero bien definidas. Después surgió la cabeza, provista de dos minúsculos ojos negros.

—Aquí estoy.

Su voz procedía de todas partes y de ninguna.

Era un eco en mi cabeza.

Era el eco mismo.

—He venido a solicitar tu ayuda.

—Detén la destrucción del bosque y te ayudaré.

—No está en mi mano.

—Así es el hombre: jamás responde de nada.

—Puedes ayudarme a evitar más muertes.

—Matar está en vuestra naturaleza. Desde el principio. No puedo cambiar eso.

—Muertes de chicas inocentes —insistí.

—¿Y por qué iba a ayudarte?

—Porque es lo justo —pronunció de repente otra voz.

Una silueta se abrió paso entre la niebla, separándola como si fuera una cortina de seda.

Kumico. Era ella.

Mi cicatriz se abrió y tiñó de azul todo lo que me rodeaba.

—Las muertes deben cesar —susurró.

—No está en mi mano —respondió el *kodama*.

—Escucha al menos lo que tiene que decirte.

Sentí ganas de correr hacia ella. De abrazar su piel fría. De dejarme envolver por sus brazos muertos. De hundir mi rostro en su cabello.

De besar sus labios.

Pero algo en mi interior me frenó.

La culpa.

Aún no estaba preparado.

—¿Y cómo puedo ayudarte? —habló de nuevo el *kodama*.

—Quienes están matando a esas chicas las atraen al bosque para llevárselas. Son un hombre y una mujer.

—Te equivocas. Son dos, pero son uno solo.

La luz comenzó a diluirse hasta quedar reducida al fulgor tímido de una vela.

—¡No, espera!

También Kumico comenzó a desvanecerse.

—¡No! ¡Kumico!

—Ten cuidado, Aki.

Fueron sus últimas palabras.

«Son dos, pero son uno solo».

Dos testigos hablaban de un hombre, pero la amiga de Reiko se refería a una mujer, alguien con quien compartir otro tipo de anhelos y esperanzas.

¿Podía tratarse acaso de la misma persona?

Quizás Midori se había equivocado.

Quizás se trataba de un hombre disfrazado.

Un ardid.

¿Pero con qué fin?

Me sentía derrotado y empezaba a pensar que todo aquello me venía grande. No solo había fracasado en mi intento de esclarecer el

misterio, sino que, debido a una decisión mía, una madre afligida había muerto.

Ya cargaba con un fantasma.

No podía con otro.

«A los samuráis solo os preparan para el éxito. Pero la verdadera esencia de un hombre está en cómo afronta el fracaso. Algunos, con la esperanza de restaurar su honor, cometen *seppuku* antes incluso de que su señor se lo solicite, pero no es más que una huida. Si fracasas, levántate. Aprende del error y sé más fuerte y más listo. El verdadero carácter de un hombre se forja por cómo se pone en pie tras cada derrota».

Takeshi tenía razón.

No sabía cómo afrontar mi fracaso.

Al llegar a la residencia, busqué a Kai. Esperaba que hubiera tenido mejor suerte que yo y hubiera dado con el acceso secreto al complejo de túneles oculto en la casa.

Me dirigí hacia su habitación, pero estaba vacía.

Le busqué por todas las estancias y por el jardín, pero no había rastro de él. ¿Dónde se había metido?

Decidí acercarme hasta la casa de té.

La puerta estaba abierta.

En su interior, el señor Watanabe parecía meditar.

—Ah, Aki *san*.

Me invitó a entrar.

Estaba sentado justo sobre la trampilla.

—Busco a Kai.

Su cabeza se elevó hasta que sus ojos encontraron los míos.

—Ha decidido partir esta mañana.

Traté de atajar mi sorpresa.

—¿Ha dicho a dónde iba?

—Al norte.

Incliné mi cabeza en señal de asentimiento.

Fujita Watanabe mentía.

CAPÍTULO XI

Ryusuke relató el incidente durante la cena. Parecía de buen humor. Su padre se limitó a asentir de un modo quedo. Removía la comida como si la solución a su estado fuera a surgir del cuenco que tenía enfrente y a elevarse junto al vapor que emanaba de él.

Yo, por mi parte, no dejaba de dar vueltas a la desaparición de Kai.

¿Dónde se había metido?

—¿Tú qué opinas?

La pregunta iba dirigida a mí.

Volví la cabeza hacia Watanabe, que, por un momento, había abandonado su letargo.

—¿Le habrás matado para entonces? —Ahora era Ryusuke quien me interpelaba; su forma de hacerlo escondía tanto una mofa como un desafío.

Traté de recordar algo de la conversación que padre e hijo acababan de mantener. Hasta aquel instante había sido un simple murmullo, el de un arroyo que fluye.

Un nombre acudió a mi mente: Anjin *sama*. Se trataba del marinero *nanban* al que el señor Ieyasu había nombrado *hatamoto* y que estaba al frente de los *shuinsen*, los barcos de sello rojo con los que el *shōgunato* comerciaba con los extranjeros. Al parecer, acudiría en persona a inspeccionar los trabajos para informar tanto al *Ōgosho* como al *shōgun* Hidetada. El señor Date vendría con él.

Comprendí al fin el malestar de Watanabe: no solo iba a recibir la visita del señor Date, sino que un alto representante del *shōgunato* vendría con él.

Un amigo personal de Tokugawa Ieyasu.

Me disculpé y fui a dormir.

Esperé a que la casa estuviera quieta y en silencio y salí de la habitación; si Kai había dado con algo importante, quizás hubiera decidido permanecer oculto bajo tierra. Debía cerciorarme.

Una luz brillaba en el interior de las estancias privadas del señor Watanabe. Me acerqué tratando de evitar el suelo de ruiseñor que había memorizado con el paso de los días y al llegar junto al panel de entrada escuché su voz surgir en un susurro nervioso.

—Esto debe acabar, ¿me oyes?

—La primera luna de otoño está a punto de apagarse del todo ya, padre.

—¡No podemos arriesgarnos! ¡Llevamos demasiado tiempo siendo prisioneros en nuestra propia casa!

Era una orden.

El padre, el señor, había dado la conversación por terminada.

Ryusuke se puso en pie. Pude sentir su malestar, la ira en su respiración a través de la puerta.

Siseaba como una serpiente.

Apenas tuve tiempo de retroceder, descorrer el *shōji* que quedaba a mi espalda y ocultarme. Por suerte, la estancia, destinada a las audiencias privadas, estaba vacía.

Una vez hubo desaparecido camino de sus aposentos, me asomé de nuevo. Watanabe había apagado ya la luz y se disponía a dormir.

Pasé frente al panel que daba acceso a sus estancias y, al alcanzar el exterior, alcé la vista. La luna tenía apenas el tamaño de una uña cortada.

«La primera luna de otoño está a punto de apagarse ya, padre».

No fui consciente de la lluvia hasta alcanzar la casa de té.

Las gotas eran tan débiles que parecían acunarse en la brisa que trepaba desde la bahía.

Olía a pino y a tierra mojada.

Entré, localicé la trampilla, deslicé los dedos y la abrí.

La lluvia había comenzado a filtrarse a través de la tierra haciendo que las paredes sudaran. El agua caía por la roca en minúsculos riachuelos y había comenzado a encharcar el suelo.

Caminé con cuidado de no hacer ruido.

Un leve golpeteo hizo que me detuviera. Apenas era audible, pero su cadencia me hizo sospechar.

Eché mano al cinto, pero no hallé lo que buscaba. Era la segunda vez en un día que me enfrentaba desarmado a un peligro y casi pude escuchar el gruñido de desaprobación del maestro abrirse paso por la galería.

El origen del ruido parecía hallarse tras una de las puertas con la que habíamos topado en nuestra primera incursión.

La madera estaba fría y se había hinchado por la humedad.

Apoyé la mano y empujé, pero estaba cerrada por dentro.

Cerré los nudillos y di un golpe.

Alguien contestó desde el interior.

Golpeé de nuevo. Dos veces seguidas.

La respuesta no tardó en llegar en forma de réplica exacta.

—¿Kai?

Esta vez la respuesta fue un golpe seguido de un murmullo ininteligible.

Era él.

Retrocedí unos pasos, tomé impulso y me abalancé sobre la puerta.

La superficie crujió, pero permaneció intacta.

Lo intenté de nuevo.

El quejido fue mayor esta vez: se había agrietado en alguna parte.

Palpé a tientas en busca de la herida hasta que di con ella, retrocedí un paso, asenté mi pie izquierdo en el suelo y empecé a concentrar varias patadas en aquel punto.

La madera se fracturó al fin.

Kai estaba en el suelo, las manos y los tobillos estrangulados por un pedazo de cuerda. Tenía el rostro magullado. No solo le habían golpeado con los puños, también con algún objeto romo que había dejado su silueta marcada en su frente y su sien.

Un *bokken*.

Yoshida.

Le quité la mordaza y empecé a desatarle.

—¿Qué ha pasado?

—No lo sé —gruñó—. Me atacaron por la espalda. ¡Malditos

cobardes!

—¿Quién?

—Alguien de la casa. Di con la entrada a los túneles, pero en cuanto descendí, me atacaron.

—Watanabe me dijo que te habías marchado.

—Esconden algo.

—Todo tiene que ver con la luna de otoño —dije.

Debía contarle algunas cosas más, pero primero teníamos que salir de allí. En cuanto quienquiera que estuviera detrás de todo descubriera que Kai había logrado escapar, se pondría en alerta.

—Ve al templo y espera mis instrucciones. En lo que a mí respecta, estás de camino al norte.

—Debes tener cuidado.

—No se atreverán a hacer nada contra un enviado del *daimyō* —señalé.

—¿Estás seguro?

No lo estaba. Pero debía llegar al fondo de todo y no podría hacerlo si huía.

—Watanabe ha recibido un mensaje de Sendai: el señor Date y un enviado del *shōgun* vendrán a inspeccionar el barco. No puedo fallar.

—Bastardos —gruñó Kai.

Una mueca de dolor se materializó en su rostro mientras se inspeccionaba el pómulo, probablemente fracturado, con la punta de los dedos.

—Necesito mis armas. Alguien perderá su cabeza por esto.

Al salir, la lluvia había arreciado. Las gotas eran ahora pesadas y frías y la sangre seca procedente de la cabeza de Kai descendía por su rostro.

Nos despedimos y regresé a la casa.

El murmullo del aguacero cubría el ruido de mis pasos, pero del mismo modo que me ocultaba a mí, lo hacía con el resto. No me di cuenta de que algo pasaba hasta que vi el resplandor de una antorcha preceder su llama.

—¡Aquí!

Varios samuráis acompañados de un grupo de *ashigaru* formaron un círculo a mi alrededor. Era inútil resistirse, de modo

que extendí los brazos, cerré los ojos y dejé que me prendieran.

Por un instante, todo desapareció excepto el tintineo de la lluvia sobre el acero de sus armas.

Había fracasado.

Ryusuke Watanabe penetró en el interior del círculo de hombres que me contenía… Y todo dio un giro inesperado.

—¡Este hombre y su amigo han asesinado a mi padre! —pronunció en voz alta—. ¡Lleváoslo! ¡Y traedme al otro, vivo o muerto!

El culpable mostraba su rostro al fin, por mucho que ya no pudiera hacer nada por atraparlo.

El cuerpo del difunto señor Watanabe había sido encontrado en su habitación con la cabeza separada del cuerpo, el pecho abierto en dos y las tripas derramadas.

Se habían ensañado con él.

Junto al cadáver habían hallado dos *katana* manchadas con su sangre.

Una era la mía.

La otra era la de Kai.

Nadie osó contradecir la versión de Ryusuke, elevado a nuevo cabeza de la familia a golpe de sable como tantos otros en Japón. Tampoco nadie puso en duda que los culpables hubieran decidido abandonar allí sus armas al verse sorprendidos por él en lugar de enfrentarle y matarle.

Bastaba con su palabra.

Por suerte, Kai había logrado escapar. Aunque poco podría hacer él solo contra los hombres del nuevo señor Watanabe.

Mientras me conducían hacia uno de los edificios, medité acerca de mis posibilidades. Mi única esperanza era que Ryusuke dudara acerca de la conveniencia de matarme; de hacerlo, tendría que dar muchas explicaciones, no solo al *daimyō*, sino, sobre todo, a mi padre. Pero si me dejaba con vida a la espera de que el *machi-bugyō* tomara cartas en el asunto, corría el riesgo de que todo el mundo se diera cuenta de lo endeble de su historia.

Lo más sensato era asesinarme. Pero debía hacerlo bien; usar mi propia muerte como prueba irrefutable de mi culpabilidad —quizás

un falso suicidio, pensé—: de lo contrario, la siguiente cabeza en rodar podría ser la suya.

Por un momento, la idea me aportó paz. La muerte aliviaría al fin la sensación de fracaso que me castigaba; no por haber fallado al *daimyō*, sino por haber fallado a mi padre.

Miyamoto me había acogido en su casa y se había ocupado de mí desde pequeño; me había formado como samurái en la Vía y me había adoptado legalmente señalándome como su único sucesor: si caía en desgracia, la mancha sobre su familia sería imborrable y su apellido se extinguiría con él para siempre.

El amanecer comenzó a colarse en la celda a través de algunas grietas abiertas en las tablas que formaban la pared.

Abrí los ojos y, por un instante, me sentí desubicado.

Me había pasado buena parte de la noche tratando de comprender, de buscar la pieza que aún faltaba para poder encajarla en su sitio preciso. Ryusuke Watanabe estaba detrás de todo. Su familia ocultaba un secreto que tenía que ver con la primera luna de otoño; algo tan poderoso que impulsaba al hijo a matar con la connivencia del padre y la ayuda de una joven misteriosa, quizás una sirvienta disfrazada.

Pero ¿de qué se trataba?

La visita del *daimyō* había puesto nervioso al padre, que, asustado, había ordenado a su primogénito acabar de una vez por todas con lo que fuera que les tenía prisioneros.

Le había costado la vida.

Estaba convencido de que padre e hijo habían urdido el plan de culpar al *kodama* de los recientes asesinatos; nadie se inquieta por la desaparición aislada de una muchacha, ni de dos, pero tantas muertes en pocos días son difíciles de ocultar.

Generan incertidumbre y miedo.

Demasiadas voces que callar.

El encargo de la *nao* había sido la excusa perfecta: un *kodama* furioso se oponía a los deseos del *shōgunato* asesinando sin piedad a las hijas de los hombres que habían talado el bosque. Nadie sospecharía, y tras la muerte del demonio, todo regresaría a la normalidad.

Escuché unos pasos acercarse a la puerta.
El momento había llegado.
Solo entonces, recordé algo.
Un nombre.
Sayumi.

CAPÍTULO XII

La inmediatez de la muerte lo sublima todo.

Convierte la brisa suave en tifón; el paso secreto del ciempiés en marcha de ejército y el sutil aleteo de la mariposa en el batir de alas de un águila.

En derrumbe estrepitoso la ligereza muda del copo de nieve al posarse en el suelo.

Te permite abarcar el mundo entero en una sola mirada. Su verdadera esencia. Como si conocer el hecho cierto de que estás a punto de extinguirte te otorgara un regalo final.

Vivir la totalidad en un instante.

Sayumi…

El nombre regresó a mi mente como la hoja que se posa sobre la manga del kimono en otoño; el pétalo en primavera. Retrocedí a la noche en la que, escondido en la casa de té, escuché pronunciar aquel nombre. Y lo supe: era la mujer de la que me había hablado la amiga de Reiko, la penúltima víctima.

Pero algo seguía sin encajar.

«Son dos. Pero son uno solo».

¿Acaso Ryusuke y la tal Sayumi eran la misma persona?

Yoshida caminaba detrás de mí, el *bokken* al hombro y un *ōdachi* a la espalda. Me pregunté cómo acabaría con mi vida, si a golpes de madera o a tajos; usara el instrumento de muerte que usase, de lo que sí estaba seguro era de que trataría de divertirse todo lo posible antes de acabar.

—Aquí —me indicó.

Me giré.

—Arrodíllate.

No pensaba darle esa satisfacción.

—¡De rodillas! —pronunció a la vez que me descargaba un golpe en la pierna derecha.

Hinqué la rodilla, dolorida.

Pero me alcé de nuevo.

Volvió a cargar el sable y me golpeó en la otra pierna.

Volví a caer.

Y volví a levantarme.

¿Cuánto tiempo puede el orgullo sostener en pie a un hombre?

—Podemos estar así todo el día. Tú decides.

Jugaba conmigo.

De haber querido, me las hubiera roto desde el principio. Pero buscaba probarme, saber de qué estaba hecho el crío que tenía delante; el joven samurái que había osado desafiarle.

Lo único que me separaba aún de la muerte era su crueldad y su propósito de humillarme.

Algunos hombres jamás olvidan un agravio.

El odio corre por sus venas.

Los alimenta.

Los ciega.

Alcé las manos con las muñecas atadas.

—Eres un cobarde.

La mirada que me devolvió estaba cargada de ira. Pero sus ojos se llenaron de pliegues y la risa le brotó de lo más profundo.

—Te gustaría que te desatara, ¿verdad? He matado a muchos hombres a lo largo de mi vida. Más de los que recuerdo. Hombres de todas las edades, de todas las clases y condiciones. Si aún sigo vivo es gracias a una única cosa: ser más listo que ellos. A veces, lo que separa la vida de la muerte es una mera cuestión de suerte, pero en la mayoría de ocasiones depende de tu inteligencia. Si tienes a un hombre sometido, no le des una oportunidad. Mátalo y se acabó.

Dejó el *bokken* en un árbol, se quitó el *ōdachi* de la espalda y apoyó el extremo de la vaina en el suelo.

—En Sekigahara partí un caballo en dos con él. Es un arma magnífica.

Desenvainó poco a poco para que fuera consciente de cada porción de hoja, de su *hamon* serpenteante, de su filo. No era un sable especialmente bello, pero estaba seguro de que había cumplido con su función cada vez que lo había necesitado.

—Imagínate lo que puede hacerle a un hombre.

Posó el extremo de la hoja en mi costado.

—He visto a desgraciados agonizar un buen rato con la mitad de su cuerpo segada. Aún sentirás las piernas mientras te desangras. ¡Y podrás ver tus tripas!

Su expresión era la del hermano mayor que se recorre los labios con la lengua para saborear el dulce recién arrebatado al pequeño, cruel y satisfecho por su hazaña, pero, sobre todo, por la tristeza y desamparo que observa en su rostro, por sus lágrimas de impotencia.

Alzó el sable y, justo en ese instante, me fijé.

El *bokken* había desaparecido.

Apenas fui consciente del movimiento, tan solo del sonido del hueso de su muñeca al quebrarse y del golpe seco del roble al impactar en su cabeza justo después.

Yoshida se quedó inmóvil, los ojos fijos en mí antes de desplomarse como uno de tantos árboles que su señor se había dado tanta prisa en talar.

Una vez en el suelo, observé el hueso hundido, como si la concavidad de la sien se hubiera prolongado hacia el centro de la frente.

Kai descargó un nuevo ataque sobre la parte posterior de su cráneo, que se agrietó como la arcilla de una vasija vieja proyectando su contenido en todas direcciones. Ya estaba muerto, pero quería asegurarse.

—¿Qué está pasando?

—Kyusuke ha asesinado a su padre con nuestros sables.

—El viejo lo descubrió todo y ha acabado con él. Y, de paso, hereda casa y familia —masculló—. ¡Perro!

—Sus hombres nos buscan. Debemos escondernos hasta que pueda enviar un emisario a mi padre.

Sabía que a Miyamoto le bastaría con mi palabra, pero, por mucho que me creyera, el señor Date debería mostrarse imparcial.

—¡No soy ningún maldito *rōnin*! —exclamó Kai, molesto.

A mí tampoco me gustaba la idea de tener que ocultarme como un criminal, pero el buen guerrero tiene que saber adaptarse a las circunstancias.

—¡Debemos matarle!

—Eso solo agravaría el problema —negué con la cabeza—. Antes debemos desenmascararle.

Descarté la idea del templo. Tampoco estaríamos a salvo en ninguna de las aldeas —cualquiera podía traicionarnos—. Solo se me ocurría una posibilidad: las profundidades del bosque. Necesitaba tiempo para pensar en el modo de contactar con el maestro.

Los hombres de Ryusuke tendrían todos los caminos vigilados. No es que no confiara en nuestras posibilidades a la hora de derrotar a una partida de *ashigaru*, pero no quería ponerle en alerta y darle tiempo a pensar en una estrategia mientras esperaba nuestro regreso.

No.

Debíamos burlar la vigilancia de tal modo que pensara que seguíamos atrapados en su territorio.

Dejamos la senda a un lado y avanzamos entre airadas olas de helechos agitados por el *kogarashi*. Algunos alcanzaban tal altura que formaban un muro casi impenetrable.

Contaba con que los hombres de Watanabe no se atrevieran a adentrarse en la espesura por temor al *kodama*, por eso había elegido aquella ubicación. El miedo puede ser un enemigo poderoso, pero también el mejor de los aliados.

Tras un buen rato de marcha, decidimos parar a descansar.

—Solo hay un modo de hacerlo —exclamé—: por mar.

—Te has vuelto loco. El invierno se acerca y el mar estará revuelto. Además, necesitaríamos una barca y un piloto que conociera bien estas aguas.

—La mañana que acudí a la aldea junto a la que construyen la *nao* conocí a un pescador. Estoy seguro de que nos ayudará.

—¿Y qué te hace suponer eso?

—¿Acaso se te ocurre una idea mejor?

Quizás estaba en lo cierto y confiaba demasiado en el tío de Midori, un hombre sin brazo que parecía odiar a los samuráis, lo que nos incluía a ambos. Nada le impedía denunciarnos o deshacerse de nosotros en medio de la bahía de Ishinomaki. Pero por su modo de reaccionar al saber quién era mi padre, sentí que podía confiar en él. Por mucho que pertenezcan a clases distintas, la guerra une a los hombres más dispares con lazos imposibles de quebrantar. Aunque estaba seguro de que la promesa de un generoso pago por nuestra parte ayudaría.

—¿Acaso has olvidado que ese pueblo se encuentra junto al campamento de ese maldito bastardo? Pensaba que querías pasar desapercibido, no avanzar de frente hacia el enemigo —señaló Kai de lo más serio. En su expresión, sin embargo, percibí cierta alegría: íbamos a correr directos hacia el peligro y la idea le gustaba.

Algunos hombres tratan de evitar la lucha a toda costa; otros la buscan para probarse, bien porque anhelan la muerte, bien porque desean la gloria. Estaba seguro de que él pertenecía al grupo de los segundos.

—Puedes marcharte si lo deseas. Seguramente si desapareces ahora, Ryusuke se olvidará de ti.

Se detuvo y me miró. Lo hizo de un modo franco, feroz incluso.

—Siempre acabo lo que empiezo.

En lo más profundo de mí, seguía pensando que escondía algo.

Que no era quien decía ser.

En el poco tiempo que llevaba acompañando a mi padre en sus pesquisas, había conocido a demasiados hombres oscuros; samuráis perdidos que abusaban de su posición por interés o por simple crueldad. Algunos anhelaban el período de clanes en guerra, de sangre y desolación, cuando un samurái podía mostrar su valía y prosperar con el sable; cuando los *bushi* como Miyamoto eran imprescindibles para su señor. Ahora, el futuro de Japón empezaba a descansar sobre los hombros de otros. Y aunque las clases dirigentes seguían despreciando a comerciantes, campesinos y *chōnin*, su influencia crecía día tras día. Los Tokugawa lo sabían. Por eso habían emprendido una serie de reformas que afectaban tanto a la propia estructura del gobierno, como a la organización social.

Espanté la idea.

Desde que el maestro, Ichiro y yo habíamos dado con él en aquella pequeña aldea devastada, nos había ayudado sin reservas.

Y le necesitaba.

-

El sol reinaba sobre nuestras cabezas cuando llegamos a la aldea.

Un sol de invierno, tibio y apagado.

En cuanto me detuve para tratar de recordar la ubicación exacta de la casa de Midori, me di cuenta de que temblaba. El frío había penetrado tan dentro de mí que la sangre que alimentaba mis músculos era un arroyo de agua helada.

—Es aquí.

—¿Estás seguro?

Entramos. Era la misma casa sin ventanas; el mismo hogar humilde y sin ninguna esperanza en las paredes.

—¿Midori? —susurré.

—Aquí no hay nadie —certificó Kai.

—La playa.

Torcimos por el mismo callejón por el que su tío me había conducido hasta las barcas y descubrimos al grupo de mujeres. Seguían allí, como si no se hubieran ausentado desde la última vez que las había visto; quizás arreglaban las redes para destejerlas y comenzar de nuevo mientras esperaban el regreso de sus padres y maridos.

—Espera aquí.

Si una patrulla de hombres de Kyusuke me sorprendía, no quería que ambos cayéramos en la trampa.

A medida que me acercaba, sentí el contacto rugoso de la arena entre los dedos. Llevábamos todo el día andando entre la espesura, y el soplo repentino de la brisa fue como un bálsamo.

Me detuve, cerré los ojos y dejé que resbalara por mi rostro, que humedeciera mis mejillas y me impregnara los labios de salitre. Dejé que agitara mi cabello y la acaricié con las yemas, los brazos extendidos como ramas, los dedos abiertos como hojas.

Fue apenas un instante.

Pero sentí como si una vida entera transcurriera en aquel golpe de viento.

Allí estaba, enfrascada en su trabajo.

—Busco a tu tío. ¿Sabes dónde está?

Torció el cuello y dirigió la mirada a una figura minúscula junto a una barca, al otro extremo de la playa. Una capa de nubes bajas parecía a punto de aplastarle; de achicar el cielo hasta tocar tierra y aplastarnos a todos.

No tardaría en llover.

Indiqué a Kai que se dirigiera hacia allí, pero antes de ponerme en marcha, una pregunta brotó de mis labios.

—¿Recuerdas si Reiko te dijo el nombre de su amiga secreta? Es importante.

La muchacha asintió.

—Sayumi.

Algunas de las mujeres detuvieron su quehacer, crisparon los dedos y la miraron. Percibí cierta desazón en su gesto, como si aquel nombre hubiera despertado un recuerdo que las inquietaba. Esperé por si alguna se decidía a romper el silencio, pero humillaron la cabeza y se sumieron en un mutismo forzado.

¿Quién era la tal Sayumi cuya sola mención provocaba semejante inquietud?

—Necesitamos tu ayuda.

El hombre, que amarraba la barca a la roca con una soltura que me sorprendió, compuso una mueca.

—¿Y se puede saber en qué puede ayudar un tipo como yo a dos nobles samuráis como vosotros? —respondió con sorna.

—Necesitamos que nos lleves.

Sus ojos escudriñaron el horizonte; después se aseguró de que el nudo que amarraba la cuerda estaba bien cerrado y extrajo una nueva maroma del interior de la embarcación.

—No será hoy.

—No es una petición, viejo —masculló Kai—. ¡Es una orden!

El tío de Midori le miró. Lo hizo de frente, sin rastro de miedo.

—La tormenta está a punto de descargar. Si quieres morir, hazlo tú solo. Ahí fuera no tenemos ninguna posibilidad.

Esta vez, la cuerda no obedeció a sus órdenes, pero en cuanto

hice ademán de ayudarle, se detuvo. Di un paso atrás y esperé a que terminara solo.

Era un hombre orgulloso.

—Lo único que puedo ofreceros es la hospitalidad de mi humilde casa.

Su tono se mantenía afectado, pero su oferta era sincera.

Antes de que Kai pudiera estropearlo con alguno de sus comentarios, acepté. Necesitábamos comer y un sitio donde pasar la noche, más aún si, como había señalado, iba a caer un buen aguacero.

Mientras caminábamos tras él, Kai me manifestó su enfado por haber tomado la decisión sin consultarle.

—¿Cómo sabes que no nos traicionará?

—Lo sé.

Mi respuesta no le satisfizo, pero se guardó la protesta. También tenía hambre y estaba cansado, aunque tratara de ocultarlo.

La tormenta descargó en cuanto pusimos un pie en el interior de la choza, como si los elementos hubieran decidido respetar a aquel hombre que siempre había convivido en armonía con ellos.

—Yo no me sentaría ahí —advirtió a Kai.

Decidido a demostrar a aquel viejo que siempre hacía lo que le venía en gana, se dejó caer en el suelo y, al ver que la advertencia no desembocaba en tragedia, le dedicó una mueca. Hasta que un chorro de agua helada procedente del tejado le cayó justo en la nuca.

Kai dio un respingo.

—Te lo advertí. Este tejado tiene más años que yo y ya no tengo ni tiempo, ni fuerzas, ni ganas de arreglarlo.

El hombre acabó de partir unas ramas y las echó al hogar.

Toda su vida, todas sus pertenencias se abarcaban de un simple vistazo. Me pregunté cómo podía alguien vivir con tan poco.

Nuestras miradas se cruzaron al final de mi recorrido.

—Lo importante no es tener, sino darse cuenta de que hay pocas cosas realmente necesarias —pronunció.

El pensamiento me llevó a Takeshi.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

El hombre dejó escapar un leve gruñido en señal de

asentimiento.

—¿Te dice algo el nombre de Sayumi?

—Los muertos, muertos están —respondió visiblemente incómodo.

Quizás no hablábamos de la misma persona. La Sayumi a la que yo me refería estaba viva.

—¿Quién era?

—La hija de Watanabe.

Leyó la sorpresa en mi rostro.

—¿Por qué te interesa?

—Alguien pronunció su nombre, eso es todo. Pero no puede tratarse de ella.

—¿Quién?

—Tu sobrina.

—¿Midori?

Asentí.

—Me dijo que así se llamaba la amiga secreta de Reiko.

—Tienes razón. No puede ser la misma… La hija de Watanabe murió poco después de que tuviera lugar la batalla de Sekigahara. Según cuentan, se enamoró de un samurái de paso que la cortejó en secreto. Cuando se descubrió que estaba embarazada, su padre exigió el matrimonio, pero el samurái no estaba muy dispuesto. Se dice que Ryusuke mismo lo decapitó y expuso su cabeza en la empalizada hasta que las aves no dejaron más que el hueso. Ella se sumió en un mutismo total, y cuando el bebé vino al mundo, se negó a alimentarlo. Por mucho que su padre y su hermano trataron de hacerla entrar en razón, no dejó que nadie se acercara a él. Lo mecía en sus brazos a todas horas. A los pocos días, el crío murió de hambre. Cuando se dio cuenta de que el niño ya no abría los ojos, de que ya no lloraba, se quitó la vida con él aún sujeto.

El relato me destempló.

—¿Estás seguro?

—¿De qué?

—De que se quitó la vida.

Se encogió de hombros.

—Es lo que dicen. Se ofició un funeral y nadie ha vuelto a verla desde entonces.

¿Podía ser que Sayumi Watanabe, la hermana de Ryusuke, no estuviera realmente muerta? ¿Que padre e hijo hubieran decidido ocultar que seguía viva? ¿Que la falsa amiga de Reiko fuera ella? ¿O se trataba de otra Sayumi; de una amante o una criada del mismo nombre que les ayudaba a perpetrar sus horribles crímenes por amor o dinero?

Ella era el único factor que diferenciaba el asesinato de Reiko del resto.

Una idea cruzó por mi cabeza. Estaba seguro de que a Kai no le haría ninguna gracia, pero no se me ocurría otro modo de averiguar si la tal Sayumi era en realidad la hija de Fujita Watanabe o se trataba de otra persona.

—¿Te has vuelto loco? —susurró.

—No hay otro modo.

—¿Y si incineraron a alguien en su lugar? ¿O a un animal? ¿Sabes distinguir eso?

Negué con la cabeza.

Tan solo la ausencia de cenizas nos brindaría una respuesta: si otra persona o cosa que no fuera Sayumi Watanabe yacía en su lugar, jamás lo sabríamos.

—Está bien, te acompañaré. Pero no pienso ensuciarme las manos.

-

La primera luna de otoño ya no era más que un recuerdo en un cielo cubierto de nubes.

Mientras avanzábamos por el bosque, sentí como si todos los sucesos acaecidos hasta ese instante pertenecieran a un pasado remoto, incluso ajeno.

¿Cómo estaría el maestro?

¿Qué estarían haciendo ahora mismo Ichiro y Takeshi?

Aunque Kai recelaba del tío de Midori, antes de partir hacia el cementerio de Ishinomaki le había pedido papel y tinta para informar a mi padre sobre nuestra situación y dejar testimonio de todo lo acontecido en caso de que nos pasara algo; después le había solicitado un favor personal: que partiera hacia el sur y le entregara

el mensaje en persona.

No le había dedicado una sola línea desde mi llegada, ni siquiera para interesarme por su estado; tampoco a Ichiro ni a Takeshi, y ahora lo hacía para solicitar su ayuda…

Sentí un punto de vergüenza y de remordimiento.

También habíamos requerido al tío de Midori acerca de si sabía dónde podíamos encontrar algún arma, y, para nuestra sorpresa, extrajo una *katana* y un *wakizashi* herrumbrosos de un arcón. Kai aceptó el sable corto de mala gana. Ambos sabíamos que habían pertenecido a algún samurái caído, quizás al adolescente que le había herido gravemente el brazo y al que había decapitado después sin miramientos.

Un botín de guerra.

—Eres demasiado confiado. Algún día te costará la vida —señaló Kai una vez en marcha.

—Confío en ti, ¿acaso me equivoco?

—La palabra de un samurái lo es todo; la de un campesino o un pescador no valen nada.

—Existen muchos tipos de samuráis.

Mis palabras no parecieron gustarle.

Miyamoto me había enseñado a juzgar a los hombres por sus actos, pero también me había advertido de que las palabras que empleamos al hablar revelan nuestra condición más íntima. A veces sin darnos cuenta.

—Algún día —añadí— no seremos más que un recuerdo, ¿sabes? Rocas vencidas y cubiertas por el musgo.

—¿A qué te refieres?

—A nosotros. Los samuráis. Nada dura eternamente.

Un relámpago iluminó el bosque descubriendo un ejército de troncos formados para la batalla a nuestro alrededor. La lluvia no tardó en hacer acto de presencia, tan copiosa que lo anegó todo en un instante.

El cementerio estaba desierto.

A nadie se le ocurriría acudir allí de noche, menos aún en medio de aquella tormenta. El sonido del agua contra el suelo era atronador, y las estelas y linternas de piedra apenas eran visibles a pocos pasos.

Estaba seguro de que la familia Watanabe gozaba de un lugar privilegiado, así que buscamos un pequeño templo, un *tori* o algún otro tipo de construcción que identificara dónde reposaban sus antepasados.

No nos costó mucho encontrarlo.

Allí estaba.

Una sencilla estela con el nombre labrado.

Sayumi Watanabe.

—¿Estás seguro? —señaló Kai.

Traté de desplazar la piedra que cerraba el nicho yo solo, pero ni siquiera se movió, de modo que alcé la vista en busca de ayuda. No se sentía cómodo. Su rostro reflejaba el rechazo por formar parte de aquel acto que consideraba indigno de alguien como él; era la primera vez que profanaba una tumba —a decir verdad, también era la mía— y temía los tormentos futuros que pudiera provocarle.

Pero tras unos instantes de duda, se arrodilló, desenvainó el *wakizashi* y deslizó el filo bajo la piedra. Lo hizo con mucho cuidado, no tanto por no mellar el acero, ya bastante castigado, como por no dañar la última morada de otro ser humano.

Tras un par de intentos, la piedra cedió.

Al ver la urna en el interior, sentí un escalofrío.

—¡Vamos, hazlo ya! —me apremió.

Quería que todo terminara cuanto antes, marcharse de aquel lugar y borrar lo sucedido de su mente.

Quizás no lo consiguiera nunca.

Probablemente yo tampoco.

Abrí la tapa.

¡El recipiente estaba vacío!

Mis ojos descubrieron entonces otra estela, más pequeña y separada del resto.

Debía de tratarse de la tumba de su hijo; un inocente que había venido a este mundo solo para sufrir la locura de su madre.

Ningún *kanji* revelaba su nombre.

Kai me miró. Sus ojos estaban airados; su rostro, serio; sus mandíbulas, apretadas. Negó enérgico con la cabeza. Se trataba del cadáver de un niño que lo único que había hecho en vida era sufrir.

No teníamos razones para sospechar que no hubiera muerto.

Ninguno de los dos hubiera soportado abrir aquella tumba.

La alborada comenzó a abrirse paso entre las ramas de los árboles; debíamos darnos prisa si no queríamos que algún visitante madrugador nos sorprendiera y diera la voz de alarma.

Coloqué la urna en su sitio y, con la ayuda de Kai, volví a depositar la losa encima: solo alguien que buscara la herida del acero en la roca podría darse cuenta de lo sucedido.

—¿Por qué simularían su muerte?

Me encogí de hombros.

—Lo que es seguro es que ha colaborado en al menos uno de los crímenes de su hermano.

Kyusuke la había usado de cebo. Se había encaprichado de Reiko, pero la muchacha buscaba una amiga, no un amante, de modo que había decidido probar suerte con su hermana.

Lo que aún no alcanzaba a comprender era el motivo por el que Fujita Watanabe había decidido simular la muerte de su hija; quizás fuera por simple vergüenza o para protegerla de ser la loca que había matado de hambre a su hijo a ojos de todo el mundo el resto de sus días.

Recordé la discusión entre padre e hijo. Ese había sido el detonante: Kyusuke había decidido exponer a la hermana para satisfacer su capricho y el padre había dicho basta.

—Si sigue viva, debe de estar oculta en algún lugar de la casa —señaló Kai.

Los túneles.

Tenía que estar allí.

Sayumi Watanabe era el único testigo vivo de las atrocidades de su hermano, y aunque la historia que nos había contado el tío de Midori haría dudar a cualquiera de su valor como declarante, también la liberaba de toda responsabilidad.

Había sido un simple juguete.

Otra víctima.

Que estuviera viva, sin embargo, podía jugar a nuestro favor. Kyusuke era consciente de que, llegado el momento, nadie en su sano juicio la creería, pero si desaparecía de repente, quizás se pusiera nervioso y cometiera un error.

A veces, la verdad más simple, la más reveladora, brota de los labios del loco.

Decidí compartir mi idea con Kai.

—Estás tan loco como ella.

—Creo recordar que fuiste tú quien propuso asaltar la residencia y acabar con Ryusuke allí mismo.

Kai dejó escapar una carcajada.

—¡Eres un hombre peligroso, Aki Tsunetomo!

La empresa no sería nada sencilla, pero era nuestra mejor baza: dar con ella, llevárnosla y esperar a que llegara la ayuda. Y todo sin que el pequeño ejército del nuevo señor Watanabe diera con nosotros.

Nuestra única ventaja era que no nos esperaban: ¿quién iba a estar tan loco para hacer algo así?

CAPÍTULO XIII

La cabaña estaba vacía.

El tío de Midori había cumplido su palabra y navegaba en busca de Miyamoto. Me aferré a esa esperanza, pero, por su expresión, supe que Kai pensaba lo contrario; que el viejo navegaba en dirección a Ishinomaki para vendernos.

Daba igual.

De estar en lo cierto, mientras ellos vinieran hacia aquí, nosotros estaríamos camino de la mansión, de modo que, nos hubiera traicionado o no, obtendríamos una ventaja: si el grueso de las fuerzas de Kyusuke marchaba sobre el poblado, nos sería más fácil asaltar la casa.

Debíamos planear bien el ataque. Yo optaba por una incursión nocturna discreta; Kai, en cambio, era partidario de dejarse ver para transmitir un mensaje claro: no te tenemos miedo.

Lo que más me preocupaba no era la acción en sí, sino qué haríamos después; si la ayuda no llegaba a tiempo, estaríamos solos y cargaríamos con una mujer trastornada.

Nuestra única prueba de cargo.

Tampoco sabía con quién podríamos contar en caso de que el tío de Midori cumpliera con su parte; lo más probable era que el maestro no estuviera aún recuperado del todo, y aunque Takeshi e Ichiro fueran dos guerreros temibles, sin el respaldo de los hombres del señor Date, las cosas podían ponerse muy feas.

—Accederemos por ambos extremos. Tú conoces la entrada secreta por la residencia, yo usaré la de la casa de té.

—¿Y si no está allí?

—Estará —afirmé.

—¿Y después? No podemos regresar aquí. Es demasiado peligroso.

Tenía razón; si nos atacaban por varios flancos, quedaríamos atrapados con el mar a nuestra espalda. Tomé parte del papel que había usado para escribir a Miyamoto y dibujé un mapa en el que indicaba la situación de la residencia, el camino que conducía hacia el pequeño templo de Izanami y el sendero que se adentraba en el bosque desde allí.

—Este es nuestro destino —señalé posando el dedo sobre el punto donde me había entrevistado con el *kodama*—. En caso de que algo suceda, nos reuniremos aquí.

Kai memorizó cada uno de mis trazos y arrojó el papel al fuego.

—Descansa —señaló a continuación—. Yo haré la primera guardia.

Busqué un sitio en el que tumbarme y cerré los ojos.

El sueño me venció casi de inmediato.

Mientras me adentraba en el bosque, me pareció escuchar el sonido de decenas de *bokken* cruzándose, pero no era más que el viento que, al soplar, provocaba que las copas de los árboles se enredaran haciendo chocar sus ramas.

Avancé hasta el claro que había visto en mi primera incursión y en el que reposaban decenas de troncos a la espera de ser transportados hasta la *nao*.

«Debes tener cuidado, Aki».

Era la voz de Kumico.

«Nada es lo que parece».

Esta vez se trataba de una voz masculina.

Era la voz de mi padre…

Me advertía de nuevo sobre algún peligro inminente, tal y como había hecho hacía unos meses. Debía estar alerta.

—Despierta, es tu turno.

Abrí los ojos.

Kai estaba inclinado sobre mí. Su rostro reflejaba inquietud.

—Hablabas en sueños —señaló.

Me puse en pie, agarré el sable y salí de la cabaña sin decir nada.

El sol me obligó a entornar los ojos y protegerlos con el dorso de

la mano. Era ya casi la hora del caballo.

Todo estaba tranquilo.

Imaginé a las mujeres de la aldea reunidas en torno a las redes; no había mucho más que pudieran hacer: fuerzas ajenas a su voluntad se habían llevado a sus maridos; fuerzas cuyas intenciones no debían cuestionar, solo obedecer.

En cuanto acabara mi guardia, deberíamos prepararnos.

La idea era iniciar el asalto a la hora de la rata.

Mientras esperaba bajo un alero de la choza, calibré nuestras posibilidades. Ryusuke estaba a apenas unos *ken*. Había decidido permanecer en el campamento para que sus hombres supieran que capturar a los asesinos de su padre era su prioridad; solo así se ganaría su respeto y ocultaría su crimen, de modo que todo dependía del número de efectivos que hubiera decidido dejar de guardia en la mansión. También de si, en su estrategia, había tenido en cuenta todos nuestros posibles movimientos.

De si nos había subestimado.

Unas voces interrumpieron mi cavilación.

Se trataba de una partida formada por cuatro hombres, un samurái y tres *ashigaru* armados.

Se acercaban a la casa por el camino procedente de la playa.

El samurái, un tipo bajito y de rostro desagradable, llevaba la voz cantante. Presumía de sus artes amatorias tras su encuentro con una *yuujo*, probablemente una niña vendida por sus padres para paliar su miseria.

Aunque Miyamoto jamás me había hablado de ello, corrían historias. Historias del *mundo flotante* que a Ichiro y a mí nos fascinaban y asqueaban por igual. Relatos de Shimawara en Kioto, de Shimmachi en Osaka, de Yoshiwara en Edo. De niñas truncadas, esclavizadas, sometidas a la voluntad de sus amos, a los caprichos de sus clientes.

Mientras decidía cómo proceder, sentí una presencia a mi espalda.

Kai.

No había hecho falta que le despertara.

—Si los matamos, les echarán de menos —dije.

—Ya estaremos lejos para entonces —contestó.

Su humor y su sable siempre parecían sedientos de sangre.

—Además, aquí no hay donde esconderse.

—Quizás pasen de largo.

Kai me miró. Su boca se ladeó pero sus ojos no sonrieron.

—Yo me encargo del samurái y del de la derecha, tú de los otros dos.

Las voces eran cada vez más audibles, de modo que nos parapetamos tras la pared trasera.

—¡Al quitarme el *fundoshi*, la pobre puso cara de susto! ¡No había visto nada igual en su vida! —se jactaba el samurái—. ¡Pero en cuanto se puso a ello, valía cada moneda, os lo aseguro!

Los hombres que le acompañaban rieron a carcajadas.

Imaginé la escena y se me revolvió el estómago.

—¡Eres todo un amante, Seizō! —estalló uno colocándose la lanza entre las piernas a modo de sexo erecto.

Todos rieron de nuevo.

—Vaya, vaya, Seizō… ¿Por qué no nos enseñas ese portento que tienes ahí?

Era la voz de Kai.

Había abandonado nuestro escondite sin consultarme y se alzaba frente a ellos con el *wakizashi* envainado al hombro.

El grupo se detuvo en seco y las voces callaron.

—¿Quién eres?

—Alguien que siente curiosidad por tu hombría —respondió.

—¡Es uno de los asesinos del señor Watanabe! —soltó uno de los *ashigaru* poniéndose en guardia.

—¿Es eso cierto? Pues no me parece gran cosa —deslizó el tal Seizō.

—Nosotros no matamos a vuestro señor, fue su hijo —pronuncié entonces a su espalda.

Los dos hombres más cercanos a mí dieron la vuelta y me apuntaron con sus *yari*. El tal Seizō, sin embargo, se limitó a girar la cabeza sin mucho interés; a pesar de que sus enemigos se acababan de duplicar, no parecía muy asustado.

Confiaba demasiado en sus habilidades.

—¡Mientes! —fue lo único que dijo.

—Aquí el único que miente eres tú —dejó caer Kai—. En todo —añadió colocándose el sable corto entre las piernas.

El samurái enrojeció de rabia y desenvainó.

—¡Voy a derramar tus tripas y me sentaré a ver cómo te retuerces de dolor hasta morir, maldito *rōnin*!

Y acto seguido se lanzó contra él.

Torpe.

El muy imbécil estaba muerto antes de darse cuenta.

Su corte vertical encontró el vacío; al mirar hacia abajo, descubrió que las tripas que se acababan de desparramar sobre la tierra eran las suyas.

«Jamás pelees con rabia, Aki. El enemigo tratará de desestabilizarte con sus palabras y sus gestos. Desestabilízale tú a él manteniéndote hierático, frío y firme», me había repetido cien veces Miyamoto. «El odio puede dotarte de valor y fuerza física por un instante, pero te hace más débil».

Los *ashigaru* se reagruparon de inmediato.

Desenvainé.

Si permanecían juntos, no sería fácil penetrar su defensa. Muchos de aquellos hombres sabían luchar bien, y lo hacían a su modo, sin etiquetas.

Kai recogió la *katana* de su jefe vencido, le arrebató la vaina de la cintura, se la ciñó, limpió el acero de su *wakizashi* sobre el cadáver, lo enfundó y lo colocó junto a la *saya* recién adquirida. Después lanzó varios cortes al aire para hacerse con el peso y la longitud de la hoja del sable de Seizō.

—Un sable tosco para un samurái tosco —gruñó—. Muy bien, ¿quién será el siguiente?

Ninguno rompió la formación; sabían que si permanecían unidos, tendrían alguna posibilidad, pero que de optar por matarnos de uno en uno, morirían sin remedio.

Kai dio un paso en su dirección y cerraron filas.

Decidí cambiar de estrategia.

Envainé y avancé hacia ellos con los brazos caídos. Al intuir mi movimiento, giraron un par de pasos sobre un eje imaginario.

Kai supo lo que pasaba por mi cabeza; me había visto enfrentarme al asesino de Dairokuro sin ningún sable y sabía de lo que era capaz. «En ocasiones, blandir un arma puede ser una desventaja; te aferras a ella, lo cual determina tu estrategia y la reduce a cortes, bloqueos y acometidas».

Los dos *ashigaru* que tenía ahora frente a mí alargaron los brazos para certificar el rango de alcance de sus lanzas justo en el instante en el que Kai iniciaba el avance desde su otro flanco.

El triángulo giró de nuevo sobre sí mismo.

A medida que nos acercábamos, unos y otros trataban de que un compañero les secundara.

—Tres —pronunció Kai—. Un mal número.

El que ahora tenía frente a mí decidió que conmigo tendría una oportunidad; había visto a Kai despachar a su jefe y yo le parecía mejor opción.

Anunció su carga con un grito para infundirse valor.

Desplacé mi cuerpo hacia la derecha dejando que la punta de su acero fallara el objetivo, agarré el asta con fuerza y tiré de ella aprovechando su impulso.

En cuanto se vio desarmado, trató de apartarse de mí golpeando su espalda contra la de sus compañeros.

—Vamos a podar el árbol… —pronunció Kai entonces.

Fintó y decapitó el *yari* del primer hombre de un solo golpe. El *ashigaru* observó lo que quedaba de su lanza y, presa del pánico, trató de arrebatar la de su compañero.

Entre los tres estalló una trifulca tan enconada que ninguno fue consciente de cada uno de los cortes que les segó la vida. De hecho, el último en caer llevaba un sable corto cruzado al cinto, pero ni siquiera hizo intención de desenvainar; o había olvidado por completo que lo llevaba o era consciente de que no le iba a servir de nada.

—Si hubieran permanecido juntos, habrían tenido una oportunidad —sentenció Kai.

—El primer instinto de todo hombre es sobrevivir —respondí.

Arrastramos los cuerpos hasta el interior de la cabaña y cubrimos la sangre derramada con tierra. Ahora disponíamos de dos

yari, dos sables y dos *wakizashi*. No había sido tan mala idea.

—¿Qué miras?

—Ese parece de tu tamaño, ¿no?

—¿Y por qué no puedo ser el samurái?

—Los *ashigaru* pasan más inadvertidos —señalé—. Los *jingasa* nos ayudarán a ocultar el rostro.

Desnudamos a dos de ellos y nos pusimos sus corazas.

Los petos apestaban a sudor y a sangre.

—En cuanto todo esto acabe, pienso darme un buen baño —protestó Kai.

-

La niebla emanó de la tierra y el mar y cubrió los campos y los bosques a medida que la noche se imponía.

Nuestro atuendo nos había permitido transitar los caminos sin necesidad de escondernos. Pensé acerca de lo rápido que cambian las cosas en la vida: hacía apenas unos días había recorrido esos mismos senderos como enviado del *daimyō* y ahora no era más que un maldito asesino al que buscaban las fuerzas del mismo señor en la región.

Todo había cambiado, por mucho que yo siguiera siendo el mismo hombre.

Observamos la empalizada que protegía la residencia. Dos hombres vigilaban la entrada principal y un pequeño grupo de seis se arremolinaba en torno a una hoguera en el patio, todos *ashigaru*. Estaba seguro de que Kyusuke había dejado también a algunos samuráis al cuidado de la casa; lo más probable era que estuvieran en el interior, a resguardo del frío. La casa de té, no obstante, carecía de vigilancia.

—Debemos asegurarnos de cuántos son.

—Me da igual —espetó Kai—. Acabaré con quien se me ponga por delante.

—Confías demasiado en tu acero.

—No hay nada más.

Nadie esperaba nuestra llegada. Nos hacían escondidos en alguna aldea o en el bosque como presas asustadas.

Nos quitamos las corazas, nos ceñimos las armas cortas y dejamos las lanzas junto a un árbol: no nos serían de ninguna utilidad ni en el interior de la casa ni en los túneles.

En la última mirada que nos dirigimos, supe que Kai no atendería a mis órdenes. Parecía tener algo que demostrar. En aquel instante tuve la certeza de que fuera lo que fuese lo que escondía, tenía que ver conmigo y con mi mundo de algún modo. Aún no sabía de qué se trataba, pero estaba seguro de que, llegado el momento, todo sería desvelado.

Nos dirigimos a la parte trasera de la empalizada y trepamos hasta el interior.

Desde nuestra posición podía escuchar las voces y las risas de los hombres de Kyusuke. Aunque estaban en alerta, para ellos era una noche de guardia más. Nadie esperaba que los dos hombres a los que su señor quería muertos fueran a asaltar la casa.

Kai desapareció camino de la residencia y yo me dirigí hacia la casa de té. Nada más alcanzar el panel de entrada, me deslicé en el interior, localicé el tatami que escondía la trampilla y descendí por la escalera.

Mis ojos llevaban un rato acostumbrados a la noche sin luna, de modo que, en esta ocasión, me fue algo más fácil avanzar en la oscuridad.

Todo estaba en silencio.

Sentí cierta inquietud.

Un ruido llegó hasta mí conducido por las paredes. Al sonido le siguió el resplandor de una linterna casi de inmediato. Alguien avanzaba en mi dirección; a juzgar por la cadencia de sus pasos, cortos y apresurados, se trataba de una mujer.

Sayumi.

Pero los pasos callaron y la luz se extinguió de repente.

¿Dónde se había metido?

El pasadizo dibujaba una curva algo más abrupta que el resto y se perdía en la oscuridad. Avancé con la mano pegada a la pared y decenas de gotas de humedad cuajaron en mi palma.

A medio camino, olí el aroma a magnolio.

Era reciente.

Al alcanzar el final de la galería, topé con unos escalones toscos

que ascendían. Aquel debía de ser el acceso secreto a la residencia.

Estaba seguro de que, en cuanto Kai había irrumpido en la casa, la hermana de Kyusuke había corrido hacia la puerta secreta para esconderse.

Ascendí justo a tiempo para escuchar un nuevo juego de pasos que se apresuraban en mi dirección.

—¿Kai?

La puerta se abrió de golpe y me hizo perder el equilibrio. Rodé escalones abajo y, una vez en el suelo, me palpé en busca de alguna herida o hueso roto.

Por suerte, estaba intacto.

Miré hacia arriba y descubrí la silueta de un hombre. Parecía observarme inmóvil desde lo alto.

Era uno de los samuráis de Watanabe.

Su respiración era agitada y la punta de su sable apuntaba hacia el suelo.

¿Dónde estaba Kai? ¿Acaso había caído?

El hombre dejó escapar entonces una especie de extraño gorgeo, hincó las rodillas y se precipitó hacia mí.

Repté a un lado para evitar que me cayera encima y su cuerpo golpeó el suelo como uno de los rollos de tela del padre de Ichiro.

Una terrible herida le había partido la cara desde la frente hasta el mentón. La piel estaba desprendida hacia los lados como si fuera una careta.

Estaba muerto.

Al regresar la vista arriba, otra figura se alzaba en su lugar.

¡Era Kai!

Cerró la puerta y descendió.

Su acero goteaba sangre, y no pertenecía solo al hombre que yacía a mi lado.

—¿Has dado con ella?

Negué con la cabeza.

—Está aquí. Lo sé. Pero ha desaparecido en mitad de la nada —señalé—. Debe de haber otra entrada oculta.

Kai observó al samurái caído con desprecio. No parecía sentir ningún tipo de respeto por su enemigo.

—No he dado con nuestras armas. Ese maldito perro debe de

llevarlas encima.

Recorrimos las paredes palmo a palmo tratando de descubrir algún cambio en la rugosidad de la roca, una hendidura, algo que delatara la presencia de un resorte, una junta o un mecanismo oculto.

—¿Nada?

Empecé a dudar de mí mismo. ¿Acaso me lo había imaginado?

El tiempo corría en nuestra contra.

Estaba seguro de que en cuanto se habían percatado del asalto, los hombres de Kyusuke habían enviado un mensajero al campamento para solicitar ayuda. Si sus fuerzas nos rodeaban, nuestra única salida sería morir cobrándonos el mayor número de vidas a cambio de las nuestras.

Entonces, sucedió.

Un chasquido.

Nos giramos con las armas empuñadas.

De una de las paredes emanaba un rayo de luz tan estrecho como el filo de una *katana*. Recorría un trozo de pared y de suelo y moría justo a nuestros pies.

Era una puerta.

Deslicé la punta del *wakizashi* en la hendidura e hice palanca. La pared se abrió sin apenas esfuerzo. Quien hubiera ideado aquel ingenio no solo había conseguido ocultarlo de un modo efectivo, sino que lo había hecho liviano y funcional: un panel de roca que, en caso de desconocer su ubicación exacta, pasaba completamente desapercibido.

Alguien lo había abierto desde dentro.

¿Pero quién?

¿Acaso había sido la propia Sayumi?

No sabíamos qué podía esperarnos en el interior, debíamos extremar la precaución.

Un fuerte olor me golpeó al entrar. Me cubrí el rostro en un intento vano por protegerme, pero fue del todo inútil.

Lo conocía bien.

Olía a sangre.

A carne muerta.

En el centro de la estancia había una mesa baja. Al acercarme,

pude distinguir las cuerdas, una anudada a cada extremo. No había duda: estábamos en la guarida del monstruo. La cámara de tortura de Kyusuke Watanabe.

Las vidas de varias muchachas se habían extinguido para siempre entre aquellas cuatro paredes. Sus gritos, su llanto, sus súplicas habían golpeado inútilmente la roca tratando de escapar, de llegar a oídos de alguien, de una ayuda que jamás llegaría.

Recorrí la superficie de madera pulida con la mano y pude sentir su miedo.

Su desesperación.

Su sufrimiento.

Su agonía.

Solo el hombre es capaz de tanta crueldad.

De matar por placer.

Kai llamó mi atención. Sus ojos estaban fijos en un punto situado al otro extremo de la estancia. Era la boca de un nuevo túnel, algo más estrecho que el resto, del que parecía proceder una tonadilla apenas audible.

El nuevo corredor moría en un *shōji*.

La luz se filtraba a través de sus paneles de papel acompañando la dulce melodía.

En cuanto comenzamos a avanzar, Kai se detuvo y me miró consternado. La cicatriz de mi rostro había comenzado a abrirse y a teñir las paredes de un azul intenso.

—¿Qué está pasando?

—¡Debemos irnos! —grité.

—¿Irnos? ¿De qué hablas?

Eché mano a la empuñadura del *wakizashi*, pero enseguida recordé que era inútil. No era mi arma.

La canción cesó y el panel comenzó a abrirse.

—¡Vámonos!

Tiré de la manga de su kimono, pero su cuerpo se resistió. No se resignaba a abandonar. No estando tan cerca.

—¿No te das cuenta? —dije en un último esfuerzo—. ¡Es un *yōkai*!

CAPÍTULO XIV

lcanzamos la linde del bosque sin oposición. Los hombres de Watanabe habían formado un perímetro alrededor de la residencia principal a la espera de que los asaltantes salieran por alguna de sus puertas, pero nadie vigilaba la casa de té, probablemente desconocedores del secreto que escondía.

—¿Vas a contarme qué ha sucedido ahí dentro?

Aún estaba conmocionado. El dolor había remitido, pero me faltaba el aire.

Me había equivocado.

Me había equivocado del todo.

Un error que nos podía haber costado la vida.

Las palabras del tío de Midori acudieron claras a mi mente:

«Según cuentan, se enamoró de un samurái de paso que la cortejó en secreto. Cuando se descubrió que estaba embarazada, su padre exigió el matrimonio, pero, al parecer, el samurái no estaba muy dispuesto. Se dice que Ryusuke mismo lo decapitó y expuso su cabeza en la empalizada hasta que las aves no dejaron más que el hueso. Ella se sumió en un mutismo total, y cuando el bebé vino al mundo, se negó a alimentarlo. Por mucho que su padre y su hermano trataron de hacerla entrar en razón, no dejó que nadie se acercara a él. Lo mecía en sus brazos a todas horas. A los pocos días, el crío murió de hambre. Cuando se dio cuenta de lo que había hecho, de que el niño ya no abría los ojos, de que ya no lloraba, de que estaba frío, dicen que se quitó la vida con él aún sujeto».

¡Sayumi Watanabe era una *Futa-kuchi-onna*!

Una mujer de dos bocas.

¿Cómo no me había dado cuenta?

Kai seguía sin entender lo que había pasado. Estaba seguro de que, como todo japonés, había oído numerosas historias de fantasmas y demonios, tanto como lo estaba de que jamás había visto ninguno con sus propios ojos, y, mucho menos aún, se había enfrentado a él.

—Presa de su locura, Sayumi Watanabe dejó de alimentar a su hijo. Era a la vez el fruto de su amor y un recordatorio constante de su vergüenza, y no pudo soportarlo —señalé—. A veces, el espíritu maldito de esos niños toma posesión de su madre y se instala en su nuca en forma de una nueva boca que ella debe alimentar a demanda.

Todo cobraba sentido al fin: las marcas de mordisco que había observado en los cuerpos, aquella crueldad sin motivo…

Tras convertirse en un *yōkai*, padre e hijo habían decidido simular la muerte de Sayumi y alimentar a su demonio cada luna de otoño. Pero su voracidad había crecido hasta tal extremo que Fujita Watanabe había decidido ponerle fin. Kyusuke, el hermano, el cómplice que se encargaba de proporcionarle a las chicas para que saciara las acometidas de la bestia, sin embargo, había decidido que el amor por la hermana maldita era superior al que sentía por su padre.

Por eso le había asesinado.

Las palabras del *kodama* cobraron sentido al fin.

«Son dos, pero son uno solo».

—¿Quieres decir entonces que está muerta?

Negué con la cabeza:

—Sigue viva, pero cada vez que su hijo despierta y quiere alimentarse, la posee.

—¡Entonces deberíamos haber acabado con ella allí mismo!

—Hubiéramos muerto los dos. El único modo de matar a un *yōkai* es decapitándolo con un acero especial. Debo recuperar mis sables.

Sin ellos, estaba perdido.

Kyusuke Watanabe poseía las únicas dos armas capaces de acabar con su hermana; mientras estuvieran en su poder, estaba a

salvo.

—¡Fue él quien envió al asesino que intentó acabar con la vida del maestro! —exclamé entonces.

Todo adquiría sentido al fin. Conocedor de nuestra visita, había contratado a un *shinobi* para acabar con él y eliminar así la única amenaza que podía acabar con la existencia de su hermana. Estaba seguro. Tanto como que el difunto señor Watanabe se hubiera atrevido a formar parte de la conspiración; aún se regía por las viejas normas, y recurrir a un asesino para acabar de aquel modo con uno de los hombres más relevantes del clan suponía para él un deshonor demasiado grande. Kyusuke, en cambio, era producto de una nueva era. Su deseo de mantener su posición y su egoísmo eran un claro ejemplo de la nueva generación de *bushi* que, sabedores de que ya no iban a poder obtener beneficios para ellos y los suyos en el campo de batalla, había decidido optar por otras vías.

Fuera como fuese, había cometido un error: no había contado conmigo. Con que el maestro había preparado a un discípulo para que le sustituyera en su labor cuando no estuviera. Con que ese discípulo tuviera sus propios sables. Estaba seguro de que había inspeccionado mi habitación en alguna de mis ausencias y, de algún modo, intuido la naturaleza especial de su acero. Quizás su propia hermana le había advertido de ello.

—¿Qué hacemos ahora?

—Esperar.

—¿A que den con nosotros y nos maten como a perros?

—A la llegada de mi maestro.

—Confías demasiado en que el viejo cumplirá con su palabra. Además, es probable que ya estemos muertos para entonces.

—¿Y qué sugieres?

—Ir hasta allí, acabar con él, recuperar tus sables y matar a ese maldito demonio.

—No volverá a cometer dos veces el mismo error.

—No temo a la muerte.

—Deberías. La vida es el bien más preciado que tenemos; si la pierdes inútilmente, lo pierdes todo: la mujer que amarás, los hijos que tendrás…; todo lo que te espera en el futuro desaparecerá para siempre.

—El destino de todo samurái es morir. Esa es la Vía. Para eso nacemos.

—Te equivocas: la obligación de un samurái es la de servir, y si nuestra muerte es inútil, no servirá de nada a nadie.

—¡Al menos moriré con honor!

Honor.

Rectitud.

Gloria.

Por mi mente desfilaron los rostros de todos aquellos a los que había visto agonizar.

—No hay gloria en el rostro de quien sabe que está a punto de cruzar el Sanzu y trata de retener su último aliento a toda costa, te lo aseguro —pronuncié—. Lo único que desea en ese instante es vivir. Esa es la única realidad.

-

Mientras Kai realizaba la primera guardia, escuchamos el crujir de una rama.

Abrí los ojos justo a tiempo de anticipar su mano a punto de posarse sobre mi hombro.

—*Ashigaru*. Cinco. Un samurái —susurró.

Avanzaban desplegados hacia nosotros.

Habíamos recuperado las armaduras, los *yari* y los sables, de modo que estábamos bien pertrechados.

No querían verse delatados por la luz de una linterna, de modo que, a pesar de conocer el terreno mejor que nosotros, se movían despacio.

La oscuridad era total.

—Reconozco al samurái. Es uno de los que estaba en la mansión —señaló—. Es importante que Kyusuke crea que seguimos allí. Debemos matarlos a todos.

Empezaba a estar cansado de tanta sangre. No era la primera vez que mataba a un hombre, tampoco la segunda. Pero conforme iba quitando vidas, mi hastío aumentaba. No es que no tuviera ganas de acabar con Kyusuke Watanabe —algunos hombres están mejor muertos—, pero el precio era cada vez más alto.

Aquellos *ashigaru*, incluso el samurái que les capitaneaba, se limitaban a obedecer órdenes. A hacer lo que les habían enseñado desde su llegada a este mundo. No eran distintos a nosotros. Todos éramos piezas prescindibles de una partida de Go jugada por hombres a quienes no les importaba si vivíamos y moríamos.

—Hemos amenazado lo que más quiere en este mundo —continuó Kai—. En cuanto le informen de lo sucedido, marchará hacia la casa con todos sus hombres. Eso nos dará tiempo para hacernos con su otro punto débil…

—La *nao* —brotó casi sin querer de mis labios.

Su mirada me confirmó que estaba en lo cierto.

—Su futuro depende de ella. No se atreverá a destruirla, y dos hombres solos pueden hacerse fuertes durante unas horas en ella. Es irónico…

—¿El qué?

—Todo está en manos de ese maldito viejo ahora —sonrió—. Esperemos que haya cumplido y tu maestro llegue a tiempo.

—Lo hará.

Caímos sobre ellos sin que se dieran cuenta. Tan solo uno de los *ashigaru*, algo más hábil que sus compañeros en el manejo de la lanza, opuso cierta resistencia.

Solo le sirvió para que Kai se ensañara con él.

Al finalizar la escaramuza nos dimos cuenta de que el samurái yacía en el suelo con un soplo de vida. Kai le había abierto un herida profunda en la base del cuello que dejaba ver la clavícula. Aún en esas circunstancias, se aferraba a su *katana*.

Kai se arrodilló a su lado.

El samurái trató de defenderse, pero era inútil.

Su corazón bombeaba sus últimas gotas de sangre.

—¡Hazlo ya! —le apremié.

Mientras le colocaba la punta de su sable sobre el corazón, observé la expresión de su rostro.

No estaba satisfecho.

No hay honor ni gloria en la muerte.

CAPÍTULO XV

El primer error de Kyusuke Watanabe había sido dejarse llevar por la ira; el segundo, no haberse detenido a analizar la situación para tratar de anticipar nuestros movimientos; el tercero, subestimarnos.

El campamento estaba desguarnecido salvo por un par de centinelas.

Dos hombres solos. Relajados. Somnolientos.

En cuanto había recibido la noticia de lo sucedido, Kyusuke había partido hacia la mansión con el grueso de sus fuerzas. Unos 40 hombres.

Quería aplastarnos.

Ninguno de los dos *ashigaru* opuso resistencia. No tenía sentido matarlos, de modo que los atamos y nos hicimos con sus *yari* y con un arco y un puñado de flechas. Después nos dirigimos hacia la *nao*.

Los trabajadores se habían hacinado en el barracón sin saber qué hacer. Discutían la situación en corros. En cuanto me vieron entrar, el murmullo reinante se extinguió.

—Me llamo Aki Tsunetomo, hijo de Miyamoto Tsunetomo, Investigador de Asuntos Especiales del señor Date. Vuestro señor os concede tres días de descanso para que acudáis a vuestros hogares. Id a ver a vuestras mujeres y a vuestros hijos y disfrutad de ellos.

Se miraron entre sí. Nadie se atrevía a dar el primer paso; no sabían hasta qué punto podían fiarse de mí.

—¿Acaso no me reconoces? —dije en dirección al que había salvado de la ira de Yoshida tras el pequeño incendio que se había

declarado en el barco días atrás—. ¡Marchaos!

No eran más que tristes esqueletos cubiertos por un manto de piel sucia.

Tenían miedo.

Los Watanabe les habían sometido a un férreo régimen de esclavitud y de terror durante meses. Un terror que emanaba de un modo directo de las exigencias del señor Date; del propio *shōgun*.

—¡No le habéis oído! —vociferó Kai echando mano a la empuñadura del sable—. ¡Marchaos o moriréis!

Sentí una profunda desazón.

Era el único idioma que parecían entender.

Los primeros hombres se pusieron en pie y se dirigieron a la salida. En cuanto el resto les escuchó prorrumpir en vítores de júbilo, decidieron secundarles.

Tras asegurarnos de que no quedaba ninguno, nos dirigimos a una de las escaleras apoyadas en el lomo de la embarcación y alcanzamos la cubierta superior. Una vez arriba, la rompimos y la arrojamos al suelo, al igual que el resto.

Habíamos decidido encerrarnos voluntariamente.

En cuanto Kyusuke entendiera lo que había pasado y regresara con sus hombres, rodearía el barco y no tendríamos escapatoria. Éramos como el samurái que arroja al suelo la vaina de su sable sabiendo que, tras el duelo, ya no la va a necesitar más.

Habíamos optado por la muerte.

—Debemos repartirnos los flancos.

Asentí.

—No tenemos muchas flechas, así que asegúrate de que cada una sea un blanco.

Volvía a asentir.

—¿Has enmudecido de pronto? —se mofó Kai.

Mi expresión le indicó que no estaba para bromas; él, en cambio, parecía risueño, casi feliz.

Cada hombre esconde su miedo de un modo distinto.

A medida que el día se apagaba, la brisa comenzó a soplar con fuerza. Parecía generarse en cada ola que rompía en los acantilados, en la minúscula playa de arena gruesa por la que la *nao* debía descender hasta posarse sobre el mar una vez terminada.

No entendía nada de barcos, pero no estaba del todo seguro de que, en su inmensidad, aquel fuera a flotar. Aunque no tenía motivos para dudar de la pericia de Anjin *sama*. Al fin y al cabo, él mismo había llegado a nuestras costas en uno de aquellos gigantes, y varios más habían arribado en los últimos tiempos a los puertos de Hirado y Uraga, en la bahía de Edo, donde él mismo residía ahora.

—Esos perros venidos del sur terminarán por acabar con nosotros —dejó caer Kai de pronto—. Llegan en sus barcos a traernos a su dios, a decirnos que su medicina y sus costumbres son mejores, que sus armas son invencibles… Pronto vendrán a reclamar la tierra.

—Hace un tiempo conocí a un *padre kirishitan*. Le acompañaba un japonés que se había convertido —respondí—. No eran mala gente.

El rostro de Kai se llenó de desprecio.

—Deberíamos matarlos a todos.

—El propio Ieyasu ha nombrado asesor personal a un *nanban*. Él ha diseñado este barco.

—¿Y para qué?

—Para comerciar.

—Todas las cosas tienen su orden, pero ahora parece que todo el mundo es más importante que nosotros.

—Es el futuro.

—¿Acaso un comerciante sabe cómo empuñar un sable? ¿Acaso está dispuesto a morir por su señor en todo momento?

—Tienen otras armas —señalé.

—El acero es la única verdad: todo lo demás será arrastrado por el viento.

—Japón está cansado de sangre, y tanto Ieyasu como Hidetada lo saben. Debemos acostumbrarnos.

Kai se sumió en un repentino mutismo. Algo le abrasaba por dentro.

Hasta ese momento no me había dado cuenta, pero la punta de su *wakizashi* había tallado un surco sobre una de las tablas del suelo.

—Mi padre murió por culpa de uno de ellos, ¿sabes?

Sus palabras me removieron. Había conocido solo a dos extranjeros, y me habían mostrado sus dos caras.

—¿Qué sucedió?

No contestó.

Las virutas arrancadas se habían acumulado alrededor de la punta de su sable. Las apartó de una patada y se puso en pie. El recuerdo de aquella muerte parecía reciente y la herida aún no había cicatrizado; quizás fuera ese y no otro el motivo que le había impulsado a iniciar su peregrinaje.

—Yo no conocí al mío —me sinceré; trataba de corresponderle—. Miyamoto me acogió cuando era pequeño. Él y mi padre servían al señor Masamune, y a pesar de sus diferentes posiciones, eran amigos.

—¿No era un samurái? —preguntó Kai sorprendido.

—También hay clases entre nosotros —contesté—. Mi padre no era más que un pobre samurái rural con un *daisho* y una pequeña granja que apenas les daba a él y a mi madre para mantenerse, pero su habilidad con el sable le hizo valioso para el *daimyō*. ¿Y el tuyo?

—Mi linaje se remonta a los tiempos en los que la capital estaba en Nara —dijo sin poder evitar un deje de orgullo.

Estaba en lo cierto desde el principio. Por mucho que quisiera ocultarlo, pertenecía a una estirpe de samuráis de alto rango.

—¿Tienes hermanos?

Negó con la cabeza.

—¿Eres, entonces, el cabeza de tu familia?

—Antes debo ganarme ese honor —pronunció clavándome la mirada.

Decidí probar suerte:

—¿Cuál es tu verdadero nombre?

Pero su reacción fue inesperadamente fría.

—Mi nombre solo es para mis amigos y mis enemigos.

—Y yo, al parecer, no soy ni lo uno ni lo otro —sentencié.

Nos separamos y cada uno buscó un rincón en el que descansar.

El arrullo de las olas hizo que el sueño me venciera casi al instante: el día que nos esperaba iba a ser largo.

Uno puede anticipar los actos de un hombre si conoce su

temperamento y su carácter, y aunque apenas habíamos compartido unos días con él, Kyusuke Watanabe era transparente como el agua.

Contábamos con que, una vez controlada la situación, enviaría de regreso un destacamento capitaneado por un samurái de su confianza mientras él pasaba la noche en Ishinomaki. La *nao* seguía siendo algo prioritario: no podía permitirse que los trabajos se retrasaran, menos aún conociendo la inminente visita del enviado del *shōgun*.

Ese sería su primer movimiento.

Esa sería nuestra primera ventaja.

También contábamos con que dividiría aún más sus fuerzas para formar varias partidas que nos cazaran bosque a bosque, camino a camino, aldea a aldea y casa a casa.

Ese sería su segundo movimiento.

Esa sería nuestra segunda ventaja.

Cuando el samurái que capitaneara el destacamento de regreso nos descubriera, aprovecharía la oportunidad de medrar ante su nuevo señor y ordenaría un primer ataque antes de enviarle un correo. Eso nos permitiría menguar sus efectivos mientras esperábamos su llegada definitiva.

Ese sería el tercer movimiento.

Esa sería nuestra tercera ventaja.

Nuestro plan estaba destinado a un único objetivo: ganar tiempo. Si el maestro no llegaba antes del atardecer del nuevo día, para cuando el sol volviera a sumergirse en el mar, estaríamos muertos.

Todo se cumplió.

-

Divisamos la columna de hombres al despuntar el alba, un destacamento formado por un samurái y unos 15 hombres de a pie.

Observé el cielo encarnado: parecía augurar nuestro final.

La columna se encaminó hacia la entrada del campamento, pero antes de cruzar el *jin-maku*, el samurái que los comandaba dio el alto.

—¡Isazō! ¡Utakichi! ¡Dónde estáis, malditos vagos!

No recibió respuesta, de modo que decidió enviar a un par de hombres a inspeccionar el interior del perímetro.

—¡Como estéis borrachos, lo vais a pagar muy caro!

En cuanto los exploradores dieron con los centinelas maniatados, la alarma corrió rápidamente entre las filas, pero ni siquiera entonces prestaron atención al barco, tampoco al hecho de que los trabajadores hubieran desaparecido.

—¡Vuestro señor es un asesino y un cobarde! —llamó su atención Kai desde cubierta—. ¡Él mismo mató a su padre con nuestros sables para hacerse con el poder de su casa! ¡Servís a un loco y a un mentiroso sin honor!

Todos se giraron hacia la *nao*.

—Me llamo Aki Tsunetomo. Soy el ayudante del Investigador de Asuntos Especiales del clan Date. Las fuerzas del señor Masamune vienen hacia aquí capitaneadas por el mismísimo Miyamoto Tsunetomo, su maestro de esgrima. Mi padre. Deponed las armas y no sufriréis ningún daño. De lo contrario, todos moriréis —le secundé.

Algunos parecieron dudar. Todo vasallo de los Date conocía la fama del maestro. También conocían la justicia del *daimyō*.

—Kyusuke os ha mentido. Sus manos están manchadas con la sangre de su propio padre y la de todas las chicas asesinadas en la región en los últimos años. Su hermana está viva. La ha tenido escondida en su mansión todo este tiempo. ¡Es una *Futa-kuchi-onna*!

La duda comenzó a hacer mella entre los hombres.

—¡Vuestra casa está maldita!

—¡Mientes! —vociferó el samurái con el sable ya desenvainado. Sentía el miedo crecer entre la hueste; debía atajarlo cuanto antes —. ¡Ellos han asesinado a vuestro señor y dirán cualquier cosa para salvarse! ¡Debemos vengar su muerte! ¿Acaso no tenéis honor?

Todo quedó en suspenso por un instante, como si nuestras palabras y las de su superior libraran un fiero combate en sus mentes y en su ánimo.

—¡Vamos! ¡Atacad! —les instó el samurái—. ¡Vengad a nuestro señor!

Se teme más a la amenaza inmediata que a la futura, de modo que optaron por obedecer a su capitán y se desplegaron en busca de alguna escalera con la que abordarnos, pero todas estaban rotas.

Les llevaría un rato fabricar al menos tres nuevas.

Si el samurái era listo, ordenaría que colocaran dos de ellas en flancos opuestos y situarían la tercera en uno de los extremos, de modo que o Kai o yo tuviéramos que desatender nuestra posición en algún momento.

Mi pericia con el arco sería decisiva.

Hacía mucho que no practicaba, pero estaba preparado.

Mientras el enemigo se afanaba, observé el horizonte. Aunque muchos de los árboles que nos rodeaban superaban en altura al propio barco, podía divisar buena parte del camino y de la línea de la costa desde mi posición. Si Miyamoto llegaba a tiempo, lo haría por una de esas dos rutas.

La primera escalera ya estaba lista. No tardarían en completar la segunda. Pero el samurái no quiso esperar; por suerte, era tan inexperto como vehemente.

—¡Vamos! ¡Atacad!

Algunos de los *ashigaru*, los más veteranos, se dispusieron a expresar su protesta, pero desistieron al ver su expresión. Sabían que si no morían a nuestras manos, lo harían a las suyas, de modo que alzaron la escalera y la apoyaron en uno de los costados.

Kai sonrió.

—Deja que suban. En cuanto el primero haya puesto un pie en cubierta, dispara al siguiente.

Podía escuchar su respiración entrecortada y el tintineo de sus petos y sus armas mientras ascendían.

El primer hombre se abalanzó sobre Kai, que le abrió el pecho al mismo tiempo que una de mis flechas se hundía en el ojo del siguiente.

Su cuerpo muerto arrastró al resto escaleras abajo.

Cuando me disponía a retirar su vía de acceso con la punta de uno de los *yari*, Kai me detuvo.

—Ayúdame a subirla.

Tiramos de ella y la arrojamos sobre la cubierta en el instante en el que un nuevo grupo terminaba la segunda e iniciaba el ascenso

por el flanco contrario.

No habían aprendido nada.

—Esta vez, deja que suban dos —me indicó.

Tensé el arco y esperé.

Kai les despachó con sendos golpes mientras mi segunda flecha volaba en dirección al tercero.

El proyectil le atravesó la garganta.

Al verlo, los *ashigaru* que aún trepaban decidieron saltar y retirar la escalera antes de que nos hiciéramos con ella.

Me sentí exultante: habíamos ganado el primer asalto.

Kai se acercó a uno de los cadáveres. Su rostro había quedado contrito en una expresión grotesca, la del grito de dolor al sentir el acero abriendo la carne.

—Ayúdame.

Lo agarramos entre ambos y lo pusimos en pie.

Al verle asomarse al borde de la cubierta, sus compañeros creyeron que había acabado con nosotros y le arengaron desde abajo.

Hasta que lo dejamos caer.

Todos enmudecieron al oír el impacto de su cuerpo inerte contra el suelo.

Kai le señaló con la punta de su sable.

Su voz era calmada y fría:

—¡Vais a morir todos hoy aquí, me oís!

Acto seguido, agarró a otro de los *ashigaru* caídos, lo arrastró y lo mandó junto a su compañero. Después hizo lo propio con el que restaba. Habíamos acabado con cinco hombres sin apenas esfuerzo; cinco vidas malgastadas por defender a un maldito asesino.

Quedaban diez.

Quizás tuviéramos una oportunidad al fin y al cabo, pensé.

—Llevaos a vuestros compañeros. Honradles e id a decirle a vuestro señor que es un asesino y un cobarde. Decidle que venga aquí y libre sus propias batallas.

Acababa de desafiar a Kyusuke Watanabe a un duelo. Ambos sabíamos que no aceptaría, pero quizás lográramos abrir una pequeña brecha en la voluntad de sus hombres.

En su lealtad.

El samurái comprendió al fin que cualquier nuevo intento de asalto acabaría del mismo modo. No disponía ni de arcos ni de *tanegashima*, y sus efectivos habían menguado de un modo drástico; lo más sensato era enviar a un mensajero a su señor exponiendo la situación y esperar a su llegada.

Pude seguir su carrera desde lo alto, hasta que el camino torcía a la derecha y desaparecía de la vista. Calculé lo que le costaría llegar a la mansión, informar a Kyusuke de lo sucedido y que este reuniera y movilizara al resto de su hueste. Disponíamos de algo más de mediodía: si el maestro no llegaba para entonces, ni siquiera encontraría nuestros cadáveres.

Los hombres de Kyusuke se refugiaron en el campamento.

Descansaron, bebieron y se alimentaron.

Nosotros tan solo disponíamos de dos pequeñas cantimploras de bambú y algo de arroz seco. Pero no habíamos contado con el sol.

Por primera vez en varios días, lucía con fuerza.

Deseé que una nube lo cubriese, incluso que un aguacero repentino lo enfriara, pero el azul uniforme del cielo me dejó claro que mis esperanzas eran vanas.

Kai se había sumergido en un mutismo profundo. Había adoptado la posición del loto y reducido su respiración al mínimo para ahorrar energías y calmar su espíritu.

Traté de imitarle, pero cada vez que dejaba caer los párpados, algún sonido lejano hacía que abriera los ojos y buscara a Miyamoto en el horizonte; una nube de polvo en el camino, una vela en el mar que me indicara la presencia de un ejército salvador.

Pero el único que llegó fue el que capitaneaba Kyusuke Watanabe en persona. Treinta hombres en total, entre ellos, varios arqueros y arcabuceros.

No teníamos ninguna posibilidad.

Me acerqué a Kai.

—La hora es ahora y ahora es la hora.

Había llegado el momento.

Casi podía divisar ya la orilla del Sanzu a lo lejos…

El samurái salió a su encuentro. Kyusuke descendió del caballo, se sentó en una pequeña banqueta de campaña y esperó a que su pequeño ejército se desplegara, con los arqueros y los arcabuceros

en formación de batalla.

Imaginé el estupor de los Takeda al sentir la primera descarga de los *hinawajū* de Nobunaga Oda. La segunda sin solución de continuidad. La tercera. Hombres y caballos abatidos por una lluvia de proyectiles que lo perforaban todo; que agujereaban sus armaduras, que destrozaban su carne, que arrancaban sus miembros.

Aquel día, la guerra cambió para siempre.

Quizás Kai tuviera razón.

Quizás los *nanban* no nos hubieran traído nada bueno.

Solo más muerte.

Kyusuke levantó un *gunbai*, lo giró en dirección a los arqueros y lo bajó con un golpe seco.

Una lluvia de flechas abandonó sus *yumi* y voló en nuestra dirección. Parecía empujada por el propio golpe de viento generado por el abanico.

Nos arrojamos al suelo de la cubierta y usamos los petos como escudo mientras el acero de las puntas se clavaba sobre la madera con el estruendo del granizo.

Nos miramos.

Sabíamos que, tras la primera oleada, vendría una segunda.

Aquello solo era el comienzo.

Pero en lugar de arreciar, la tormenta cesó.

Asomamos la cabeza a tiempo de ver a Kyusuke levantar un nuevo abanico: esta vez, la señal iba destinada a los arcabuceros.

El sonido de la descarga fue atronador.

Los proyectiles arrasaron la *nao* arrancando decenas de astillas que volaron en todas direcciones. Por suerte, el muro bajo que nos protegía había aguantado, pero si aquellos malditos *ashigaru* tenían la suficiente pericia como para concentrar el fuego en el mismo punto, no aguantaría una segunda andanada.

Kai se puso en pie. Sabía que tenía unos instantes antes de que volvieran a cargar.

—¡Eres un cobarde! ¡Lucha conmigo como un samurái!

Kyusuke levantó el abanico…

Pero esta vez lo aventó hacia sí mismo.

Los arcabuceros se replegaron.

Tras sus dos primeros movimientos, había comprendido que la táctica empleada no daba los frutos necesarios, como también entendía que un intento directo de asaltar la *nao* tendría un coste muy alto y ya había perdido demasiados hombres.

Despegó los labios y uno de sus samuráis se inclinó a su lado. Pronunció unas palabras en voz baja y, tras un instante de indecisión, el hombre salió a la carrera junto a varios lanceros camino del barracón de los trabajadores.

—¡Derribadlo!

Los hombres se afanaron en desmontar la construcción tabla a tabla, pero no fue hasta ver el montón de madera apilada en el suelo que comprendí lo que estaba a punto de suceder: aquel maldito loco estaba dispuesto a sacrificar su segundo bien más preciado para matarnos.

Sentí que me faltaba el aire.

—¡Va a quemarnos! —grité.

Incendiar la *nao* del *shōgun* era una sentencia de muerte. Aunque acabara con nosotros y nos acusara de lo sucedido, su negligencia le haría caer en desgracia no solo ante su *daimyō*, sino ante los mismísimos Tokugawa. También el señor Date sufriría las consecuencias. Por mucho que hubiera tomado partido por ellos en Sekigahara, seguía siendo un *tozama*: su fracaso implicaría el castigo para todo su feudo. La vieja Kichi, los padres de Ichirō, todos sus samuráis y vasallos deberían abandonar sus tierras y partir hacia un destierro incierto.

El *shōgun* Hidetada mandaría construir otro barco, más grande, más resistente, pero nuestro clan sería desarraigado de la tierra y su nombre de los documentos.

Sería su fin.

Apenas me quedaban dos flechas en el carcaj, pero el propio Kyusuke me había proporcionado los proyectiles de recambio suficientes como para acabar con su pequeño ejército.

En cuanto el primer hombre se acercó al barco, lancé una primera advertencia.

La flecha se clavó junto a una de sus manos haciendo que soltara

su cargamento y corriera a guarecerse.

Casi de inmediato, el samurái ordenó a otro que lo intentara.

Esta vez, la punta metálica atravesó uno de los maderos cerca de su cuello.

Había sido una segunda advertencia: la próxima sería letal.

Kyusuke llamó la atención del samurái, que se acercó dando un rodeo para quedar fuera del alcance de mi arco. Departieron durante un rato y el hombre regresó a su puesto. Una vez allí, instó a todos los componentes de su grupo que cargaran varias tablas cada uno.

Los hombres le miraron. La duda se reflejó en sus ojos y atenazó sus músculos y su voluntad. Hasta que su jefe voceó de nuevo la orden, esta vez desenvainando su sable. La consigna era clara: debían elegir entre mis flechas o su acero.

En cuanto estuvieron preparados, Kyusuke alzó de nuevo uno de los abanicos y, a su señal, la columna de arcabuceros dio un paso al frente, apuntó y disparó.

La descarga arrancó parte del muro de protección.

—¡Cobardes! —escupió Kai.

Nuestra situación era cada vez más comprometida.

Pero aún faltaba lo peor.

Los arqueros prendieron la punta de sus flechas en un pequeño brasero.

El espectáculo de las flechas surcando en llamas el azul del cielo era magnífico, aunque marcara nuestro final.

El fuego comenzó a brotar bajo el vientre de la *nao*. Por suerte, las lluvias de los últimos días habían empapado los maderos y retrasaron su ignición, pero las primeras bocanadas de humo comenzaron a ascender.

La ausencia de viento jugaba en nuestra contra y, al rato, el humo cubría ya buena parte de la cubierta como una niebla abrasadora.

El calor comenzaba a ser insoportable.

Empapé la manga del kimono con el agua que me quedaba y me cubrí la boca y la nariz.

—No pienso morir como un animal atrapado aquí arriba —pronunció Kai—. Tu padre nos ha fallado.

Sus palabras se clavaron en mi vientre como una lanzada, pero me ayudaron a tomar la única decisión posible.

—¡Vamos!

No podíamos luchar contra el humo, pero sí sacarle partido. Aprovechando que los penachos eran cada vez más tupidos, situamos la escalera que habíamos arrebatado a los *ashigaru* tras su primer intento de incursión en el extremo del barco que daba a la playa y comenzamos a descender; si lográbamos llegar al pueblo sin ser vistos, su ventaja numérica quedaría reducida.

—Debemos separarnos —sugirió Kai—. Quizás uno de los dos lo consiga.

Kyusuke observaba el espectáculo satisfecho. Solo cuando se dio cuenta de que la columna de humo era ya tan alta que debía de observarse a distancia, mudó la expresión. Pero ya era demasiado tarde. Había elegido una vía y la llevaría hasta sus últimas consecuencias.

—¡Los asesinos escapan!

La voz provenía de uno de los *ashigaru* que había echado abajo el barracón.

Kyusuke se puso en pie de un salto.

—¡A qué esperáis! ¡Traedlos aquí!

CAPÍTULO XVI

Los aldeanos habían atrancado puertas y ventanas y se habían encerrado en sus casas por temor a verse envueltos en la disputa. Conocían la ira de su nuevo señor; si nos encontraban a Kai o a mí en alguna de ellas, serían torturados y ejecutados.

El pueblo parecía desierto.

El silencio era sobrecogedor.

Ni una voz. Ni un grito. Ni siquiera una respiración ahogada, contenida detrás de un muro, retenida por una mano, la del padre que teme que el hijo pequeño, que la hija menor, asustados, estallen en un llanto incontrolable.

Parapetado tras una de aquellas casas recordé la noche en la que el maestro, Ichirō, Takeshi y varios de sus hermanos monjes habíamos asaltado la guarida de la Única Verdad. También nos superaban en número en aquella ocasión, pero esta vez estaba completamente solo.

Sentí una repentina paz de nuevo. Un sentimiento que ya no me era extraño frente a la certeza de la muerte. Incluso la ira, el enfado, la decepción al comprender que había fracasado, que me había equivocado con el tío de Midori, que el maestro no vendría en nuestra ayuda se atemperaron del modo en que lo hace el viento una vez pasada la tormenta.

Mi respiración se calmó. También el temblor de mis brazos.

Observé mis dedos cerrados alrededor del *nigiri* del arco: estaban en calma.

Me restaban dos flechas; lo único que me separaría de la muerte después sería el sable. Sentí un nuevo instante de desazón: ni

siquiera podría morir blandiendo la *katana* de mi padre.

Debía concentrarme y elegir una estrategia. Pero era incapaz de pensar en nada. Hasta que el maestro Yagyū vino en mi ayuda. «En ocasiones, sorprender a tu enemigo con una actitud que no espera es un modo útil de vencer, Aki. Los maestros zen lo llaman "sacudir la hierba para espantar las serpientes". Cuando el enemigo se sobresalta y se distrae, experimentará un intervalo en su tiempo de oposición. Abrir un abanico, levantar la cabeza, mover un hombro o desplazar un pie. También arrojar tu propia espada es un arte de la guerra. Te he mostrado el camino de la esgrima sin sable. Una vez lo conozcas, jamás dejarás de contar con un sable. Aunque tus manos no sostengan ninguno. Porque en todo momento, el sable de tu enemigo será también tu sable».

Un samurái sin sable, sin arco y sin su armadura parece indefenso, pero no lo está. Aún conserva el arma más poderosa: su voluntad. Mi último acto en este mundo sería matar a Kyusuke Watanabe, y solo existía un modo de conseguirlo: sacrificar mi vida.

En cuanto el primer grupo de *ashigaru* alcanzó mi posición, abandoné el resguardo que me proporcionaba el muro y me situé frente a ellos.

Eran tres.

Sus cuerpos se tensaron al verme.

—¡Perro! —soltó uno.

—¡Cobarde! —apuntó otro.

—¡Asesino! —se sumó el tercero envalentonado.

Trataban de aplacar el miedo, que se transmitía de su espíritu a sus manos y de ellas a la punta de sus lanzas provocando que danzaran temblorosas.

Uno, delgado como un brote y con el rostro picado como la luna, dirigió su mirada a mi arco y al carcaj. De haber querido, podría haberle atravesado con una flecha antes de que diera un solo paso, después herir de muerte a su compañero, desenvainar y despachar al último sin excesiva dificultad.

Pero sabía que vendrían más.

Una partida tras otra.

Sabía que, al final, el acero de una lanza, de la punta de una flecha, de un proyectil de arcabuz haría brotar mi sangre hasta que

la vida se me fuera. Quizás hubiera matado a diez hombres por entonces, pero no habría alcanzado mi objetivo. De modo que, para su sorpresa, arrojé el arco, dejé caer el carcaj, extraje el sable de mi cinto con la mano izquierda y lo deposité en el suelo.

Su primera reacción fue la de mantener la posición.

No se fiaban de mí.

—Empuja el sable hacia aquí. ¡Vamos! —ordenó uno.

No se acercarían hasta que estuvieran seguros de que todas las armas quedaban fuera de mi alcance, así que alejé la *katana* y el arco de un puntapié.

Saltaron sobre mí como una manada de lobos famélicos. Mientras dos me inmovilizaban los brazos y ataban mis muñecas a la espalda, el tercero me golpeó el estómago con el extremo romo del *yari*.

—¡De rodillas!

En cuanto toqué el suelo, me dio una patada en la cara. Había odio en su rostro. Un odio que nada tenía que ver con que me creyera culpable de la muerte de su señor. Se trataba de otra cosa; de ira por lo que representaba; por que alguien como yo lo hubiera tenido todo por el mero hecho de haber nacido en una familia determinada.

No era la primera vez que lo veía.

Si algo había aprendido a estas alturas era que el resto de clases nos respetaban por un único motivo: nos tenían miedo, pero bajo esa capa de obediencia y sumisión con la que no tenían más remedio que obsequiarnos se escondía una única verdad: su desprecio y su odio.

—¿Ya no eres tan duro, eh?

—¡Mirad cómo tiembla!

Mi resistencia pasiva parecía molestarlos; trataban de provocarme, de suscitar alguna reacción por mi parte que les permitiera dar rienda suelta a su crueldad de un modo justificado.

Les hubiera bastado una mirada.

—¡Ya veis, se ha quedado mudo! —dijo el de los hoyuelos justo antes de escupirme—. ¡Sin tus armas no eres nadie!

—¿Qué es eso que veo ahí? ¿Se lo ha hecho encima? —señaló otro mientras sacaba su miembro de debajo del *fundoshi* y

comenzaba a mearme encima.

Traté de concentrarme en mi propia respiración, de alejarme de aquel lugar: tenía un propósito, y nada de lo que aquellos hombres dijeran o hicieran iba a alterar eso.

Me alzaron con un movimiento tan brusco que mis hombros casi se desencajaron.

—¡Tu cabeza nos va a reportar un buen beneficio! ¡Y pienso gastármelo todo en que alguien cuide bien mi sable esta noche! —rio el que me había meado encima.

Ya estaba hecho.

Solo restaba que me condujeran a la presencia de su señor.

Al salir de la aldea nos topamos con un pequeño grupo de arcabuceros comandados por un samurái. Era quien había organizado el incendio de la *nao*.

—¿Dónde está el otro?

—Nosotros hemos capturado a este.

—Está bien. Entregádmelo.

—Es nuestro prisionero —expuso el *ashigaru*. Su voz había pasado de la insolencia a la decepción en un instante—. Queremos nuestra recompensa por él.

—¿Recompensa? —bramó el samurái—. Tu única recompensa es la de obedecer y servir bien a tus superiores.

Mis tres captores se miraron entre ellos. Después buscaron el apoyo silencioso de los compañeros situados tras el samurái, cuya paciencia empezaba a colmarse.

—¡He dicho que me lo entreguéis! —ordenó, la mano cerrada ya alrededor de la empuñadura.

Pero no fue su gesto amenazador el que hizo que depusieran su actitud, sino confirmar que ninguno de sus compañeros armados con los *tanegashima*, con los que habían compartido frío, calor, comida, barracones e innumerables guardias y penurias, movería un dedo por ellos.

Me empujaron hacia el samurái.

Cada vez estaba más cerca de mi objetivo.

—¡Y ahora, regresad! ¡Aún queda uno!

Kyusuke permanecía sentado en su banqueta, la espalda erguida, las piernas separadas, las manos apoyadas sobre las rodillas. Frente

a él yacía, caliente y humeante, el esqueleto del barco que su señor y el *shōgun* le habían confiado.

Su rostro parecía febril.

El samurái me arrojó a sus pies.

—Hemos capturado a uno, señor. Solo es cuestión de tiempo que el otro caiga.

Kyusuke posó sus ojos en él.

—Muy bien. Puedes irte.

El hombre se inclinó y partió de regreso a la aldea mientras Kyusuke conducía de nuevo la mirada a los restos calcinados.

—Yo no quería esto —pronunció—. Pero habéis amenazado lo que más amo en este mundo.

—Tu hermana es un *yōkai*. No pertenece a este mundo —contesté.

—Cuando se dio cuenta de lo que le había hecho a su hijo, trató de quitarse la vida, pero no podía permitirlo —señaló—. La condené a ser lo que es, y yo me condené con ella…

Apenas quedaba nada del hombre altivo, cruel y beligerante que había conocido aquellos días. Sentí un punto de compasión: ambos cargábamos con un fantasma al que amábamos por encima de todo; un ser maldito al que no podíamos renunciar.

—Por eso no puedo permitir que la mates —finalizó.

—¿Y qué pasará cuando el señor Date sepa lo que ha sucedido? Aunque logres hacerle creer que fuimos nosotros quienes matamos a tu padre y destruimos la *nao*, ordenará que te quites la vida por tu fracaso. Y si no lo hace él, lo hará mi padre.

—Cuando llegue ese momento, ya nada importará —dijo alzándose—. Sígueme.

Me puse en pie con cierta dificultad y le seguí hasta su tienda. Una vez dentro, se sentó en posición de *seiza* y me invitó a hacer lo mismo.

—Esta noche he tenido tiempo para reflexionar, y al fin he comprendido que ninguna estrategia podía llevarme a la victoria —señaló alzando la vista—. Pero sí a cobrarme mi venganza.

Alargó la mano y extrajo un sable de debajo de una tela.

Era mi *katana*.

La desenvainó.

—Es un sable magnífico, ¿no crees?

Por un instante, dudé de sus intenciones. Hasta que el acero comenzó a revelar los símbolos sagrados forjados en él.

Mi cicatriz reaccionó al instante. Había aprendido a tolerar el dolor con el tiempo, pero esta vez su intensidad era insoportable.

—Es un acero asesino —respondió una voz.

Una figura surgió de las sombras, adquirió solidez y avanzó hacia nosotros.

Sayumi Watanabe.

Era increíblemente hermosa, la perfección de su rostro, el pelo vertiéndose por sus hombros hasta la cintura. Vestía un kimono rojo bordado con flores de oro, como si la primavera acabara de estallar sobre él. Pero lo que más me impresionó fue la bandada de garzas plateadas que parecían a punto de emprender el vuelo y escapar de su prisión de seda. Imaginé la cara que habría puesto el padre de Ichirō de haberlo visto. O la del propio Ichirō.

—Hoy te convertirás en lo que más odias, Aki Tsunetomo. En aquello que tu padre lleva combatiendo más de media vida. Condenándote a ti, le condeno a él: ese será tu castigo por destruir mi mundo.

Me pregunté si Miyamoto sería capaz de acabar conmigo como había hecho con su viejo maestro. Si, llegado el momento final, sería capaz de mirarme a los ojos; si el acero temblaría en su mano; si tendría la suficiente firmeza y claridad de espíritu para tener éxito donde yo había fracasado con Kumico.

—No dudará en matarme, créeme —mentí—. Y después os dará caza hasta su último aliento. No habrá sitio en todo Japón donde podáis esconderos.

—Su muerte ya está decidida, como lo está la tuya —sentenció Kyusuke.

Su voz, su rostro, todo su cuerpo y el espíritu que lo habitaba habían recuperado ya su crueldad. Cada hombre es lo que es, y Kyusuke Watanabe era un asesino despiadado.

—Ya has fracasado una vez. No tendrás una segunda oportunidad.

Contrajo las cejas.

Fue una respuesta instintiva, apenas perceptible, pero real.

No mentía.

—No sé de qué me hablas.

Le observé con detenimiento. Su lenguaje corporal ratificaba su sorpresa. Sentí un ligero desconcierto: si el hombre que tenía frente a mí no era el responsable del cobarde ataque a Miyamoto, ¿quién había sido?

—Un asesino trató de matarle por el camino. Uno como el que enviaste a eliminar a Dairokuro, el antiguo monje del templo de Izanami.

—Mi error fue dejarle con vida hace años. Entonces acepté su destierro y la promesa de su silencio, pero fue tu insistencia la que me llevó a tener que matarle. Tus decisiones cuestan vidas, Aki Tsunetomo —señaló para herirme—. Pero yo no ordené la muerte de tu padre. ¿Por qué iba a hacerlo? De hecho, fue idea mía llamarle. Le necesitaba.

—Hay algo que no entiendo —dije entonces—: ¿por qué no enterraste los cuerpos? Nadie los habría encontrado nunca.

—Tú mejor que nadie deberías saberlo, cazador.

Al percibir mi desconcierto, esbozó una sonrisa.

Repasé mentalmente el libro de demonios que nos había hecho leer Miyamoto.

Futa-kuchi-onna.

La mujer de dos bocas.

Y caí en la cuenta.

Una de las referencias más antiguas señalaba que el mordisco de determinadas *Futa-kuchi-onna* transformaba a su vez a sus víctimas en un *yōkai*.

—Solo hay un modo de detener su transformación —corroboró al leer la respuesta en mi rostro—, y es depositar el cuerpo en un templo dedicado al dios de la muerte para que sea él en persona quien lo conduzca hasta Yomi. De lo contrario, vagarán para siempre víctimas de su nueva condición.

—Izanami —respondí.

—Pero gracias a ti, ya no volveré a tener ese problema —indicó alzando mi sable. A partir de ahora, solo tendría que matarlas,

esperar a que se conviertan en un *yōkai* y cortarles la cabeza. Después podría hacer desaparecer los cuerpos cómo y dónde quisiera.

Seguiría matando y alimentando a su hermana hasta la muerte de uno de los dos.

—Tu padre lo sabía.

—La voracidad de mi hermana había crecido, y se asustó. El encargo de la *nao* era prioritario para él, de modo que decidí aprovechar la circunstancia. Bastaron unas monedas para hacer que alguien asegurara haber visto al *kodama*. Entonces le convencí para que escribiera al señor Date solicitando la ayuda de su cazador. Tu padre es el último de su estirpe; debía morir en su enfrentamiento final con el demonio, salvando la construcción del barco y liberándonos de la maldición. Después, me haría con el acero de sus sables y todo regresaría la normalidad.

—Pero no contaste conmigo —sentencié.

El rostro de Kyusuke se tornó sombrío.

—¿Por qué solo muchachas? —quise saber.

—Una campesina es el ser más prescindible del mundo.

Estaba en lo cierto.

Las mujeres eran una moneda de cambio valiosa para forjar alianzas a través del matrimonio entre los de nuestra clase, pero una campesina era a menudo un lastre para sus propios padres: había que alimentarla y no era tan útil como un varón en el campo. Por eso, si al extraer el bebé del vientre de la madre se trataba de una niña, algunos lo consideraban una desgracia, incluso una maldición, hasta el punto de deshacerse de ellas; de matarlas o abandonarlas en el bosque. Otros las vendían a traficantes de mujeres a cambio de unas monedas; así obtenían un doble beneficio: ganaban algo de dinero y evitaban tener que mantenerlas.

De haberse tratado de hombres jóvenes, el pueblo hubiera exigido una investigación mucho antes. También hubiera supuesto un inconveniente para los ingresos de la propia familia Watanabe.

—Basta ya de conversación —pronunció entonces su hermana—. Acabemos con esto de una vez.

Su voz era igual de hermosa que su rostro, pero carecía de

emoción alguna.

Kyusuke se puso en pie, extrajo un pañuelo de seda azul del interior de su kimono y lo enroscó alrededor de mi cuello. Mi cuerpo empezó a resistirse por la falta de aire.

Todo comenzó a desvanecerse menos el rostro de Sayumi.

Se inclinó sobre mí y los dos largos mechones que le caían por los hombros cobraron vida y empezaron a explorar mi cuerpo como los tentáculos de un pulpo.

Traté de hacer un último esfuerzo.

Traté de luchar.

No había planeado morir así.

No quería morir así.

Pero, finalmente, todo se apagó.

CAPÍTULO XVII

ki!

Abrí los ojos.

—¿Maestro? —susurré.

Su sable iridiscente brilló en la oscuridad.

Lo alzó por encima de su cabeza.

Un destello.

Sus ojos se clavaron en los míos.

Había sucedido.

Mi mayor temor.

El suyo.

Sayumi Watanabe me había convertido en un demonio.

Cerré los ojos y esperé el golpe que terminara con todo.

—Despierta, Aki.

Esta vez era el rostro de Kumico el que me observaba, sus ojos violetas confortándome.

—Kumico…

—Debes despertar.

—No puedo. Todo ha terminado. Ahora podremos estar juntos.

—Debes regresar.

Se acercó, posó sus labios sobre los míos y me insufló su aliento.

Mis pulmones se llenaron de aire cálido.

De vida.

Abrí los ojos y vi a Miyamoto con el sable en alto, la expresión adusta, los músculos del rostro contraídos.

No había miedo, ni duda, ni tristeza, ni dolor en él.

Pude escuchar la hoja dividiendo el aire camino de su objetivo, implacable…

Pero antes de alcanzarme, se detuvo.

Algo cayó sobre mí y quedó reducido a cenizas.

Empecé a ser consciente de lo que me rodeaba. De lo que acababa de suceder.

Miyamoto había decapitado a Sayumi justo en el instante en el que su segunda boca iba a devorar mi carne.

Me incorporé y tomé aire con el ansia del que acaba de nacer. Los pulmones me ardieron a medida que se expandían hasta casi quebrarme las costillas.

Y lo vi.

Kyusuke Watanabe yacía malherido en un extremo de la tienda. La sangre manaba a chorros de su cuello parcialmente seccionado. Trataba de mantener la cabeza en su sitio con una mano mientras deslizaba la otra dentro del kimono consciente de la muerte que le apremiaba.

Aún quedaba un brillo de resolución en sus ojos.

De odio.

Su hermana acababa de morir. Había desaparecido para siempre consumida en un montón de ceniza.

Traté de gritar, pero mi garganta estaba seca y mis pulmones recién deshinchados tras la primera bocanada me lo impidieron.

Los llené de nuevo mientras agarraba el *wakizashi* de la cintura del maestro.

Miyamoto entrecerró los ojos y observó lo que yo veía en el reflejo líquido en mis pupilas.

Giró su cadera y dio un gran paso atrás para facilitar mi movimiento.

El acero brilló sediento de sangre.

La detonación del *tanzutsu* acalló todas las voces a mi alrededor.

El proyectil rebotó en el costado del sable y abrió un agujero en la pared de tela situada a mi espalda.

Un rayo de sol se coló en el interior.

El acero del maestro lo cortó en dos en su vuelo hacia el corazón de Kyusuke.

—¡Aki! ¿Estás bien?

Era la voz de Ichirō. Retumbó en mis oídos como un trueno.

Me dolía cada extremidad, cada hueso y cada músculo, pero mis labios se curvaron y lograron trazar una sonrisa.

—Habéis tardado mucho —dejé escapar en un susurro.

La mirada de Miyamoto, aún contrita, se clavó en mí. E hizo algo inesperado.

Comenzó a reír.

Ichirō le secundó, también Takeshi, que se acababa de arrodillar a mi lado para comprobar si estaba herido.

En apenas un instante, aquel sonido feliz lo invadió todo. Brotó y brotó cada vez con más fuerza, ya sin límite. Tanto el maestro como Takeshi, Ichirō y yo mismo dejamos que fluyera como un río en plena tormenta, arrastrando consigo toda la tensión, el miedo, la angustia y el dolor.

No sé cuánto rato pasó, cuánto tiempo estuvimos así, riéndonos hasta que las lágrimas comenzaron a derramarse, pero aún hoy lo recuerdo como uno de los momentos más intensos de mi vida.

Uno de los más felices.

Miyamoto había acudido acompañado de una partida de *ashigaru* pertenecientes a la fuerza principal de los Date. El tío de Midori en persona los había conducido hasta aquí. En cuanto los hombres de Kyusuke se dieron cuenta de su llegada, depusieron sus armas de inmediato.

—¿Dónde está Kai? —pregunté.

—No le hemos encontrado.

¿Significaba eso que había huido?

El maestro intuyó mi decepción.

—Cada hombre toma sus decisiones y elige su camino.

—No es propio de él. Estoy seguro de que le ha sucedido algo. Debemos buscarle.

A pesar de que aquella no era su lucha, se había mantenido a mi lado hasta el final. Había sudado y sangrado por mí.

Miyamoto asintió.

Entramos en cada casa, buscamos en cada calle, en la playa, en los bosques heridos que rodeaban la aldea, pero no dimos ni con él ni con su cuerpo.

Nadie le había visto.

Tampoco faltaba ninguna barca.

Simplemente, se había esfumado.

—Kogenta *san* permanecerá aquí junto a un grupo de hombres —dijo Miyamoto dirigiéndose a Kogenta Jisaemon, con el que había servido en más de una campaña—. Nosotros debemos partir cuanto antes. El emisario del *shōgun* te aguarda en el castillo de Sendai. Esperan tu informe.

Hasta ese momento no recordé su envenenamiento.

—¿Cómo estás, padre?

—Las manos de Takeshi son una bendición, tanto en el combate como en el noble arte de la medicina.

El monje sonrió.

—Aún no está recuperado del todo, pero ya sabes cómo es.

Miyamoto dejó escapar uno de sus gruñidos.

—Ocúpate de tus asuntos, *bozu*.

—Eso hago, Miyamoto *san*.

Ichiro se interpuso entre ellos.

—¡Dejad de discutir! ¡No han parado en todo el viaje!

El maestro gruñó de nuevo.

—Perdón, Tsunetomo *san*… ¡Pero es la verdad!

Takeshi dejó escapar una nueva carcajada mientras mi padre daba media vuelta y abandonaba la tienda.

Ichiro cabalgó a mi lado buena parte del camino. No paró de interrogarme acerca de lo sucedido, y sobre Kai. Sus preguntas escondían un punto de celos. Parecía contento de que el maldito *shugyōsha*, como él lo llamaba, hubiera desaparecido. De lo que no parecía darse cuenta era de que su insistencia en desacreditarle hacía que su recuerdo se clavara de un modo cada vez más profundo en mí. Él mejor que nadie sabía que determinadas circunstancias establecen una atadura difícil de romper entre algunos hombres. Un vínculo como el que yo mismo tenía con él, con el maestro y con Takeshi.

Cansado de su diatriba, espoleé mi caballo y me puse a la altura de Miyamoto. Aún había algo que debía contarme.

—¿De qué conoces al tío de Midori?

—¿Quién?

—El pescador manco. Si no llega a ser por él, estaría muerto.

Pareció fijar la vista más allá del camino y de los árboles que lo circundaban. Más allá incluso de la cima del monte Taihaku que, a lo lejos, marcaba nuestro destino.

—Fue hace mucho tiempo, durante la campaña contra los Ashina.

Poco después de que el señor Date asumiera el mando del clan, uno de sus mejores generales, Ōuchi Sadatsuna, le traicionó y se alió con los Ashina, que no veían con buenos ojos sus planes de expansión. Para forzarle a deponer las armas, una familia perteneciente a ese clan secuestró al viejo señor Teremune, su padre. Pero la estratagema no sirvió de nada. El propio Teremune pidió a su hijo que acabara con los secuestradores, aunque fuera consciente de que con ello se sentenciaba a sí mismo a muerte.

Había sido mi verdadero padre quien había acatado esa orden y liderado el ataque a sabiendas de que él también perecería junto a Teremune.

—¿Conoció a mi padre?

Miyamoto negó con la cabeza.

—La primera vez que nos encontramos, él ya había muerto.

—Su brazo… ¿Lo perdió en esa campaña?

—Así es —respondió—. Cuando le encontré, casi no respiraba. Había perdido mucha sangre. Aun así, se aferraba al sable de un joven samurái que yacía sin cabeza a su lado. No pude quitárselo. Desmonté, lo subí a mi caballo y lo llevé a nuestro campamento. No creí que fuera a conseguirlo, pero era fuerte. Hasta que se dio cuenta de que, tal como había quedado, sería un tullido el resto de su vida. Y quiso quitarse la vida.

—Por fortuna, no lo consiguió —señalé.

Miyamoto sonrió. Algo me decía que también tenía algo que ver en el asunto. Pero estaba equivocado.

—No fui yo, sino Kichi.

Su respuesta me dejó sin habla.

—¿Nuestra Kichi? ¿Cómo?

—Eso debes preguntárselo a ella. O a él.

Asentí. Aún tenía una última pregunta.

—¿Y cómo se llama?

—Yuki Migita.

La ciudad parecía haberse recuperado casi por completo de sus heridas, y aunque aún se podían ver los efectos del tifón en algunas casas —las más débiles—, las principales calles y avenidas habían recuperado la normalidad.

La gente discurría arriba y abajo ocupada de nuevo en sus asuntos. En sus ropas se intuía ya la inmediatez del invierno: pronto llegarían las primeras nieves.

La vieja Kichi nos recibió en la puerta. También estaban allí los padres de Ichiro. El tejado de su casa aún no estaba del todo reparado, por lo que deduje que seguían viviendo en nuestra residencia.

Miyamoto había invitado a Takeshi a pasar unos días con nosotros, oferta que aceptó de buen grado. También Ichiro y yo, felices por poder disfrutar de su compañía algunos días más, pero Kichi remugó por tener que hacer hueco a uno más. Nuestra residencia jamás había albergado a tanta gente a la vez.

Una vez aseados, el maestro y yo partimos hacia el castillo. Anjin *sama* y el señor Date esperaban nuestro informe. Pero antes de ser recibidos en audiencia, debía tratar un último asunto privado con él.

—Suéltalo de una vez —se anticipó.

Seguía leyéndome mejor que nadie.

—Durante la investigación pensé que había sido Kyusuke quien había enviado al asesino para matarte, pero ahora estoy seguro de que no fue él.

—¿Y qué te hace pensar eso?

—Él mismo me lo dijo. No mentía.

El maestro me miró, pero no dijo nada.

—¿Crees que se trataba de un sicario de la Única Verdad?

Negó con la cabeza.

—Los miembros de la secta no enmascaran nunca sus actos.

Yo mismo había llegado a la misma conclusión, pero quería comprobar si estaba de acuerdo conmigo.

—Entonces, ¿de quién puede tratarse?

—No lo sé —respondió—. De lo único que estoy seguro es de que lo volverán a intentar. Debemos estar preparados.

Sentí un escalofrío.

Era consciente de que habría hecho enemigos a lo largo de los años, pero desconocía cuántos podían ser y hasta qué punto le odiaban como para ordenar su muerte. Tras el percance, al menos, parecía tomarse la amenaza en serio. Pensé en sugerirle que consultáramos al maestro Yagyū: si había alguien en todo Japón capaz de averiguar la verdad, era él. Pero le conocía lo suficiente como para saber que se negaría, de modo que tomé la decisión de hacerlo en secreto.

Debo confesar, no obstante, que además de la seguridad de Miyamoto, tenía otro motivo para contactarle: Kai.

Su misteriosa desaparición seguía clavada en lo más profundo de mí.

El señor Date nos esperaba en la sala de audiencias ataviado con sus ropas formales. A su derecha, un poco apartado pero a su misma altura, había un samurái de tez blanca y el pelo y la barba del color de la paja mojada. Nada en él excepto su rostro indicaba que no fuera japonés.

Se trataba de Anjin *sama*.

Masamune saludó al maestro y, a continuación, se dirigió a mí:

—Bienvenido, Tsunetomo *san*. —Era la primera vez que usaba mi nombre de adulto, lo que me recordó el carácter oficial del encuentro—. Os presento a Anjin *sama*. Él representa al *shōgun* en este asunto.

Le dediqué una reverencia, que correspondió con una ligera inclinación de cabeza.

—En cuanto Miyamoto *san* recibió tu carta, nos informó de lo sucedido, pero queremos que nos lo relates de viva voz. La gravedad del asunto es máxima y tanto el *Ōgosho* como el *shōgun* Hidetada están muy descontentos.

Asentí y me humillé sobre el tatami.

—Habla libremente, Tsunetomo *san* —pronunció entonces Anjin *sama*.

Su acento era perfecto.

Tomé aire y traté de ordenar un discurso en mi cabeza mientras lo hacía.

—En cuanto recibimos vuestra orden —arranqué dirigiéndome al *daimyō*—, Tsunetomo *san* y yo partimos hacia la residencia de Fujita Watanabe, pero sufrimos un ataque que me obligó a enfrentarme solo a la misión. Una vez en Ishinomaki, comencé a investigar y descubrí que había una discrepancia respecto a las fechas de alguna de las muertes en el informe que el señor Watanabe nos había remitido. También descubrí que su… —Interrumpí mi discurso por un instante: no sabía cómo referir lo que venía a continuación—. Que su naturaleza no se correspondía con la propia de un *kodama*.

—¿A qué os referís? —quiso saber el señor Date.

Busqué el consejo de Miyamoto con el rabillo del ojo. El maestro asintió de un modo imperceptible.

—Las víctimas habían sido secuestradas, devoradas en vida y después estranguladas. Todas, además, eran mujeres jóvenes. Los *kodama* atacan primero a los hombres que talan su árbol sagrado, y no los devoran. Aunque sean espíritus —señalé—, su crueldad no se asemeja a la del resto de *yōkai* que conocemos.

Esta vez fue el *daimyō* quien dejó escapar un gruñido.

—Continúa.

—Había algo raro en la actitud de los Watanabe, tanto del señor Fujita como de su hijo. Ocultaban un secreto —seguí—. Entonces, una testigo a la que entrevisté me informó de que aquel no era el primer incidente de semejantes características que ocurría en la zona. Al parecer, un par de chicas habían desaparecido en circunstancias extrañas en los años inmediatamente anteriores, siempre en las mismas fechas: la primera luna de otoño. Todo eso me hizo sospechar que el *kodama* no tenía nada que ver en los asesinatos, de modo que inicié una serie de averiguaciones entre los familiares y amigos más directos de las últimas chicas muertas y descubrí que todas habían entablado una relación secreta con quien parecía ser un hombre de cierta posición los días previos a su muerte… Todas menos una.

—¿Qué quieres decir?

—Que una de ellas, la última víctima, no había acudido al reclamo de las falsas promesas de un amante, sino de una mujer;

una tal Sayumi —señalé—. Por entonces ya sospechaba que Kyusuke Watanabe era quien se escondía tras la identidad de ese amante misterioso, pero ese giro inesperado me hizo dudar. Hasta que descubrí la terrible verdad: Fujita Watanabe había tenido dos hijos, un chico y una chica. Según me contó otro informante, ella había mantenido una relación inadecuada con un samurái de paso hacía unos años fruto de la cual había nacido un niño. Al negarse a desposarla, Kyusuke le mató, y ella, incapaz de superar el abandono y la pérdida, enloqueció hasta el punto de matar a su bebé de hambre y suicidarse después. Se llamaba Sayumi Watanabe.

Anjin *sama* seguía atento el discurso. Me pregunté hasta qué punto era ya uno de los nuestros; si conocía todas las verdades y secretos de nuestro mundo. Lo poco que sabía de los *nanban* era que no creían ni en nuestros *kami* ni en los *yōkai*, sino que, más bien, los consideraban simples supercherías. Ellos creían en un solo *Deus* y en un solo espíritu maligno al que llamaban *Daemonium*.

—Su suicidio ocurrió el primer día de la primera luna de otoño. Fue entonces cuando descubrí el terrible secreto: en realidad, Sayumi Watanabe no había muerto, sino que se había transformado en una *Futa-kuchi-onna*. Su padre y su hermano la mantenían oculta en los sótanos de la casa y se encargaban de alimentarla llegado el momento. Pero su voracidad había aumentado de semejante modo que el señor Fujita, preocupado porque pudiera afectar a la fecha de entrega de la *nao*, quiso poner fin a la situación de una vez por todas. En cuanto su hijo se enteró de sus intenciones, le asesinó y me acusó de la muerte. Fue entonces cuando decidí esconderme y enviar un mensaje a Tsunetomo *san* a través del tío de una de las víctimas. Por suerte, el maestro llegó a tiempo de salvar mi vida, aunque no de evitar la destrucción de la *nao* por parte de Kyusuke. La muerte de su hermana le volvió completamente loco.

Tras consultarlo con el maestro, había decidido omitir la ayuda de Kai, al menos hasta que pudiéramos resolver su desaparición; si no fuera porque tanto él como Ichiro y Takeshi le habían conocido, habría dudado de su existencia.

—¿Eso es todo? —pronunció Masamune.

Asentí.

El *daimyō* giró la cabeza en dirección a Anjin *sama*. Era una forma de preguntarle si le satisfacían las explicaciones que había escuchado.

—La destrucción de la *nao* es un contratiempo grave. El señor Tokugawa desea establecer cuanto antes una nueva ruta comercial con España, y ahora deberemos empezar de cero. Debo partir hacia Edo y entrevistarme con el *Ōgosho* y el *shogun* de inmediato. En cuanto tomen una decisión, os la harán saber —señaló.

El rostro del *daimyō* reflejaba preocupación. A pesar de mis explicaciones, había fallado. Perder el encargo de la construcción de la nueva *nao* supondría una gran vergüenza, por no hablar de la pérdida económica. Había hecho muchos esfuerzos para que Sendai tuviera un futuro brillante, y la apertura de una nueva ruta comercial con los *nanban* podía convertir nuestro *han* en uno de los más ricos de las islas.

Antes de ponerse en pie, Anjin *sama* me miró fijamente:

—Gracias, Aki *san*. Transmitiré tu valentía y determinación al señor Tokugawa.

La audiencia había terminado.

Epílogo

El invierno había cubierto ya los tejados, las calles y las casas y traído consigo su silencio.

Faltaba tan solo un día para el *Touji* y la vieja Kichi se había hecho con los correspondientes ejemplares de *kabocha* y *yuzu* para el baño. De nada habían servido las tímidas protestas del maestro, poco dado a ese tipo de celebraciones. «La calabaza es buena para evitar los catarros; si no se la toma, no pienso cuidarle cuando caiga enfermo y le suba la fiebre», había zanjado la discusión nuestra ama de llaves.

Todo había vuelto a la normalidad; para Ichiro y para mí, sumergidos de nuevo en el estudio, y también para sus padres, que habían regresado al fin a su casa y habían reabierto el negocio.

—¿Y viste su otra boca?

—No. Tan solo su cabello. Parecía tener vida propia… Si no llegáis a aparecer, ahora sería uno de ellos.

Ichiro no pudo evitar una mueca de asco.

—Cuando el pescador nos entregó tu carta… pensé… que no volvería a verte —soltó dándome un repentino abrazo—. Estaba preocupado. ¡Y nunca me fie de ese maldito *shugyosha*! Había algo raro en él.

No había vuelto a pensar en Kai desde la audiencia con el *daimyō*, pero el comentario me sacudió. Aunque no quisiera admitirlo, la herida aún seguía abierta. Había llegado a establecer una fuerte conexión con él durante nuestra aventura en Ishinomaki. ¡Le había confiado mi vida! Solo alguien con quien has estado tan cerca de la muerte puede dejarte una huella tan profunda.

—No te he dado las gracias aún por cuidar del maestro.

—Fue Takeshi quien le salvó. Yo apenas hice nada. En cuanto descubrió que el veneno pertenecía a la hoja de la adelfa, preparó un remedio y se lo aplicó.

De todo lo sucedido, el intento de asesinato de Miyamoto y la repentina desaparición de Kai eran los únicos misterios que carecían de respuesta.

Quizás no la obtuviéramos nunca.

En cuanto Ichiro se marchó a casa, Kichi entró en la habitación de estudio y me dijo que Miyamoto me esperaba en el *dojo*. Su requerimiento me sorprendió: no era nada habitual que practicáramos a esa hora.

Pensé en preguntarle acerca de lo sucedido con el tío de Midori tiempo atrás. Cuando somos jóvenes creemos que nuestros mayores siempre lo han sido; que han venido a este mundo ya ancianos y no han disfrutado de la juventud. Pero todos tenemos un pasado con el que cargamos de un modo irremediable. ¿Qué papel había desempeñado Kichi en la historia de Yuki Migita? Fuera cual fuese, tanto la intervención del maestro como la suya posterior me habían salvado la vida. Nuestras acciones tienen consecuencias que se extienden no solo a lo largo de nuestra vida, sino también a lo largo de la de todos los que nos rodean. Para bien y para mal.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

Kichi levantó la cabeza del recipiente en el que preparaba la cena y me miró, y enseguida supe que lo sabía.

—Creemos que los hombres que regresan vivos de la guerra han tenido suerte, pero no siempre es así —pronunció—. La guerra hiere a los hombres por fuera, Aki, pero los mata por dentro.

La noche era muy desapacible.

Me cubrí con un *hanten* y me dirigí a la caseta de entrenamiento. El sol se había ocultado hacía un buen rato y un viento enojado arañaba la capa más superficial de la nieve caída creando fuertes remolinos. Al pasar junto al cerezo, me fijé en la señal que había dejado en el tronco su rama desgajada: ¿aguantaría el paso del invierno?

Antes de entrar, observé tres siluetas en el interior: una correspondía al maestro, otra a Takeshi, pero no reconocí a quién

pertenecía la tercera.

Descorrí el panel y un escalofrío me dejó paralizado.

—¡Kai!

Su aspecto había cambiado. Ya no ocultaba su condición. Su kimono, aunque sobrio en colores, era de una factura magnífica, también su *hakama*. Y allí estaban sus armas: ¿cómo se había hecho con ellas? ¿Acaso las había recuperado de la tienda de Kyusuke mientras él y su hermana trataban de convertirme en un demonio?

¡No era posible!

Me saludó con una inclinación de cabeza.

—Aki *san*.

—Siéntate —me indicó Miyamoto.

Obedecí. Y a pesar de que era consciente de que algo no iba bien, permanecí en silencio.

—Te presento a Seizō Naito.

Nuestros ojos volvieron a encontrarse.

—Muy bien, ya estamos todos.

Kai introdujo su mano en el kimono, extrajo un documento y lo depositó con ceremonia en el suelo.

Miyamoto lo desplegó y lo leyó con detenimiento.

Traté de vislumbrar algún gesto en su rostro que me informara de su estado de ánimo a medida que sus ojos descendían por el papel, pero su expresión se mantuvo neutra durante toda la lectura.

Al terminar, dobló la hoja, la depositó de nuevo en el suelo y permaneció largo rato con la mirada fija en Kai.

Ninguno de los dos parecía dispuesto a quebrar el silencio que se había establecido entre ellos.

—¿Alguien puede explicarme qué sucede?

Y entonces recordé las palabras de Kai.

«Cuando pase por Sendai, quizás tu maestro quiera enseñarme alguna de sus técnicas en su escuela».

¡De eso se trataba!

—¿Le has aceptado como alumno? ¿Es eso?

Pero Miyamoto permaneció impasible.

Kai tomó la palabra finalmente:

—Me llamo Seizō Naito, hijo de Shuri Naito, del clan Okubo, y

he venido a reclamar mi venganza. Este documento me da derecho a ella.

¿Venganza?

¿De qué estaba hablando?

Tomé el papel y lo desdoblé.

Era un *Ada uchi* expedido por un funcionario de los Tokugawa; un permiso oficial que autorizaba a su portador a reclamar un duelo con aquel que hubiera asesinado a un familiar directo.

—Tu padre asesinó a mi padre.

—No hubo tal asesinato —intervino Takeshi—. Fue un enfrentamiento justo. Yo estaba presente.

El recuerdo del duelo entre el maestro y un desconocido en una casa de postas del Tokaido durante nuestra última misión acudió a mi mente. Un samurái de los Okubo, molesto por la presencia de un *padre kirishitan* y su traductor japonés converso en el mismo comedor que nosotros, había amenazado con matarlos. La intervención de Takeshi hizo que Miyamoto le invitara a deponer su actitud. El samurái se había negado y había desafiado al maestro.

—Pero antes, debo pedirte disculpas, Tsunetomo *san* —señaló Kai inclinándose por completo—: os doy mi palabra de que no tuve nada que ver con vuestro intento de asesinato. La actitud de mi abuelo le ha deshonrado a él, a mi padre, a mí y a toda nuestra familia. Fue un acto cobarde e intolerable.

Me costaba creer lo que oía: ¡había sido alguien de su familia quien había contratado a aquel asesino para que acabara con Miyamoto!

Le había tenido tan cerca… ¡y no me había dado cuenta de nada! Ni siquiera había sospechado cuando, cerca de la muerte, me contó que su padre había sido asesinado por culpa de un *nanban*.

Necesitaba una explicación, por mucho que nada de lo que dijera pudiera aliviar la sensación de rabia que me invadía en aquel momento.

—¿Por qué decidiste ayudarme entonces?

—Antes de cobrarme mi venganza, quería conocer al hombre que había acabado con la vida de mi padre, de modo que decidí seguiros. Sabía su nombre, conocía su fama, pero no quién era en

realidad; qué clase de samurái, de persona se escondía tras todo eso. Por eso decidí hacerme pasar por un *shugyōsha* y seguiros desde vuestra partida. En cuanto el asesino os atacó, supe que había sido cosa de mi abuelo. Y sentí vergüenza. Vergüenza por su maniobra y por su falta de confianza en mí. Conocía mi empeño, pero dudaba de mi capacidad. Así que me sentí en la obligación de ayudaros. Además, no podía reclamar mi venganza hasta que Miyamoto *san* no se hubiera recuperado. Así me educó mi padre —desgranó Kai—. A pesar de lo que creáis, era un buen hombre.

—Los buenos hombres también equivocamos el camino en ocasiones. Y al igual que lo hizo tu padre aquel día, tú también lo yerras con esta venganza —contestó el maestro—. No deseo matarte, Naito *san*. Estoy en deuda contigo por ayudar a mi hijo.

—Si os sentís en deuda, aceptad entonces mi requerimiento.

Miyamoto se sumió en un nuevo mutismo. Era consciente de que Kai no cejaría en su empeño. Se trataba de una cuestión de honor.

Se puso en pie y le miró. Había tomado una decisión.

—Sea.

—¡Maestro! —protesté.

Sabía que Kai no tenía ninguna posibilidad. Su muerte era tan segura como inútil.

El maestro extendió el brazo para acallar mi demanda.

—Solo pongo una condición —señaló.

—Hablad —respondió Kai.

—Si os venzo, este asunto quedará zanjado para siempre y entraréis como alumno en mi escuela.

Los ojos de Kai se abrieron de par en par, tanto como los míos.

—Creo que no lo entendéis, Tsunetomo *san* —contestó—. Deseo batirme con vos a muerte.

Miyamoto asintió.

—Te he entendido —respondió mientras se dirigía al armero y descolgaba un sable de madera.

—¡No puedo luchar con mi acero si vos solo usáis eso!

—Un pedazo de madera puede ser tan letal como el más afilado de los aceros, créeme.

Kai pareció dudar. Pero sabía que era su única oportunidad, la

que llevaba anhelando desde hacía tanto tiempo.

—Está bien. Como queráis.

Se puso en pie y desenvainó.

No había nada que yo pudiera hacer.

Takeshi, consciente de cuál iba a ser el resultado, cerró los ojos. No quería ver cómo se perdía una vida de un modo tan inútil.

El maestro adoptó una guardia baja y esperó.

Kai comenzó a girar despacio a su alrededor, la punta de su sable dirigida a la garganta de Miyamoto. Estaba resuelto, pero le sudaban la frente y las manos. Tenía miedo.

Al rato, dio un paso atrás, pasó a *hassō* y lanzó su ataque.

En él iban contenidos todo su odio, su furia, su rabia y su sed de venganza.

El grito me heló el alma.

Miyamoto dio una paso lateral y le golpeó la muñeca con el *bokken*.

Un dolor intenso se reflejó en el rostro de su oponente, que se revolvió como un animal herido.

Cargó de nuevo; esta vez, su ataque iba dirigido a la sien del maestro.

Un golpe definitivo.

A vida o muerte.

Miyamoto bloqueó el acero y, sin cambiar la trayectoria de su sable, le alcanzó en el centro de la cabeza.

Sabedor de que Kai habría estudiado su estilo, había decidido usar una técnica del maestro Yagyū.

¡No podía creerlo!

Un reguero de sangre brotó de la frente de Kai, que se supo vencido antes de desplomarse sin conocimiento.

El maestro me miró:

—No te preocupes. Lo único que tendrá al despertar es un fuerte dolor de cabeza.

El futuro de Miyamoto, Kai, Takeshi, Ichiro y el mío propios acababan de quedar unidos para siempre.

Fin

Akiglosario

Ainu: grupo étnico indígena de la isla de Hokkaido y el norte de Honshu, en la parte septentrional de Japón, así como de las islas Kuriles y la mitad meridional de la isla de Sajalín en Rusia. Son también conocidos como *Ezo* o *Yezo* en japonés antiguo.

Akitsu: libélula.

Bentō: ración de comida para llevar servida en una bandeja o en una caja de madera. Generalmente incluye una ración de arroz, un trozo de pescado o carne y un acompañamiento adicional (generalmente verdura).

Bō: bastón largo de madera (generalmente de roble) usado como arma de defensa personal. Suele medir alrededor de 180 cm (su nombre completo es *rokushakubo*, es decir, bastón de seis *shaku*).

Buke Shohatto: código de conducta por el que debían regirse los *daimyō* y los samuráis en el período Edo. Aunque no fue establecido oficialmente hasta la publicación de un edicto de 13 puntos en 1615, muchas de sus directrices ya obligaban *de facto* a todos los miembros de la clase samurái desde el inicio mismo del *shōgunato* Tokugawa. El *Buke Shohatto* sufrió diferentes variaciones y añadiduras con los años (edictos de 1629, 1635, 1663, 1683 y 1710).

Bunraku: nombre genérico por el que es conocido el teatro de marionetas japonés, también llamado *Ningyō jōruri* (marionetas e historias contadas). Se caracteriza por la unión de tres artes escénicas distintas, las marionetas (*ningyō*), la recitación (*jōruri*) a cargo del recitador (*tayū*) y la música del *shamisen*.

Burakumin: era la clase social más baja de Japón, compuesta por

los *eta* y los *hinin*, dedicados a profesiones consideradas impuras como la de carnicero, sepulturero o curtidor.

Chawan: cuenco.

Chiburi: acción de sacudir la sangre antes de envainar de nuevo el sable (*noto*).

Chongtong: artillería coreana.

Chonmage: corte de pelo típico de los samuráis del período Edo.

Chou: medida de distancia en el Japón medieval. Un *chou* equivalía a 109 metros, y se dividía en 60 ken (1 *ken* = 1,818 m), que, a su vez, se dividía en 6 *shaku* (1 shaku = 0,303 cm).

Do: peto frontal que protege el pecho en un *yoroi* o armadura tradicional japonesa.

Donjon: nombre que designa a la fortaleza central de un castillo, donde generalmente tienen sus estancias privadas los señores.

Doshin: agentes de policía al servicio de un *yoriki*. Constituían el escalón más bajo dentro de la clase samurái.

Fundoshi: pieza grande de tela anudada al cuerpo que hacía las veces de ropa interior.

Gaikokujin: «Persona de un país de fuera». Extranjero.

Genkan: recibidor en el que se dejan los zapatos antes de entrar en la vivienda principal.

Genpuku: ceremonia de paso a la madurez. Solía celebrarse entre los 14 y los 15 años y suponía el paso oficial de niño a hombre de un samurái. En ella recibía su primera armadura, su pelo era cortado como el de un adulto, le era entregada su primera *katana* y elegía el nombre por el que, a partir de ese momento, quería ser conocido.

Geta: sandalias con suela de madera.

Ginkgo o Gingko: también llamado «albaricoque plateado o árbol de los cuarenta escudos». Es caducifolio, de tamaño mediano y copa estrecha.

Giri: concepto que significa «deber u obligación moral». Es uno de los pilares básicos del código de honor de los samuráis íntimamente ligado al honor y a la lealtad.

Go: juego de mesa de origen chino en el que dos jugadores colocan alternativamente fichas blancas o negras en las intersecciones de una cuadrícula de 19 por 19 líneas con la intención de conquistar el tablero.

Habaki: pieza metálica que sirve de tope a la *tsuba* o guarda de la *katana* y que la sujeta por fricción a la saya o vaina.

Hachi: casquete del yelmo.

Hachimaki: cinta para la frente, normalmente de tela roja o blanca, que los japoneses se anudan en la cabeza como símbolo de esfuerzo o constancia. Es una palabra compuesta de *hachi* (frente) y *maki* (cinta), pues la cinta cubre la frente, que es donde suele exhibirse algún símbolo o palabra relacionados con la perseverancia y la voluntad de éxito de su portador.

Hakama: pantalón largo con pliegues (5 delante, 2 detrás), uno de los símbolos externos del estatus de samurái.

Hanami: tradición japonesa de observar la belleza de las flores durante la primavera, especialmente la *sakura* o flor del cerezo.

Hanbo: bastón de madera de unos 90 cm aproximadamente (3 *shaku*), algo más largo que la hoja de una *katana*.

Haori: prenda de vestir masculina en forma de chaqueta que tiene su origen en el *jinbaori*, un chaleco holgado que solían vestir los generales sobre la armadura como símbolo identificativo.

Hatamoto: vasallo mayor al servicio directo de los Tokugawa y su gobierno. Disfrutaban del privilegio de poder acceder a una audiencia privada con el propio *shōgun*.

Heiju: personaje protagonista del *Diario de Heiju*, famoso por sus dotes como seductor. Forma parte de la tradición literaria de los *Nikki* (diarios privados) que se desarrolló principalmente durante el período Heian junto a los libros de impresiones (*shōshi*), el relato poético (*uta monogatari*) y la novela lírica.

Hinawajū: arcabuz japonés.

Hinin: seres pertenecientes a la casta más baja de la sociedad, considerados como no humanos.

Hinoki: ciprés.

Honbako: caja de madera dentro de la cual se guardaban, ordenados horizontalmente, los distintos volúmenes o *maki* que componían un libro.

Honjin: alojamiento específico para *daimyō*, samuráis de alto rango y otros oficiales del régimen cuando se desplazaban por alguna de las 5 grandes rutas del período Edo.

Hwacha: arma de pólvora desarrollada y usada en Corea. Estaba inspirada en las «flechas de fuego» chinas y fue desarrollada en 1400 aproximadamente. Consistía en una carretilla de dos ruedas que sostenía una plataforma de lanzamiento llena de agujeros donde se insertaba la munición, generalmente flechas con punta explosiva.

Jin-maku: telas utilizadas en las campañas militares para cubrir el centro de operaciones de los generales. Servían tanto para proteger del viento, como para impedir que los espías enemigos pudieran observar los movimientos dentro del puesto de mando.

Jisei: poema de despedida que escribían los samuráis antes de su muerte.

Jo: bastón de madera de entre 120 y 130 cm. Es también conocido como *bastón medio* en comparación al *bo* o bastón largo, de aproximadamente 180 cm.

Jun: en el Japón tradicional, cada mes se dividía en tres períodos de diez días llamados *jun*. El primero era conocido como *jojun*, el segundo como *chujun* y el tercero como *gejun*, equivalentes a lo que nosotros solemos referirnos como «principios», «mediados» o «finales» de mes. Por su parte, los nombres tradicionales de los meses (que aún se siguen usando en determinadas circunstancias) son, de enero a diciembre: *mutsuki* (mes de la amistad), *kisaragi* (cambiar de ropa), *yayoi* (primera

vida), *uzuki* (mes del conejo), *satsuki* (mes rápido), *minazuki* (mes del agua), *fumizuki* (mes de las letras), *hazuki* (mes de las hojas), *nagatsuki* (mes largo), *kannazuki* (mes de los dioses), *shimotsuki* (mes de la escarcha) y *shiwasu* (los sacerdotes corren).

Kabuto: casco tradicional de la armadura japonesa o *yoroi*.

Kachi muchi: insecto victorioso.

Kagema: aprendices de actor de Kabuki que se dedicaban tanto a la prostitución masculina, como a la femenina.

Kago: tipo de transporte o litera usado para el transporte por las clases bajas.

Kama: arma típica de la isla de Okinawa usada en el arte marcial de las armas o *Kobudo* (antiguamente *Kobujutsu*) de origen campesino. Se trata de una de mango largo que se utilizaba para segar cereales. La diferencia con la hoz occidental es su curvatura. Cuando el *kama* lleva una cuerda con un peso, se le llama *kusarikama* o *kusarigama*.

Kanemuchi: fusta de hierro que los *yoriki* usaban durante el desempeño de su labor policial para defenderse de los enemigos y someterlos.

Kanpaku: regente. Debido a que Hideyoshi Toyotomi no tenía ascendencia noble ni procedía de ningún clan histórico, el Emperador no le otorgó nunca el título de *shōgun*, sino que le nombró regente.

Kanzashi: alfileres para el pelo utilizados en peinados tradicionales japoneses del estilo *nigongami*. Se hicieron populares en el período Edo cuando los artesanos comenzaron a crear productos de manufactura más refinada.

Karo: alto consejero.

Kemari: juego de pelota que se practica en Japón desde el siglo VI. Consiste en impedir entre varios jugadores (*mariashi*) que el balón (*mari*), de unos 25 cm de diámetro, hecho con cuero de ciervo y relleno de serrín, toque el suelo mientras se lo pasan

con el pie. El terreno de juego recibe el nombre de *kikutsubo* y mide 15 m, aunque su tamaño puede variar en función de los jugadores (entre 6 y 12). Está delimitado por cuatro árboles plantados en cada esquina, un cerezo, un arce, un sauce y un pino que representan las cuatro estaciones del año. Se le considera uno de los antecedentes del fútbol.

Kirishitan: cristiano.

Kissaki: punta del sable.

Koban: moneda ovalada de oro, conocida como «pequeño sello», equivalente a tres *koku* de arroz. Comenzó a acuñarse en 1601 y estuvo vigente, con diferentes tamaños y valores, fruto de sucesivas devaluaciones, a lo largo de todo el período Edo.

Kobudera: magia.

Koi: carpa.

Koiguchi: es la «boca de la saya».

Kojiki: es el libro más antiguo que se conserva sobre los orígenes mitológicos y la primera historia de Japón. Significa «registro de cosas antiguas». Está dividido en tres partes: *Kamitsumaki* («trozo superior»), *Nakatsumaki* («trozo medio») y *Shimotsumaki* («trozo bajo»).

Koku: cantidad de arroz necesaria para alimentar a una persona durante un año.

Koshirae: «vestimenta» de la *katana*. Incluye todas las piezas de la montura excepto la hoja.

Kumosuke: porteadores que cobraban a los viajeros por cruzar los ríos en determinados puntos a lo largo de la ruta Tokaido.

Kyonshii: nombre que reciben en japonés los «no muertos», seres que, al igual que los *yurei* o fantasmas tradicionales, han sufrido una muerte traumática o antinatural. Sus cuerpos nunca se descomponen del todo, por lo que su pelo y sus uñas siguen creciendo y su piel es de color cadavérico. Al igual que los vampiros occidentales, no soportan el contacto con el sol, de manera que suelen aparecer en horario nocturno. Se alimentan

de las almas de aquellos a los que matan.

Machi Bugyō: samurái de alto rango (generalmente un *hatamoto* o vasallo superior del régimen) que ejercía la labor de juez, tanto de asuntos civiles, como criminales. Los *machi bugyō*, además, desempeñaban otras tareas fundamentales como la de jefe de policía, recaudador de impuestos, jefe de bomberos y alcalde en las principales ciudades de la época: Edo (dos), Kioto, Ōsaka, Nagasaki, Nara, Nikko o Sumpu. Constituían la autoridad principal en representación del *shōgun* y su rango equivalía al de un *daimyō* menor.

Machiya: nombre con el que se conoce a las viviendas urbanas.

Maedate: cresta frontal que solían lucir los samuráis en sus cascos. Su función era tanto decorativa, como identificativa.

Mala: collar de cuentas budista. Suele tener 108 cuentas.

Masugata: típica entrada fortificada a un castillo japonés compuesta de dos puertas, la exterior o *koraimon* y la interior o *yaguramon*, dispuestas en ángulo recto para crear un espacio cuadrado en el que atrapar al enemigo asaltante.

Matsutake: tipo de hongo que suele crecer bajo los pinos rojos japoneses (de ahí que sea también conocido como hongo pino). Es muy apreciado por su particular sabor a especies.

Mekugi: pequeños tacos de madera que se insertan en el *mekugi-ana* y fijan la empuñadura a la hoja de la *katana*.

Mempo: máscara que servía de protección para la cara de los samuráis cuando vestían la armadura. Podían estar hechas de hierro o de cuero endurecido y lacado. Además de su función evidentemente protectora, los distintos tipos de máscaras imitaban los rasgos de animales, demonios o guerreros feroces con la intención de atemorizar al enemigo.

Metsuke: oficiales del *bakufu* especialmente encargados de vigilar delitos de conspiración, traición, corrupción y malversación en todos los estamentos de Japón por debajo de los *daimyō*, de los que se encargaba su hermana mayor, la *ōmetsuke*.

Minka: viviendas típicas de los campesinos, artesanos o comerciantes, generalmente construidas con materiales baratos y fácilmente disponibles como bambú, madera, arcilla, paja y hierba. Las *minka* pueden encontrarse en una amplia variedad de estilos y tamaños, dependiendo de las distintas zonas geográficas y diferentes estilos de vida de sus habitantes. Se pueden incluir principalmente en dos grandes categorías: casa de granja o *nōka*, y casas en las ciudades o *machiya*. Existe, además, una subdivisión del estilo de casas de granja que se puede encontrar en los pueblos de pescadores, llamado *gyoka*.

Min´yō: canción tradicional de cuna.

Mizuhori: foso.

Mochi: pastelillo de arroz típico de la repostería japonesa elaborado con un tipo de arroz especial llamado *mochi-gome*. Es típico recubrirlo con semillas de sésamo y rellenarlo con pastas dulces de cacahuete o de judía *azuki*. El *mochi* se servía tradicionalmente durante las celebraciones del año nuevo, en una ceremonia llamada *mochitsuki*, aunque, en la actualidad, su consumo es generalizado a lo largo de todo el año.

Momijigari: «Caza de las hojas rojas». Tradición japonesa de ir de excursión a los montes para observar el cambio de colores del follaje en otoño.

Nanban: literalmente, «bárbaro del sur». Nombre con el que los japoneses llamaron a los primeros occidentales (portugueses) que llegaron a su territorio.

Nihon Shoki: segundo libro más antiguo de la historia de Japón. Describe desde el período mitológico de los dioses hasta los tiempos de la emperatriz Jito (s. VII). Está formado por 30 volúmenes.

Nihonshu: palabra japonesa que designa las bebidas alcohólicas que se obtienen a partir del arroz. La más conocida sake significa «bebida alcohólica» en general y hace referencia a cualquier tipo de bebida con gradación, sea cerveza, whisky o cualquier otro licor. Además del *nihonshu*, también está el *sochu*, de aspecto

casi idéntico, que, dependiendo de la destilería, se obtiene no solo a partir del arroz, sino también del boniato o de la cebada.

Ningyō: marioneta articulada japonesa.

Noka: vivienda típica de los campesinos.

Norimono: palanquín. Transporte típico de las clases pudientes japonesas.

Ōdachi: «Gran espada». Sable cuya longitud lo convertía en un arma temible en manos de un maestro debido a su rango de alcance. Su empuñadura medía entre 30 y 35 cm y su hoja, más de 90. Originariamente era usado en batalla por la infantería como defensa contra la caballería. Kojirō Sasaki, uno de los espadachines más famosos de la historia de Japón, era un maestro en su uso y llamaba a su sable *Monohoshi Zao*: «El palo de lavar y secar».

Ōgosho: título de *shōgun* enclaustrado.

Ōmetsuke: cuerpo de censores e inspectores del régimen Tokugawa encargados de investigar el comportamiento de los *daimyō* de todas las provincias y sus gobiernos. Constituían una especie de servicio de espionaje oficial que informaba directamente a los 4 *roju* o consejeros principales del *shōgun*. Los agentes de la *ōmetsuke* eran oficiales de alto rango del *bakufu*.

Onmyōdō: cosmología esotérica, mezcla de ciencias naturales y ocultismo, que se originó en Japón en torno al s. VII. Se basa en las teorías chinas de los Cinco Elementos y del Yin y el Yang (陰陽, en japonés *onmyō*) que llegaron al país entre los siglos V y VI y fueron aceptadas por mucha gente como un sistema práctico de magia y adivinación. Estas prácticas se vieron más tarde influenciadas por el taoísmo, el budismo y el sintoísmo y evolucionaron hasta el *onmyōdō* conocido en la actualidad. Los profesionales de esta disciplina reciben el nombre de *onmyōji*.

Onmyōji: especialistas en magia y adivinación. Sus responsabilidades en la corte abarcaban desde preparar calendarios hasta tareas místicas como la adivinación y la

protección de la capital de los fantasmas malvados. Se dice que podían invocar y controlar a los *shikigami*, espíritus que se utilizaban para servir a su amo y realizar tareas demasiado arriesgadas para él como espiar, robar y rastrear a enemigos.

Onsen: balneario de aguas termales.

Reikon: según las creencias tradicionales japonesas, todos los seres humanos tienen un espíritu o alma llamado *reikon*. Cuando alguien muere, el *reikon* deja el cuerpo y va a una especie de purgatorio. Allí espera a que finalicen los ritos funerales pertinentes, solo al final de los mismos podrá unirse a sus antepasados. En el caso de que haya fallecido por causas violentas, el muerto podría convertirse en un *yūrei* si no recibe las exequias adecuadas.

Ri: unidad de distancia en el Japón medieval que equivalía a 3927 metros y se dividía en 36 *chous*.

Rikishi: luchador de sumo.

Rokugatsu: junio.

Ryokan: fonda tradicional japonesa.

Sandogasa: tipo de sombrero de ala ancha y forma de hongo.

Sashimono: pequeñas banderolas utilizadas por samuráis y guerreros de a pie en sus espaldas con la finalidad de darles mayor visibilidad en el campo de batalla e identificarlos como pertenecientes a un clan. Este tipo de heráldica surgió durante el período Sengoku (Estados en Guerra).

Sasumata: lanza en forma de tenedor de dos púas usada por los oficiales de policía para detener a criminales armados. Junto al *tsukubo* y al *sodegarami* formaban el *torimono sandogu*, los «tres palos de arresto».

Shaku: unidad de distancia que equivale a 30,3 cm.

Shakuhachi: flauta tradicional japonesa hecha de bambú.

Shamisen: modificación japonesa del *san-hsien* chino, instrumento de tres cuerdas que se tocaba con un dedal de cuerno de búfalo.

Sekisho: puesto de control militarizado situado en las principales rutas de comunicación durante el período Edo. Estaban destinados a controlar el paso de viajeros y mercancías por parte de los funcionarios del gobierno, además de suponer una fuente de ingresos. A lo largo de las 5 rutas que formaban parte del Tokaido llegó a haber 53 *sekisho*.

Shinokosho: el «orden de las 4 clases» sociales, basado en ideas confucianistas, que regía la vida durante el período Edo.

Shirabyōshi: bailarina tradicional japonesa. La profesión de shirabyōshi se desarrolló en el siglo XI e iba destinada a nobles y samuráis de alto rango y celebraciones. Las bailarinas iban ataviadas con indumentarias masculinas.

Shobashu: chambelán.

Shōen: señorío.

Shōji: tipo de puerta tradicional de las casas japonesas que funciona como divisor de habitaciones y consiste en un panel deslizante hecho a base de papel *washi* traslúcido encajado en un marco de madera.

Shoshi Hatto: conjunto de normas por las que debían regirse los samuráis y la alta burguesía durante el período Tokugawa, especialmente los *hatamoto*.

Shugendō: secta ascética y sincrética originada en el Japón prefeudal que aúna tradiciones budistas, taoístas, sintoístas y animistas. Su fundador fue el místico del siglo VII En no Gyoja.

Shuko: garras metálicas de mano usadas por los *ninja* para trepar árboles, empalizadas, murallas, barcos, etc. También podían usarse para bloquear la hoja de un sable o para desgarrar la piel del enemigo. Las garras de pie se llamaban *ashiko*.

Shukuba: puestos de descanso extendidos a lo largo de las 5 principales rutas de la era Edo. En ellos, el viajero podía desde tomar un refrigerio en una casa de té, hasta pasar la noche en un *hatago* o fonda. Los primeros surgieron a partir del desarrollo del Tokaido, en los que había 53 a lo largo del recorrido, en

1601.

Shuriken: «cuchilla detrás de la mano». Pequeña cuchilla arrojadiza usada por los *ninja* como arma generalmente de distracción. Originariamente estaban hechas de madera, material que, con el tiempo, fue sustituido por el metal. Según su forma y su número de puntas, recibe varios nombres.

Suribachi: cuenco para majar alimentos. El pilón para moler se llama *surikogi*.

Tamagoyaki: tortilla de huevo asada típica de la cocina japonesa. Puede ser dulce o salada, según los gustos, y suele servirse en el desayuno o como parte de las bandejas de *bentō*.

Tanabata: «Festival de las estrellas». Celebra el encuentro entre Orihime (la estrella Vega) y Hikoboshi (la estrella Altaïr), generalmente separadas por la Vía Láctea, una noche al año en el firmamento: el séptimo día del séptimo mes lunar del calendario. Durante el período Edo, las chicas solicitaban habilidades para la costura y la artesanía, y los chicos pedían tener mejor caligrafía a base de escribir deseos en hojas de papel.

Tanbo: bastón corto de madera usado para la defensa personal en varias artes marciales y que oscila entre los 30 y los 50 cm, dependiendo de la escuela. Al igual que la *tonfa*, su origen está en Okinawa. Cuando supera el metro, el *tanbo* pasa a denominarse *hanbo*.

Tanegashima: nombre con el que se conocía al arcabuz traído por los portugueses en 1543, cuando un barco arribó a la isla de Tanegashima, en el extremo más occidental del archipiélago de Osumi.

Tantō: arma corta similar a un puñal de uno o de doble filo y entre 15 y 30 cm. Si lleva guarda completa, recibe el nombre de *tantō*; si la guarda es pequeña, el de *hamidashi*, y, si no lleva guarda alguna, es conocido como *aikuchi*.

Tengu: demonio del folclore japonés que habita en los árboles,

generalmente pinos y cedros, de las zonas montañosas. Sus dos rasgos más característicos son la cara de color rojo y su nariz prolongada. Se les considera fundadores de escuelas de esgrima y de *jiujitsu* y reivindican el origen divino de las artes marciales.

Tonfa: arma originaria de China y de la isla de Okinawa. En sus orígenes se usaba como asa para hacer girar una rueda de molino, aunque también podría haber sido una herramienta para plantar patatas. Su uso se enseña en un arte marcial llamada *Kobudo*.

Tono: sufijo formal. En la época de los samuráis se utilizaba para denotar un gran respeto hacia el interlocutor, pero en condición de igualdad. Tiene un significado similar al del «Don» o «Doña» español, aunque no indica procedencia noble.

Torii: arco tradicional japonés que suele colocarse a la entrada de los templos sintoístas. Marca la entrada al mundo de lo sagrado, separándolo del profano o terrenal. Suelen pintarse con tonalidades rojas o bermellonas.

Totsunagi: poste destinado a atar los caballos.

Tsujigiri: literalmente, «prueba de cuchillas». El *tsujigiri* es la expresión japonesa para referirse a la práctica de cortar a un oponente humano con la hoja de una *katana* nueva para probar su calidad. Los *tsujigiri* salían de noche por las calles a la búsqueda de un paseante indefenso al que atacar y lo asesinaban. Debido al auge de asesinatos indiscriminados, el gobierno decidió prohibirlo en 1602 bajo pena de muerte. El último *tsujigiri* del que se tiene noticia tuvo lugar en 1696, cuando un hombre llamado Yoshihara tuvo un ataque de locura y asesinó a decenas de prostitutas a golpe de katana.

Tsuka: mango o empuñadura del sable japonés. Solía estar hecha de madera recubierta de piel de raya o de tiburón y se fijaba a la hoja mediante uno o dos tacos de madera llamados *mekugi*. La empuñadura se adornaba con pequeñas piezas de oro, plata o bronce llamados *menukis*, que se sujetaban gracias a un trenzado de cuerda de algodón o cuero. En sus extremos se

colocaban otras dos piezas metálicas ornamentales (que servían para realizar el trenzado de la cuerda) llamadas *fuchi* y *kashira*.

Ukiyo-e: «Imágenes del Mundo Flotante». Género de grabados realizados mediante xilografía que representaban imágenes paisajísticas, del teatro y de zonas de alterne. El término *Ukiyo* hace referencia a la llamada cultura *chōnin*, que se desarrolló principalmente en los centros urbanos de las tres grandes ciudades del Japón de principios del siglo XVII: Edo, Ōsaka y Kioto. El *ukiyo-e* alcanzó su mayor grado de popularidad en la cultura metropolitana de Edo durante la segunda mitad del siglo XVII, con los trabajos de Moronobu Hishikawae, y a lo largo del siglo XVIII, con el de otros grandes artistas como Hiroshige, Utamaro, Sharaku y Hokusai.

Ura Yagyū: La Sombra Yagyū. Organización secreta creada por Munenori Yagyū, maestro de esgrima de los primeros *shōgun* Tokugawa, para vigilar a los *daimyō* en busca de cualquier signo de traición. Se componía de espías, asesinos, cazadores de recompensas, *ninja* y todo tipo de maleantes que pudieran servir a la causa. Munenori puso al frente de la organización a su hijo Jubei Mitsuyoshi Yagyū, que, con el tiempo, se convertiría en uno de los espadachines más afamados de toda la historia de Japón.

Washi: papel tradicional japonés hecho a partir de plantas locales y cuya resistencia y calidad es superior a la del fabricado a partir de pulpa de madera. Debido a sus propiedades y su resistencia y durabilidad, se usa en disciplinas como el *origami* (papiroflexia), el *shodō* (caligrafía tradicional) y el *ukiyo-e* (pintura clásica), además de para fabricar otros elementos de la vida cotidiana como lámparas, puertas, ventanas e incluso ropa.

Yamahoshi: literalmente, «el que se oculta en las montañas». Se trata de ascetas y eremitas que vivían completamente aislados en las montañas y practicaban la vía del *Shugendō*. En algunos cuentos y relatos folclóricos japoneses es frecuente encontrarse con la figura de algún ser sobrenatural que ha adoptado el aspecto de un *yamahoshi*.

Yoriki: literalmente, «asistentes». Durante el período Edo, los *yoriki* eran samuráis de rango medio que se encargaban de asistir en diferentes tareas a los administradores oficiales del régimen. Una de ellas era la de ser jefe/inspector principal de policía (*machikata yoriki*) a las órdenes de un *machi bugyō* (samuráis de rango superior encargados de gobernar y mantener el orden en las ciudades). Cada *yoriki* tenía a varios *doshin* o agentes a su servicio. La administración diaria de la ciudad de Edo era ejercida por dos *machi-bugyō*, que tenían a sus órdenes a 25 *yoriki*.

Yoroi: armadura tradicional japonesa.

Yukata: kimono de verano, más ligero, generalmente de algodón.

Yūjo: nombre con el que se conocía a las sirvientas de algunos templos que ejercían la prostitución.

Yūrei: espíritus atrapados en este mundo como consecuencia de una muerte violenta, por cometer suicidio, por falta de una ceremonia funeraria adecuada o por haber muerto dejando un asunto sin resolver. Equivalen a nuestros fantasmas.

Zashiki: salón principal de la casa destinado a las visitas y recepciones.

Calendario tradicional japonés

Mes	Lectura
[illegible]	[illegible] la amistad
[illegible]	[illegible] 衣更着 [illegible] ropa
[illegible]	[illegible] era vida
[illegible]	[illegible] del conejo,
[illegible]	[illegible] o 五月
[illegible]	[illegible] agua
[illegible]	[illegible] las letras
[illegible]	[illegible] las hojas
[illegible]	[illegible] re
[illegible]	[illegible] dioses
[illegible]	[illegible] escarcha
[illegible]	[illegible] otes corren

Horario tradicional japonés

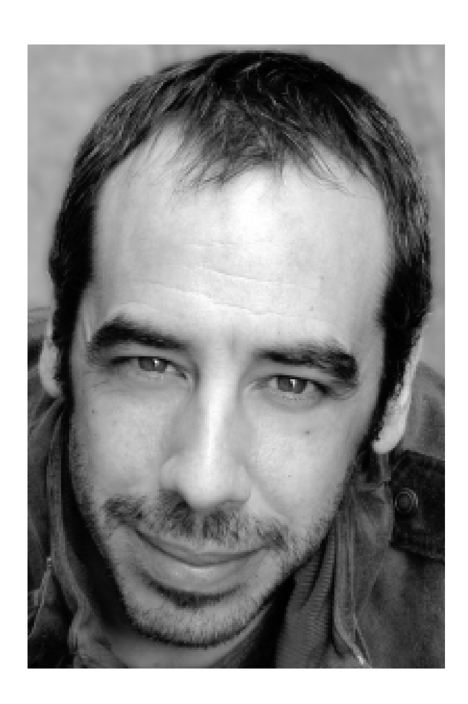
El horario tenía seis horas numeradas de 9 a 4, que contaban hacia atrás de amanecer a medianoche. Los números de las horas 1 a 3 no eran usados por motivos religiosos, ya que correspondían al número de golpes que daban los budistas en el gong al llamar a la oración. La cuenta se realizaba al revés porque los relojes japoneses se valían del quemado de incienso para una cuenta regresiva. El amanecer y la noche eran, por lo tanto, señalados como la sexta hora, y a cada hora le correspondía un signo del zodíaco chino.

Las seis horas diurnas eran:

Número	Símbolo	Signo del zodíaco	Tiempo
6	卯	Conejo	Alba
5	辰	Dragón	
4	巳	Serpiente	
9	午	Caballo	Mediodía
8	未	Cabra	
7	申	Mono	

Las nocturnas:

Número	Símbolo	Signo del zodíaco	Tiempo
6	酉	Gallo	Ocaso
5	戌	Perro	
4	亥	Cerdo	
9	子	Rata	Medianoche
8	丑	Buey	
7	寅	Tigre	



Carlos Bassas del Rey (Barcelona, 1974) es doctor en Periodismo, profesión maravillosa de la que escapó a tiempo.

En la actualidad sobrevive como juntaletras de fortuna, labor que equilibra como puede con la docencia y la dirección de Pamplona Negra. A lo largo de sus años como autor audiovisual ha escrito cortometrajes, documentales, largometrajes, videoclips y *spots* publicitarios, y ha organizado, dirigido e impartido cursos de guion y escritura creativa, exposiciones, ciclos de cine y cursos de verano relacionados con el mundo audiovisual.

En el 2007 fue galardonado con el Premio Plácido al Mejor Guion de Largometraje de Género Negro en el IX Festival Internacional de Cine Negro de Manresa, y en el 2009 fue coordinador editorial del libro Tasio 25. En el 2012 publicó su primera novela, Aki y el misterio de los cerezos, un relato de aventuras ambientado en el Japón del siglo XVI, y ganó el Premio Internacional de Novela Negra Ciudad de Carmona con su segunda novela, El honor es una mortaja.

Notas

[1] Se refiere a la destrucción en 1571 del complejo budista Enryaku-ji, situado en el monte Hiei, por parte de Oda Nobunaga. Los monjes guerreros del Hiei, pertenecientes a la Escuela Budista del Tiantai o Tendaishū, eran férreos enemigos de Nobunaga, por lo que arrasó su sede principal y mató a miles de ellos.

Índice de contenido

